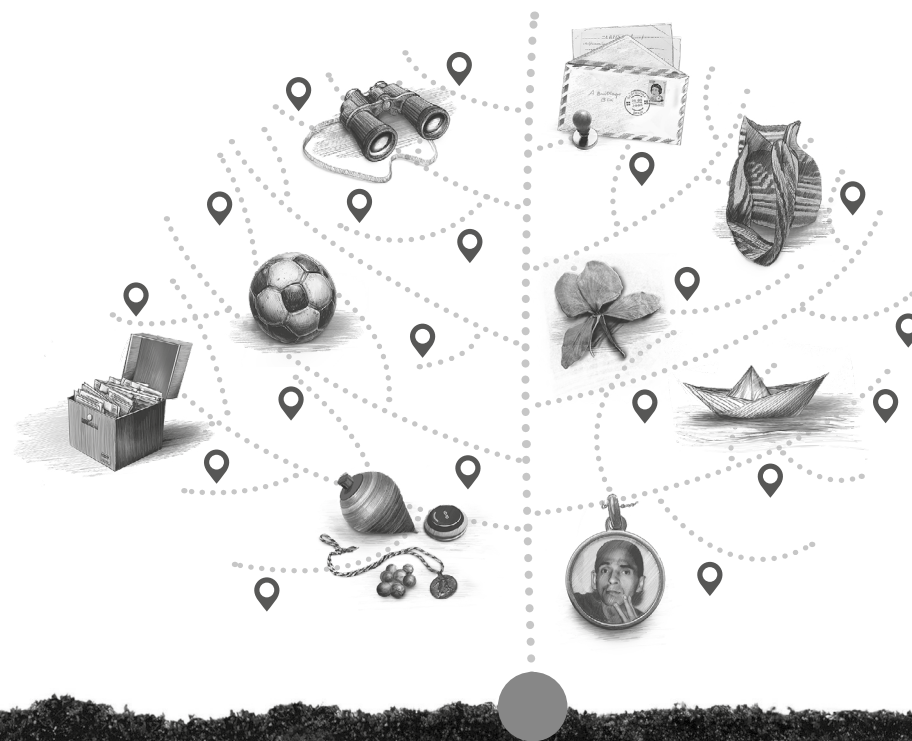


SEMILLAS
REGADAS

SEMILLAS REGADAS



La impresión de este libro se hizo en el marco del proyecto «Peace and Mobilities» con financiación del programa de investigación e innovación Horizonte Europa de la Unión Europea en virtud del acuerdo de subvención Marie Skłodowska-Curie n.º 101182968.

Segunda impresión, agosto de 2026.

Semillas regadas se realizó en el marco de la subvención nominativa de la Dirección de Derechos Humanos, Víctimas y Diversidad del Gobierno Vasco para la Asociación Hegoa “Fortalecimiento de la Red Exilio en apoyo al Legado de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia”.



Semillas Regadas

Autoría: Adriana Quintero Usuga, Alejandra Mejía Cardona, Anne-Elizabeth Saldarriaga Vélez Magnusson, Andrés Buitrago, Daniel Gamboa, Diana Granda Restrepo, Gisela Restrepo Triviño, Karim Velasco Asserías, Niko Forero Rodríguez y Nicolás Quimbayo Vásquez

Retratos: Anne-Elizabeth Saldarriaga Vélez Magnusson

Diseño metodológico, facilitación de talleres y coordinación editorial: Mariana Schmidt Quintero

Acompañamiento psicosocial: Claudia Moreno García

Diseño gráfico: Marta Ayerbe Posada

Revisión final de textos: Andrés Buitrago

Colaboración: Corporación Voces y Saberes

Coordinación del proyecto: Claudia Alejandra Sepúlveda-Giraldo y Yulia Serkezyuk

Edita:



Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional

www.hegoa.ehu.eus

hegoa@ehu.eus

EHU Zubiria Etxea Lehendakari Agirre, 81 48015 Bilbao Tel.: (34) 946 01 70 91	EHU Carlos Santamaria Zentroa Elhuyar Plaza, 2 20018 Donostia-San Sebastián Tel.: (34) 943 01 74 64	EHU Koldo Mitxelena Biblioteka Nieves Cano, 33 01006 Vitoria-Gasteiz Tel.: (34) 945 01 42 87
---	---	--

Maquetación e ilustración: Marra, S.L.

ISBN: 978-84-19425-46-1

Primera edición: diciembre de 2024

Segunda edición: agosto de 2026



Este documento está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Licencia completa: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

CONTENIDO

Introducción **7**

Gratitud **11**

Quiénes somos **15**

Nuestra niñez

- Volverán las golondrinas, *Alejandra Mejía Cardona* **25**
- La llegada, *Nicolás Quimbayo Vásquez* **33**
- La aventura de volver a empezar, *Niko Forero Rodríguez* **49**

Nuestros silencios

- Romper el silencio, *Gisela Restrepo Triviño* **61**
- Nacida de dos mundos, *Anne-Elizabeth Saldarriaga Vélez Magnusson* **73**

Nuestras raíces en el presente

- En el eco de mis pasos, *Diana Granda Restrepo* **85**
- Un viaje de ida y vuelta, *Karim Velasco Asserías* **97**
- Una frase, *Andrés Buitrago* **105**
- Sobrevivimos, crecemos y seguimos buscando, *Adriana Quintero Usuga* **113**

Sentipensamientos exiliados, Niko Forero Rodríguez 123

INTRODUCCIÓN

DESPUÉS DEL ACUERDO DE PAZ con las FARC-EP firmado en 2016, se instauró la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia (CEV) como parte constitutiva del sistema de justicia transicional.

La Comisión desarrolló su mandato bajo aspectos inéditos en el ámbito mundial de las comisiones de la verdad. Alguno de esos aspectos responde a ser la primera comisión en desplegarse por fuera del territorio nacional, en más de veinte países, en busca del reconocimiento e inclusión de las víctimas de exilio en la historia de un conflicto armado. Así mismo, ha sido una comisión innovadora al considerar dentro del exilio, a las hijas e hijos, nietos y nietas de quienes se vieron en la necesidad de huir de su propio país. Personas a quienes la institución llamó “segundas y terceras generaciones”.

Más allá de buscar una clasificación de las personas desterradas de Colombia, la comisión abrió rendijas en las paredes de los mutismos de quienes no salen con sus familias, así como de quienes atraviesan fronteras con sus vidas arrancadas, aplazadas y trasplantadas en algún otro lugar. De quienes crecen como *semillas regadas* por el mundo, afrontando sus propias afectaciones y construyendo su identidad en medio de múltiples factores disonantes de los que poco o nada se habla. Sin embargo, existe más luz por hallar. Existe una deuda social por una mayor escucha a esas personas que permitieron evidenciar que el exilio no es solo asunto de quienes toman la decisión de partir, porque atañe a quien se va, por supuesto, pero también a

quien se queda, a quien acompaña, a quien nace o muere en el camino, a las sociedades de origen y recepción.

Fue así como diez personas que apoyaron, entre otras muchas, la visibilización de esas otras caras del exilio colombiano, se motivaron a reunirse de nuevo para re-leer, re-dimensionar y re-elaborar sus vivencias por medio de un proceso de escritura. Una iniciativa que surgió de experiencias previas. Por un lado, del acompañamiento psicosocial dado por Claudia Moreno García a hijas e hijos de personas exiliadas, en el marco de las acciones llevadas a cabo por el Nodo de Víctimas Suecia. Y, por otro lado, la metodología desarrollada por Mariana Schmidt para hacer de la escritura un dispositivo que permite tramitar lo vivido y que ha orientado procesos de este tipo con diversos grupos de mujeres, entre ellos el Grupo Internodal de Género (GIG) de apoyo a la Comisión.

Con la sinergia de estas dos profesionales, el compromiso y generosidad del grupo, más la colaboración del Instituto Hegoa, se hiló el tejido de este libro. Un tejido elaborado de forma virtual, entre marzo y diciembre de 2024, cimentado en tres dimensiones propuestas por Mariana: “una dimensión *subjetiva* que invita a cada persona a explorarse internamente, a nombrar lo vivido, clarificarlo, reconocer en su ser el efecto de los acontecimientos enfrentados, así como sus fortalezas y capacidades para enriquecerse con lo que le aporta el país (o países) en los que ha coexistido; una dimensión *social* que lleva a experimentar lo que significa crear en colectivo, reconocer a cada persona y valorar la diversidad en esa construcción; y, una dimensión *política* que hace visible el fenómeno del exilio desde diferentes lentes, en virtud de contribuir a que se amplíe y resignifique su mirada, y a fortalecer lazos de soporte emocional y social”.

Las siguientes páginas contienen entonces cadejos de sensaciones y vivencias que relatan la manera en la que sus

protagonistas han hecho frente a los complejos procesos migratorios por los que han pasado.

En algunas narraciones, son las voces de quienes siendo niñas y niños nos llevan de la mano en su viaje hacia el exilio, la persecución familiar, los silencios en casa y la dificultad de entender lo que ocurría. Y ni qué decir de la llegada a un país nuevo, con otras costumbres, formas de hablar diferentes e identidades que perciben la otredad desde la sospecha, lo cual supone un proceso de adaptación que exige rapidez, en el que incluso es necesario suavizar el acento y aprender un nuevo idioma.

Otros relatos muestran que la complejidad del conflicto armado es tal, que a veces han de pasar años para conocer los propios orígenes, hacer preguntas y recibir respuestas, recuperar la historia familiar y así intentar comprender mejor quiénes somos.

También están las líneas de aquellas personas que tuvieron que salir huyendo cuando ya eran adultas o quienes volvieron a un lugar habitado en su infancia o quien nunca se fue, pero que, aun así, sintió que quedó sin raíz con la migración forzada de su madre.

Esta publicación pues, no contiene trozos de letras ni palabras etéreas. Contiene fragmentos de vidas que pueden ser el reflejo de otras tantas personas que no tienen la posibilidad de que su historia se conozca. Historias que no pueden ser invisibilizadas ni relegadas al olvido porque son un grito de verdades. Verdades ineludibles para la construcción de paz y para que la guerra no vuelva a arrancar a nadie de sus raíces.

Instituto Hegoa

GRATITUD

¡CÓMO NO TENERLA! ¡Cómo no sentirnos privilegiadas por ser testigos de primera mano de la gestación de este libro! De haber conocido las entrañas de la nobleza humana y de la esperanza, porque eso son estos hijos e hijas de la guerra, semillas fértiles que crecieron en muchos lugares de este planeta y que, pese a lo vivido, creen en la paz y en la justicia social. Sí, cada uno de ellos, desde diferentes lugares del quehacer, se involucran en procesos de transformación social donde el valor por lo humano es su brújula.

Con una valentía sin igual, han seguido sus propios caminos para escarbar en la tierra de la guerra buscando las respuestas que por muchos años no tuvieron. Para ver de frente los dolores que padecieron los suyos y que, sin saberlo, hicieron propios. Para tramitar la angustia de esos padres y madres que le apostaban a un país mejor y no salieron ilesos. Para sacudirse las luchas que no son de ellos o para transformarlas e integrarlas a su identidad de manera cálida, sin rencores, sin dolores.

El camino no era fácil y lo sabían. Abrir las compuertas de la memoria, acudiendo a la escritura y en colectivo, era arriesgarse a descubrir un universo de sentires que podrían ser incontrolables, pero confiaron en sí mismos y en nosotras. Gracias.

La disposición a una escucha activa, atenta, empática y un marco de trabajo estructurado a lo largo de diez encuentros colectivos y variados encuentros individuales, propiciaron la creación de un espacio seguro en el que cada vivencia y relato

empezó a fluir libremente. Nuestras conversaciones poco a poco se fueron convirtiendo en un juego de reflejos en donde las historias se entrelazaban evocando, la una en la otra, recuerdos o piezas perdidas de un rompecabezas eternamente inacabado. Así, los diversos y caprichosos caminos de las personas que formamos parte de este proyecto se fueron juntando y luego entrelazando en medio de palabras, imágenes, una que otra lágrima, pero sobre todo de memorias comunes que acogieron la historia de un país roto que, como bien describe una de nuestras autoras, “cachetea a sus niños dejando marcas invisibles en sus mejillas y escupe la saliva en sus caras”.

Sí, este libro recoge las voces de nueve niños y niñas, hoy adultos, que en su momento se dieron a la tarea de intentar comprender lo incomprensible y ajustarse a una realidad que los sobrepasaba. Estas *semillas regadas* hicieron esfuerzos por ser grandes desde chicos, sin nunca dejar de adorar y admirar a padres y madres.

Un terreno fértil y la incansable búsqueda de ofrecer a sus hijos e hijas buenos nutrientes, han hecho que estas semillas, a su manera y abrazando su historia, aún añoren, saboreen y a la vez cuestionen su país y a quienes lo han gobernado. Un país de afectos encontrados, de amores y de odios, del que difícilmente un océano o una frontera los separa. Un país al que se quiere. Cada uno de los textos aquí plasmados da cuenta de ello. Se trata de voces que amplían la mirada sobre la guerra en nuestro país aportando una nueva narrativa a propósito de la transmisión generacional que construye identidades diversas y multiculturales en permanente evolución.

Acompañar este proceso, ayudarle a dar forma y sentido, fue un honor. Que alguien abra la puerta de manera generosa y confiada, tienda su mano para sentirse comprendido y esté dispuesto a mostrar el hogar donde reposan sus dolores

e incógnitas de una guerra vivida desde la infancia, es sobrecogedor y nos compromete a seguir el camino de descifrar los laberintos del alma humana.

A cada uno de las autoras y autores, nuestro profundo agradecimiento por permitirnos adentrarnos en sus memorias, por confiar, por compartir y por tejer colectivamente este entramado de afectos que tanto alivia.

A Hegoa, gracias por habernos permitido hacer parte del enorme reto que nuestro país se impuso al apostarle a la paz. Hacerla realidad y cumplir posteriormente sus exigencias constitucionales y sociales es un deber que tenemos todos los y las colombianas. Haber aportado en ello y en la difícil tarea de reparar tanto daño, como psicólogas y conocedoras de los procesos de producción escrita, es motivo de satisfacción y de orgullo.

Claudia y Mariana

QUIÉNES SOMOS

*No hay historia muda. Por mucho que la quemen,
por mucho que la rompan, por mucho que la mientan,
la historia humana se niega a callarse la boca.*

Eduardo Galeano

SOMOS SEMILLAS REGADAS. Semillas esparcidas, diseminadas por el mundo, errantes, desarraigadas. Pero, también, somos semillas rociadas, irrigadas, empapadas de amor y de convicción. Semillas fértiles. Unas cuantas de nosotras ya nos habíamos conocido en Bilbao, entre 2019 y 2022, en los encuentros organizados por la Comisión de la Verdad. Cuando recibimos la invitación por parte del Instituto Hegoa, aceptamos el desafío: crear un libro con pedacitos de nuestras historias individuales para transformarlas en memoria colectiva.

Algunas de estas semillas nacimos en Colombia, otras en diferentes países del mundo. Hablamos español con variados acentos, tenemos distintas relaciones con nuestro país de origen. A veces no sabemos muy bien de dónde somos y nos refugiamos en aquella expresión “ni de aquí ni de allá” para escapar de las identidades que encasillan, de la necesidad de escoger entre dos culturas.

Hay quienes llevamos veinte, treinta y más años fuera del país, hay quienes nunca nos fuimos. Sin importar en dónde crecimos, sabemos de dónde venimos: un territorio hecho de múltiples lugares que llevamos en el corazón y en los que florece el anhelo de una Colombia en paz y con justicia social.

No pertenecemos a la misma familia, pero ya sentimos como si lo fuéramos: una familia extendida, cuyas historias son tan complejas como quienes la conformamos.

El presente texto es el fruto de una incansable búsqueda de las palabras adecuadas para expresar esos sentimientos encontrados que compartimos quienes hemos vivido y experimentado los desafíos del exilio y la migración. Es la suma de voces que por muchos años guardaron silencio manteniendo secretas nuestras vivencias, por discreción, temor, o, simplemente, por pudor.

Este libro, semilla germinada, representa un esfuerzo colectivo para contar cómo nos atravesó la historia de un país en guerra, para plasmar heridas y enseñanzas, para reconocer lo doloroso, lo gozoso y todo aquello que habita entre los dos. Nuestros escritos procuran, cada uno a su manera, contar lo que es el exilio desde la perspectiva de las hijas y los hijos. Los que nos marchamos del país, los que nacimos lejos, pero también los que nos quedamos con el vacío que dejaron nuestros seres queridos. Cómo hemos convivido con ello desde adentro y desde afuera, desde aquí y desde allá, desde lo vivido y desde lo heredado.

A lo largo de sus páginas, organizadas en tres capítulos, nuestras lectoras y lectores se embarcarán en un viaje por múltiples experiencias que comprenden diferentes etapas de nuestra vida, desde la niñez hasta el presente, todas marcadas por el hecho de haber partido y, a la vez, de seguir perteneciendo a un país que, aun siendo tan abrumadoramente hermoso, se mantiene plagado de injusticias, acosos, abusos y violaciones sistemáticas a los derechos humanos. Cada vivencia aquí narrada refleja la lucha constante por encontrar un lugar seguro, por hacer frente a lo incomprensible y por seguir adelante a pesar de las adversidades.

Con humildad, pero también con valentía, queremos ofrecer estos relatos como una declaración conjunta, dirigida a quienes han vivido, viven y –posible y tristemente– vivirán situaciones similares a las nuestras. Desde el alma, hemos procurado que resuenen en aquellas personas que atraviesan las mismas dificultades, que ofrezcan consuelo, comprensión y, sobre todo, esperanza a quienes se sientan perdidos entre las fronteras del dolor y la búsqueda de un hogar. Acaso nuestros escritos contribuyan a encontrarle sentido a lo vivido.

He aquí un viaje interior, un salto al vacío, un grito desgarrado, un primer testimonio, una reflexión de varios años, una oportunidad de liberar la palabra, una deuda pendiente, un legado a las próximas generaciones, un diálogo con las precedentes. Una reconciliación con esto que llamamos país.

Queremos agradecer a nuestras madres y padres, a nuestros hijos e hijas, hermanas y hermanos, sobrinos y sobrinas, compañeras y compañeros. Somos su semilla, son la nuestra.

A quienes nos acompañaron en este camino de la escritura, gracias por leer y releer. Por la atención, por el ánimo que nos brindaron en cada etapa, por ser la luz que brilló en medio de la oscuridad, por el respaldo y el cariño que nos dio fuerzas.

Extendemos nuestra inmensa gratitud a Mariana, Claudia, Yuli y Kaleja por coordinar este proyecto y hacerlo realidad en tan poco tiempo. Gracias por su escucha, su paciencia, su empatía y, muy especialmente, por los abrazos virtuales.

Por último, gracias a ustedes, quienes tienen el libro en sus manos. El hecho de que puedan leer estas historias de vida es nuestra sincera contribución a la construcción de memoria, nuestro efectivo antídoto contra el olvido.

Adriana, Alejandra, Anne Elizabeth,
Andrés, Daniel, Diana, Gisela,
Karim, Nicolás y Niko

Me acuerdo...

Me acuerdo cuando pensaba que mi abuelo era Dios porque causó un temblor de tierra tirando una puerta enojado. ☞ Me acuerdo cuando me quedé observando con mi hermanito el huesito de un pájaro caído de un árbol. ☞ Tu recuerdo me recuerda cómo disfrutaba de niña sentarme en la tierra a ver las hormigas y los animales diminutos haciendo sus cosas. ☞ Me acuerdo cuando armaba coronas con margaritas que crecían en el patio de la escuela y las vendía. ☞ Me acuerdo la primera vez que hice una corona de flores, en Suecia, para la fiesta del sol. ☞ Me acuerdo la primera vez que entré a la Biblioteca Pública de Medellín. ☞ Tu recuerdo me recuerda que tuve tarjeta de las Bibliotecas Públicas de Barcelona. La perdí con una billetera que me robaron. ☞ Me acuerdo cuando mi abuelita me contaba chistes que solo me hacían reír a mí. ☞ Tu recuerdo me recuerda un tío que pa´ todo echa chistes, hasta el son de hoy sigue en la misma, todo es un chiste. ☞ Me acuerdo cuando creí que me invitaban a Bilbao a pasarla bien con otros jóvenes colombianos. Me acuerdo que la pasamos bien y que lloramos. ☞ Me acuerdo de nuestro primer atardecer frente a las olas rasgadas por las uñas del sol. ☞ Me acuerdo de mi primer gaufre que sabía a un cielo azucarado. ☞ Tu recuerdo me recuerda mi primer kanelbulle (rollo de canela) “sabor a la flor de la canela”, como dice la canción. ☞ Me acuerdo cuando mi papá me envió un enlace de France Gall diciendo que era la Britney Spears francesa. Me acuerdo cuando empecé a leer el título de las canciones y no entendía nada. ☞ Me acuerdo cuando creía que besorn quería decir beso. Me acuerdo cuando me despedí de mi papá diciéndole besorn, besorn... ☞ Me acuerdo que a veces, cuando

la situación estaba “tensa”, en casa, mis papás cambiaban el tono de voz y a veces se llamaban “compañero”. ☞ Tu recuerdo me recuerda que a casa llegaban personas a las que mis padres les llamaban por compañero(a) y yo no entendía por qué. ☞ Me acuerdo que por las noches me pasaba a la cama de ellos, sobre todo cuando alguno de los dos estaba ausente. Más entrada la noche, y ya entre sueños, los oía hablar seriamente, como haciéndose un reporte de lo ocurrido. ☞ Me acuerdo cuando conocí a Álvaro, no lo reconocí por lo bien disfrazado que estaba. Toda la noche lo miré impresionado de no poderlo identificar con las mil fotos que había visto de él. ☞ Me acuerdo que ese fue su ultimo día. ☞ Me acuerdo que con mi mejor amigo hablábamos en el bus que nos llevaba al colegio (“en la ruta”) del Palacio de Justicia y de lo que se hubiera debido haber hecho. Queríamos cambiar esa historia. ☞ Me acuerdo que Lucho nos contaba historias de cuando fue a estudiar en los países del Este y de las pilatunas que hacían con su combo de amigos, como la noche en que se encontraron unos bustos de Stalin en el sótano de un edificio en Alemania del Este y decidieron instalarlas en la plaza central del pueblo, “de pura mamadera de gallo.” ☞ Me acuerdo que no logré decirle a mi mejor amigo que nos íbamos del país. ☞ Tu recuerdo me recuerda que yo tampoco pude despedirme de la que fue mi primera novia, después ella me llamaba desde allá siempre que podía, era difícil, pero siempre lo conseguía, es un momento único y especial. ☞ Tu recuerdo me recuerda que tampoco yo pude despedirme de mi primer novio ni de mis amigos de la escuela ni del barrio. Salimos una madrugada sin decirle a nadie. ☞ Me acuerdo que había más gente y que no lograba hablarle en código. Él reía al verme embolado.

Me acuerdo...

Tu recuerdo me recuerda los códigos o claves que siempre hemos tenido en familia para referirnos a tal o cual. ☞ *Me acuerdo que cuando me subí al avión, caí en la cuenta de que no me había alcanzado a despedir de mis primos y empecé a entender.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que cuando me subí al avión en la tercera salida obligada, sabía que esta vez mi partida sería lejana y larga, ahí me di cuenta que era una exiliada. ☞ *Me acuerdo que “Cali Pachanguero” en París, me recordaba Colombia.* ☞ *Me acuerdo del susto antes de embarcar en Bogotá.* ☞ Tu recuerdo me recuerda el susto que me da embarcar hacia Bogotá. ☞ *Me acuerdo que venía mucha gente de otros países a la casa.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que a veces acompañaba a mi papá a reuniones y él conocía gente de todo el mundo y yo le preguntaba cómo hacía para conocer tanta gente extranjera si no sabía hablar otras lenguas. ☞ *Me acuerdo escuchar noticias y ver gente asesinada.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que desde hace un par de años dejé de ver las noticias, especialmente las colombianas, porque son pura sangre. ☞ Como decía mi padre, en Colombia usted exprime el periódico y le saca sangre. ☞ Tu recuerdo me recuerda que crecer en Colombia en los 80 era considerar normal que mataran gente importante (o que masacraran a gente “no tan importante”) casi a diario. ☞ *Me acuerdo de mi primer mitín en un congreso de derechos humanos.* ☞ *Me acuerdo que pasé un año sin mi padre.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que pasé muchos años sin ver a mi padre. ☞ *Me acuerdo cómo me protegía mi abuela materna.* ☞ *Me acuerdo que salía muy temprano y hacía mucho frío.* ☞ *Me acuerdo que aprendí a leer y escribir cuando mi padre salió en el primer*

exilio. ☞ *Me acuerdo del allanamiento en la sede de Justicia y Paz.* ☞ *Me acuerdo que olía a empanada en la esquina.* ☞ *Me acuerdo que me gustaba jugar al fútbol de pequeño.* ☞ *Me acuerdo de las caras de preocupación de mis familiares en ciertos momentos tensos.* ☞ Tu recuerdo me recuerda lo mismo, esas caras de preocupación, tensión y miedo. ☞ *Me acuerdo del primer día en España.* ☞ *Me acuerdo del bullying por hablar diferente.* ☞ Tu recuerdo me recuerda lo que viví en la escuela y en mi trabajo, la forma en que se burlaban de mí por mi forma de pronunciar el idioma sueco. ☞ *Me acuerdo que estudié artes visuales.* ☞ Tu recuerdo me recuerda el momento tan complejo que es decidir qué querer ser en la vida. Yo andaba perdido, hasta que me encontré. ☞ Tu recuerdo me recuerda que mi hermana siempre fue apasionada de las artes visuales y me enseñó mucho sobre cine y las buenas películas que dejaban mensaje. ☞ Tu recuerdo me recuerda que yo también me dedico a lo visual, pero que para mí las palabras son tan importantes como las imágenes. ☞ *Me acuerdo cuando mi mamá me contó por qué me llamaron Gisela.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que mi abuelita me llamaba por mi segundo nombre, que era el nombre de una de sus hijas, la cual de bebé tuvo que esconder en el bosque para que no la mataran “empalada” durante la llamada época de La Violencia en Colombia. ☞ Tu recuerdo me recuerda que a mí me registraron con cinco nombres: Andrés Felipe Pablo Antonio Jorge. ☞ *Me acuerdo que había muchas fiestas colombianas en París.* ☞ *Me acuerdo que me fui a vivir a Colombia para saber si era colombiana.* ☞ Tu recuerdo me recuerda que siempre quise volver a encontrar mis raíces. ☞ *Me acuerdo que mi madre nos hacía los disfraces.* ☞ *Me acuerdo que era peli lisa y me volví crespa.*

Me acuerdo...

Me acuerdo que estuve en Brasil cuando la Copa del Mundo. ☞ Me acuerdo que mis cumpleaños de pequeña eran muy especiales. Todos estaban pendientes de mí ese día. Mi mamá, mi papá, mi abuela paterna noruega y mis abuelos de Colombia. ☞ Me acuerdo que las visitas a mis abuelos no eran muy a menudo, pero que las disfruté mucho. Había atención y amabilidad por todo lado. ☞ Tu recuerdo me recuerda las pocas veces que de niña pude compartir con mis abuelas, fueron momentos cortos pero tan bellos en familia. ☞ Tu recuerdo me recuerda que mis abuelos maternos ya habían muerto cuando mi madre partió al exilio. Nunca tuvieron que sufrir el tenerla lejos. ☞ Tu recuerdo me recuerda las tardes enteras que me pasaba yo al lado de mi abuela viendo la novela, nunca olvidaré ese olor y esa imagen. ☞ Me acuerdo de las empanadas calientes y pequeñas en Santa Gema. ☞ Tu recuerdo me recuerda las empanadas que hacían en la esquina de la casa donde vivíamos, eran un auténtico manjar. ☞ Tu recuerdo me recuerda las arepitas de maíz de mi abuelita con caldo de frijolitos recién hechos; nada más sabroso para mí. ☞ Me acuerdo de mis levantadas temprano para acompañar a mi abuelo a cantar “La lancha” del Dueto de Antaño. Era mi tiempo favorito. ☞ Me acuerdo de la gente diciéndonos a mi abuela materna y a mí que nos parecíamos. ☞ Me acuerdo de mi abuela de Noruega, ella era muy alta con ojos azules de cristal. ☞ Me acuerdo de no verme igual a mis compañeros de clase. ☞ Tu recuerdo me recuerda que siempre me sentí diferente o bicho raro en Suecia. ☞ Me acuerdo de darme cuenta que mi español nunca era del mismo nivel y acento al de la familia de mi mamá.

NUESTRA **NIÑEZ**
.....



Volverán las golondrinas

|| **ALEJANDRA MEJÍA CARDONA** ||



1989

Medellín, Colombia

El reino de los sicarios

Medellín era la ciudad más peligrosa del mundo, seguida por Beirut. Mientras que yo aprendía a decir mis primeras palabras, el resto del país solo tenía un nombre en la boca: Pablo Escobar, el mismo que hoy aparece en cartas postales y en llaveritos para turistas. En esa ciudad cementerio fui extraordinariamente feliz.



2000

Medellín, Colombia, Barrio Belén

“Ahora sí viviremos cerca, papá”

Un día me vestí afanada, me peiné y me puse bonita, pero el timbre nunca sonó. Me quedé esperando parada frente a la puerta, contando año tras año la esperanza de su regreso. Le escribí canciones y poemas hasta volver a él.



2007

Bruselas, Bélgica

El reencuentro

Llorando me miraba de pies a cabeza como si yo fuera una alucinación y apretaba en su puño un pañuelo empapado de lágrimas. Conservó durante años ese papel arrugado. Quizás aún lo hace.



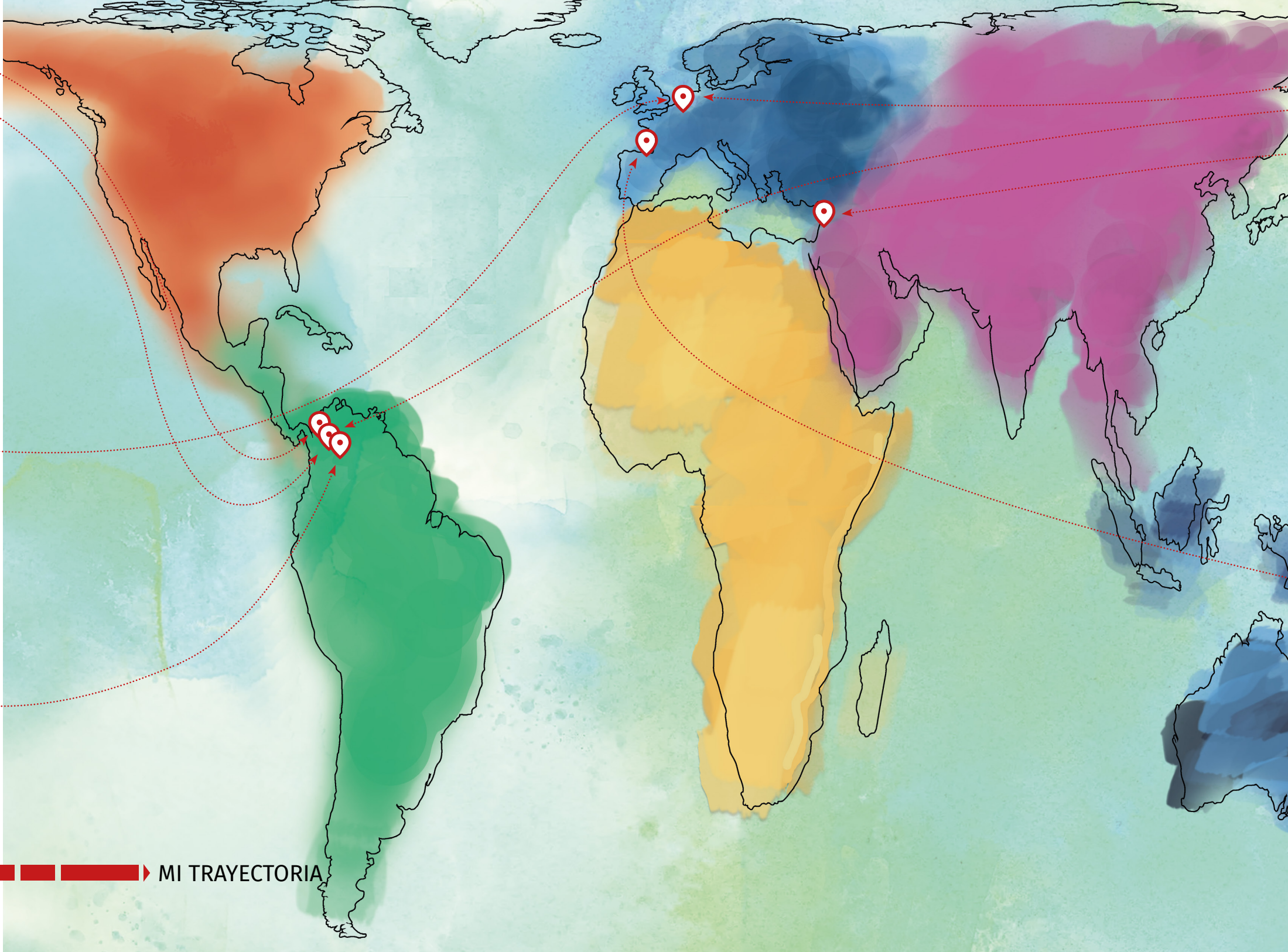
1997

Concepción, Antioquia, Colombia

La Concepción de la inocencia

Solo viví un año en el pueblito de los guayabos, un año que me marcó para toda la vida. Los niños de la escuelita corríamos felices hacia el patio para contar los helicópteros que les disparaban a las montañas moviéndose como hermosas libélulas negras. La guerra era una fantasía inventada por los adultos.

MI TRAYECTORIA



2014

Beirut, Líbano

Líbano: otros nosotros

Me fui al Medio Oriente para hacer mi tesis sobre la crisis de refugiados sirios. Mi cuaderno de investigación terminó sirviéndome para enseñarle un poco de inglés a Bilal y a Ahmed, dos niños que vivían en un viejo garaje con su familia. Entonces no sabía por qué su exilio me desgarraba el corazón. En árabe me llamaban “ukhti”, hermana.



2019

Bilbao, España

Yo tengo tantos hermanos, que no los puedo contar

Comisión de la Verdad. Se cayeron los escudos y las murallas. Comprendí que había vivido un drama, que no era normal, que no era la única, que somos millones. Me atropelló la verdad. Me desmoroné en los brazos de jóvenes desconocidos quienes, con sus propias historias, me armaban poco a poco como un rompecabezas.

Toda mi vida

Bruselas - Medellín

Valió la pena

Cuando era niña creía tener el padre más bonito e inteligente del colegio, heroico e invencible como Bruce Willis, pero hay que aceptar la realidad. Amigas, lo siento, sigo ganando. Al mejor padre del mundo lo tengo yo. Por él haría 1000 idas y vueltas hasta las estrellas.





EL CIELO ESTABA PINTADO de un azul cálido que parecía más mar que cielo y en el que las nubes se disolvían como las olas. En medio del jardín se encontraban las tías, cuyas carcajadas rebotaban sobre el césped como canicas. También estaba el Padre, una cerveza fría goteando entre sus dedos y en sus labios una sonrisa deslumbrante que transformaba todo en espejismo. Hermanito y yo nos alejamos encandilados buscando la sombra de un árbol. Éramos tan solo dos pequeños astronautas tomados de la mano, saltando sobre margaritas que crujían como galletas. Entonces, nos tropezamos con un viejo árbol que se agachaba sobre la cascarita de un huevo quebrantado que yacía entre sus raíces.

Nos arrodillamos frente a frente. Levantamos la cabeza buscando al nido y a sus padres entre las ramas del árbol y nos hicimos la misma pregunta sin hablar: “¿dónde estará el polluelo?”. El árbol no sabía y apenas pudo respondernos con sus hojas: “No fui yo”. Hermanito tomó una mitad de la cascarita y me tendió la otra con la misma delicadeza de un cura repartiendo hostias. Por algunos segundos, que parecían durar siglos, me miró con sus ojos negros y puros heredados del Padre. En ese preciso instante sentí en la punta de la lengua el sabor ácido del fin del mundo.

Una semana más tarde aguardaba con ansias al Padre, que me llevaría, como todos los fines de semana, a jugar a la casa del árbol con Hermanito. Mientras me arreglaba, prendí el televisor y mi mundo se apagó. Vi, a través de la pantalla, a mi ángel derrotado, con la cabeza inclinada, esperando una bendición o el beso frío de la guillotina en la nuca. Frente a mis ojos se desenrollaban los negativos de una película, con sus chocolates rellenos, un pastel de cumpleaños, una cabaña en la playa, cuatro huellas en la arena mojada, las tijeras cortando la cinta en mil pedazos. ¿Fue una eclosión o una caída?



También se cortó mi respiración, se me secaron los ojos y se callaron las agujas del reloj. Escuché alejarse la música de los carruseles, con sus caballos, carruajes y guirnalas, desvaneciéndose en la oscuridad. Se apagaron las luciérnagas. Los columpios se mecían solos como huérfanos. Era el triunfo irreversible del imperio de los Grandes, en el que las nubes no se convierten en animales y los pétalos de las margaritas no son oráculos de amor. “No se puede tapar el sol con un dedo”, me dijo una de las Grandes, mientras acariciaba mi rostro contra su pecho. Antes sí se podía.

Era la cachetada de un país en el que hay niños y niñas que saben distinguir entre el resplandor de un disparo y la explosión de los fuegos pirotécnicos que salpican la noche con gotitas de colores. Niños y niñas que buscan desaparecidos, que conocen el léxico de la guerra y que cargan metralletas. Un país en el que la Pachamama luce un collar de dinamita en lugar de cadenas de esmeralda. Esa patria inmarcesible, a la que le cantamos de pie frente a la bandera con la mano derecha en el pecho. A esa “tierra querida, grito de paz y alegría”. “¡Despierta!” vociferaba mi país, dejando la marca invisible de sus dedos en mi mejilla. Abre los ojos.

Entonces vi a Hermana Mayor retorciéndose de dolor, arrodillada sobre la baldosa. Apresuradamente, fuimos introducidas en un taxi. Vi por la ventanilla del carro a mi ciudad galopando en el sentido contrario. Entramos a una iglesia para rezar entre decenas de desconocidos que cantaban con fervor frente a un cura que les leía un libro de leyendas. Y cantaban y sudaban y cantaban aleluya. Entramos a otro taxi. Esta vez bajé la ventanilla para refrescarme con la saliva que mi ciudad me escupía en la cara. Al mismo tiempo Abuelito materno, nos esperaba parado arriba de las escalas de su casa. Abrió sus brazos en silencio y subimos corriendo como fugitivas para

escondernos bajo sus alas. Cerré los ojos y sentí palpar en mi pecho una coraza en lugar del corazón.

El teléfono chillaba sin parar. Los Grandes se reunieron en la cocina para compartir miedos y hacer conjeturas. Mientras tanto, caminé por inercia hasta la ventana de la sala y me senté en el sillón de Abuelito, ese trono desde el cual él observaba el paso de los aviones, de las muchachas y del tiempo. Me asomé y mi vida pasó de lado, sin saludarme. De repente, comenzaron a caer en la calle plumas azules danzando con el viento y, poco a poco, el cielo se oscureció. “¡La comida!”. Era Abuelita materna que llamaba para cenar, poniendo en mi puesto un plato de frijoles blancos cocinados especialmente para mí. Desde esa misma noche comencé a ensayar minuciosamente mi nuevo papel. De puertas para afuera, el de una preadolescente común y corriente, con sus ídolos de rock, sostenes rellenos, amores platónicos y desengaños. Y en la vida real, el de una adulta de once años luchando cada noche contra pesadillas ajenas, actuando en una obra de teatro en la que yo era la telonera y el Padre la estrella.

Cuando se abrió el telón apareció una estrella extraviada entre millones de astros que brillaban en otras lenguas. Se le veía saltando de constelación en constelación evitando los hoyos negros, buscando una casa del zodiaco para soltar sus maletas y las de Hermanito. Y era así que la estrella deambulaba en un espacio sideral sin esquinas ni recuerdos ni caras conocidas que fueran testigos de que había existido antes de sobrevivir. Hermanito perdió su árbol, sus juguetes y dos medias hermanas que de medias no tenían sino el nombre. Cada mañana, cuando se bajaban de sus camas padre e hijo se estremecían por el vértigo. Tenían que comenzar todo desde cero.

Una de esas noches, desvelada a billones de años luz, descubrí desde mi balcón una estrella vieja recién nacida colgada



de la puntica de la luna menguante. Era tan lejana, tan cercana, que yo alcanzaba a verla buscando la teta de su madre en el cortejo de galaxias de la Vía Láctea. Todas las noches yo les preguntaba a las montañas que ocultaban el horizonte, si el Padre estaba mirándome desde el otro lado de la tierra. Quizás, quién sabe, estuviéramos mirando la misma luna. Las montañas no sabían. ¿En qué país se encontraban el Padre y la mitad de la cascarita? Existían aproximadamente 194 opciones y todo un universo.

La mayoría de los Grandes cercanos y hasta los desconocidos, conocían los puntos cardinales exactos, mientras que Hermana Mayor y yo no teníamos ni mapa ni brújula. Nos negaron el derecho a la verdad que da la sangre. El derecho inalienable de saber dónde se encuentran los suyos, el porqué, el cómo, el cuándo. “Por seguridad”, dicen. Hay niños y niñas a las que se les enseña a decir mentiras y, al mismo tiempo, se les prohíbe mentir. “Por seguridad”. Porque se supone que no saben guardar secretos, aunque hayan sido rigurosamente entrenados para disimular.

¡Ay, si supieran! Las hijas e hijos como yo somos maestros en el arte de callarnos, incluso frente a nuestros propios reflejos en el espejo. Construimos con baldes de arena castillos que siempre se derrumban. Armamos, una y otra vez, rompecabezas incompletos. Intentamos descifrar acertijos en cada mueca de los Grandes cuando hablan de “lo que sabemos”. Pero no sabemos, no. “Para proteger a los niños”, dicen. “Porque el silencio duele menos”. Porque creen que tenemos un talento sobrenatural para olvidar. Y es así que, sin darnos cuenta de verdad, nos acostumbramos a convivir con la ausencia, a llevar hoyos negros en el pecho ahí donde se le canta a la patria todos los 20 de julio en el patio del colegio. Y así seguimos.

Los chismes atraviesan el firmamento más rápido que un meteorito y uno de ellos arrastró mi dedo índice hasta uno de los países del mapamundi. Como muchas otras cosas, nos

enteramos por casualidad. Nos revelaron el lugar de refugio del Padre y de Hermanito con la misma despreocupación con la que nos anunciaron la partida. Como si nos contaran que en la tienda había aumentado el precio de la leche, que las golondrinas estaban perdiendo sus plumas o que un cráter inmenso se abriría bajo nuestros pies. “Se fueron”. Yo no sabía si era una buena o una mala noticia. “Pero están bien”.

Cuando uno recorre las páginas de un libro en blanco, la imaginación se transforma en tinta negra. A mí me tocó inventar la despedida. Me imaginaba en el aeropuerto al que Padre solía llevarnos cuando éramos pequeñas para ver despegar a los aviones con los ojos embelesados. En ese mismísimo aeropuerto en el que murió Carlos Gardel derramando su voz por el aire. Me veo. En plena pista de aterrizaje, con las rodillas ampolladas de tanto esperar. Encandilada por el parpadeo de las luces que, a lo lejos, van marcando su partida. *Sentir que es un soplo la vida. Que veinte años no es nada. Que febril la mirada, errante en las sombras, te busca y te nombra*, Papá. Y siento el temblor del pavimento. El avión volando sobre mi cabeza, rasgando el cielo con un zumbido desgarrador. A siete kilómetros de distancia Abuelito contó un avión más desde la ventana y confundió mi llanto agudo con la guitarra de Gardel. Cuando solo se divisaba un punto blanco desapareciendo entre las nubes, metí mi voz en una jaula y me tragué la llave del candado durante años.

Me volví a subir al escenario, triunfante, con una sonrisa de oreja a oreja que apretara suficientemente los labios para no hablar. Me había vuelto tan buena actriz, que hasta yo misma me creí mi papel. Era muy fácil, puesto que todo el mundo piensa en los que se van y nadie cuenta la historia de los que se quedan, “porque están bien”.

Hablemos de mis silencios. Nadie me preguntó lo que sentía mientras bajaba por las escalas frente a decenas de ojos puestos



en mí. Lo que pensaba mientras deslizaba lentamente mis dedos sobre la baranda decorada con ramitos de rosas y claveles, dominando mi primer par de tacones que, humildemente, resistían contra una ráfaga de aplausos. Abuelito me esperaba como siempre, esta vez abajo, tendiéndome su mano derecha, como los príncipes en los cuentos de hadas para bailar el vals de mis quince años. Mi escudo, mi espada. Hermoso con su traje bien planchado y su cabello blanco. “Mi niña”, me dijo. Y así comenzamos a dar vueltas rodeados de invitados en la pequeña sala de una de las Grandes, tal y como lo ensayamos tantas veces días atrás frente al espejo de Abuelita. Vueltas aferrándome a su mirada noble y a su sonrisa airosa. Y más vueltas arrullándome en sus brazos sin soltarme. Girando hasta embriagarme con la tristeza feliz, solo él adivinaba en quién pensaba. Nadie preguntó lo que contaba ese vestido de seda que rozaba al suelo con un susurro.

Parada en la misma sala, casi dos años después, en el momento exacto en el que introducía en mi boca la doceava uva del año nuevo, le anuncié a la Madre: “me voy”. Decidí que era hora de recuperar lo arrebatado, de acabar con siete años de separación eligiendo sin temblar la desobediencia y el desarraigo. Resolví hacer justicia por mí misma, doblegar el destino con una determinación implacable, luchando contra obstáculos y malos augurios. Era una golondrina que nunca había volado, pero tenía la certeza de que mis huesitos estaban suficientemente fuertes como para intentarlo.

Trencé uno a uno los hilos de mis silencios e ilusiones, tejiendo alas que me permitieran migrar atravesando océanos y continentes. Con la misma aguja y la tinta negra con la que llené páginas en blanco, me tatué el nombre de cada ser amado para regresar a donde los míos con solo mirarme la piel. Y así fue como, a los 18 años, tomé las tijeras y corté las distancias. Si

el Padre no regresa a su patria, la Hija se la lleva. Desplegué mis alas azules, tapé el sol con un dedo y Abuelito contó un avión más.

Desde entonces han pasado otros 18 años y ahora el sillón frente a la ventana está vacío. “Váyase, mi amor”, me había dicho. Este día, todos los días, gracias a él se desenrollan frente a mis ojos las escenas de un reencuentro que no tuve que inventar.

Hermanito, encontré al polluelo, está durmiendo en mi nido. Es una pequeña golondrina que rompe los candados de las jaulas con su canto y en cuyas plumas azules se funden el Norte y el Sur. Dentro de poco, en su idioma mezclado con tierra y polvo de estrellas, llamará Abuelito a nuestro padre y las golondrinas volverán.

Al hermano que se fue.
A la hermana que se quedó.
A la hermanita que nació.



La llegada

NICOLÁS QUIMBAYO VÁSQUEZ



1977-1987

Bogotá, Colombia

Barrio Modelo del Norte

Mi lugar seguro. Allí vivieron mis dos familias. Allí se conocieron mis padres. Allí pasé mis primeros diez años callejeando con mis primos y vecinos. Muchas veces, en mis sueños, volé hasta esos techos de casitas tipo barrio obrero inglés, de ladrillo y antejardines, hoy convertidos en una cacofonía arquitectónica de rejas y garajes.



1988

Estrasburgo, Francia

Hogar de refugiados en la Robertsau

Una experiencia humanamente muy enriquecedora, una especie de Babel en donde conocí de cerca culturas diferentes que compartían un mismo destino. Desde entonces, tengo una empatía profunda por los migrantes, una sensibilidad hacia una de las condiciones humanas más ancestrales: migrar. Sin embargo, se invisibiliza, se ataca, se caza. ¿Quiénes son los verdaderos bárbaros?



1988

París, Francia

La llegada

De ese París gris azulado solo guardo imágenes y sensaciones. El frío, la familia de amigos que nos acogió (Alfonso, Claudia, Mateo y “Wawi”), muchas caras nuevas que no logro reconocer, el metro con primera y segunda clase. Perdidos por la ciudad, yo, diestro, guiando a mis padres con el mapa en la mano.



1989

Estrasburgo, Francia, 5 boulevard Ronsard 67200

Nuestro apartamento en Hautepierre

Un suburbio típico de Francia: edificios sucios y descuidados, calles con nombres de escritores ilustres, una población extranjera excluida y otra, local, descompuesta. Aunque retrospectivamente le tengo cariño a ese apartamento, nunca logré apropiármelo; estábamos de paso. Diez años. Estrasburgo, en cambio, sí es una ciudad preciosa, en la frontera con Alemania. Mucha bicicleta desde entonces.



2004

París, Francia, Quartier de la Butte-aux-cailles, Mi niña

Contigo me volví padre, en ti pensaba mientras escribía este relato. Tu llegada transformó mi relación con este país. Me preocupaba el momento en el que empezaras a hacer preguntas, como aquella que, de manera inesperada, hiciste un día en tu restaurante favorito: “Papá, ¿por qué estamos en Francia?”. Había llegado la hora de contarte todo. ¿Por dónde empezar?

2015

Oslo - París - Hamburgo - Arvika - Alicante

Relatos del exilio

Trabajé en cinco documentales sobre el exilio colombiano para Canal Capital (Bogotá). Participé en talleres del Centro Nacional de Memoria Histórica y, finalmente, la Comisión de la Verdad. Yo hablaba de migración, de asilo, de refugio, pero nunca pensé que la palabra “exilio” vendría cautelosamente a explicarme el desapego, el desarraigo, el estar aquí pensando allá. Finalmente encontré a muchos hijos e hijas como yo.

2011

Egipto - Libia - Túnez

Primavera Árabe

Trabajé como camarógrafo corresponsal de guerra durante la Primavera Árabe. Tuve la inmensa suerte de poder ver tres revoluciones, algo que tanto habíamos añorado. Sentí que el hecho de ser testigo de aquellos saltos de la historia era un regalo, ya inesperado, que me daba la vida. Pensé en mucha gente que murió por ese sueño.



2021

París, Francia, Rue des Martyrs

Mi niño

Tus antenitas saben captar el momento oportuno, el tema delicado, el punto frágil. Como aquel día en el que tu abuelo te puso sobre sus rodillas para que “condujeras”, y tú gritaste: “¡Vamos para Colombia!”. Todavía zezéas y confundes *español* con *España*, pero pronto comenzarás con tus preguntas. Aquí, parte de tu historia, una de tus dos maletas.

MI TRAYECTORIA



ES DIFÍCIL SABER en qué momento empieza el exilio. Para mí, nuestro exilio empezó el sábado 7 de noviembre de 1987. Hacía poco mis padres se habían salido del M-19 y empezaban una nueva vida como exguerrilleros. Esa etapa de transición (o de crisis) la estábamos viviendo donde mi abuela materna. Dormíamos los tres en el mismo cuarto y yo estaba a unos días de terminar la primaria. Ese sábado, como de costumbre, mi papá salió a comprar el periódico y volvió bastante consternado. *El Tiempo* y *El Espectador* publicaban una noticia sobre la apertura, dos años después, del caso del Palacio de Justicia. Empezaba la investigación y buscaban a la plana mayor del Eme y a varios militantes muertos o desaparecidos durante la Toma. Entre tantos nombres aparecía el de mi mamá. Fue extraño: sentí emoción al ver su nombre impreso en un diario importante, un tipo de fama efímera, pero también mucho miedo. El anuncio era claro. Ese día mi madre se fue y solo la vi una vez en otra casa de Bogotá y, dos meses más tarde, ya en París.

Esos últimos días de colegio fueron raros. Tal vez, eran las primeras sensaciones de una experiencia que desconocía: la de tener el cuerpo aquí y la mente allá y, en este caso, en mi mente, ya me estaba yendo. Un modo de ser que implica cierta distancia con los demás. Iba al colegio con la emoción de terminar la primaria, pero con la sensación de estar despidiéndome de todo y en silencio. Me dolió no haberme podido despedir (bien) de mi mejor amigo. Además de tener el mismo nombre, compartíamos opiniones, unos padres del mismo estilo y una obligada discreción. Por eso habíamos congeniado. Recuerdo el día en el que la monitora del bus del colegio corrigió a alguien porque no se debía decir “pa” si no “para” y, sin pensarlo, los dos replicamos cantando: “a caballo vamos pal’ monte...”. Toda una identidad y una tradición asomándose en ese coro. Así,



poco a poco, nos fuimos olfateando hasta confesarnos nuestros secretos.

Ese día me cogió desprevenido, no pensaba cruzármelo porque él había entrado a bachillerato y estudiaba ahora por la mañana. Tenía muchas cosas que contarle, los últimos días habían sido bastantes tensos, pero había gente alrededor. No recuerdo mis palabras, pero sí tengo grabada su sonrisa burlona al verme todo “embolatado” tratando de contarle en código que me iba del país. Nunca supe si él entendió el mensaje, tampoco intuí que esa fuera nuestra despedida. No lo volví a ver.

Él fue mi mejor amigo, no sé si yo lo fui para él. Muchos años después me dio una gran satisfacción enterarme de que, al poco tiempo de mi salida del país, me buscó en casa de mi abuela. De haberme quedado en Colombia, hubiéramos coincidido otra vez en un colegio del Distrito para cursar bachillerato. Casi cuarenta años después, recuerdo aún su número de teléfono. Conozco a gente que se lo cruzó en el camino, supe que su vida había sido, y sigue siendo, bastante intensa. Ojalá algún día nos podamos ver y volver a conversar, alter-ego.

Llegaron las vacaciones. Veía poco a mis padres. Mi mamá andaba escondiéndose de casa en casa por Bogotá y mi padre, que no tenía orden de captura, pasaba el tiempo organizando nuestra salida del país, tramitando pasaportes, consiguiendo papeles, recogiendo dinero de amigos que nos querían ayudar en nuestra huida. Recuerdo haber ido con él a un edificio en el centro de la ciudad para pedir una copia del artículo de prensa con el que empecé este relato. ¿Sería el archivo del periódico? Pedimos el diario de aquel día e hicimos la fotocopia de la página que necesitábamos. ¿O será que la mujer que nos atendió nos hizo la fotocopia? No recuerdo. Volví a sentir la misma emoción nerviosa de una fama poco conveniente, como si viera el nombre de mi madre en un “Se busca” de esos de las películas

de vaqueros. La verdad es que de niño, en las películas del lejano oeste y “enlatados gringos”, pocas veces me identificaba con el vaquero justiciero y, en cambio, me atraía el que venía a subvertir el orden, el que le daba picante y razón de ser a la historia. Me atraía el indio y sus flechas, muy nuestras, el Robin Hood, los espías rusos, las espías rusas con algo mucho más atractivo que las acartonadas heroínas puritanas. Todavía no sabía realmente por qué me gustaban más, ¿o tal vez sí?

Del edificio salimos por la carrera Séptima, mi padre me llevaba de la mano, yo trotando, casi volando para seguirle el paso, zigzagueando entre el gentío con nuestra fotocopia que, pocos meses después, sería pieza clave en la solicitud de asilo político. Yo ignoraba que mi padre era constantemente objeto de seguimientos o que habían allanado dos veces los sitios donde mi madre se alojaba, afortunadamente después de haber ella cambiado de escondite. No obstante, había una tensión en mí. Sentía que me seguían, memorizaba las placas de los carros que me parecían sospechosos, huía de los taxis que “me seguían” cuando caminaba por el barrio. En alguna ocasión, llegué a correr y a refugiarme en una tienda.

¿Cómo saber si era verdad o solo fruto de mi imaginación? Pero como dice el dicho: “el paranoico se cura cuando lo atrapan”. Un día el seguimiento fue evidente. Íbamos hacia el barrio Pinar de Suba, a la casa que acababan de comprar unos tíos y que nadie de la familia conocía aún. Yo debía quedarme allí por un tiempo. Mi tío se percató de que nos seguían y, aprovechando el tráfico denso, desvió a último momento. Vimos al carro que nos seguía, pasar de largo. ¡Fue de película! Para mí era la prueba de que no todo era producto de mi imaginación. Bueno, aunque seguí con el cuentico, pero no tanto, solo un poco “moscas” o más en alerta que la mayoría de las personas. Luego, descubriría que la sensación de estar posiblemente en peligro también la



sienten otros “hijos”, es una especie de gen del “contra chequeo”, la necesidad de estar siempre “pilas”, por si llega a pasar algo.

En el Pinar de Suba fui muy feliz con mis primos. Era como si me hubiera ido de vacaciones de fin de año, en la misma Bogotá, a un conjunto residencial sin piscina, pero con antena satelital que, por entonces, era la gran novedad. Estuve desconectado del resto de la familia, con sol navideño, mucho fútbol y, como siempre, quemamos el año viejo y jugué con la pólvora, en esa época se podía y me encantaba. Cosas que vendría a añorar apenas unos meses después. No recuerdo haberme sentido aislado ni escondido en esa casa que nadie más de la familia conocía. Tampoco era consciente de que mi cuerpo sí mantenía cierta tensión. Y mucho menos de que aquella sería mi última navidad en Colombia, mi último cumpleaños –el número once, que no sé por qué razón olvidé–, mi último lugar, mi última morada en mi país.

No recuerdo haber visto a mi papá. Tal vez seguía toreando al lobo mientras preparaba nuestra salida. Un día apareció mi mamá con su maleta, segunda imagen que tengo de esa maleta, personaje importante en estos asuntos del exilio. La primera, en el almacén El Carey de El Lago. Tres maletas de cuero grandes e igualitas, y otra de mano, en la que mi papá metería sus libros más queridos y que iba pesadísima. En ellas tendría que entrar todo nuestro hogar. No sé cómo hice mi maleta. Solo recuerdo haber cogido un trompo, un yoyo, la medalla del torneo de “banquitas” del colegio y unas canicas.

Mi mamá se quedó en esa casa tal vez un par de días, no sé, así lo sentí, pocos. La vi contando plata sobre la cama. Nunca había visto tanta plata en efectivo. Al día siguiente salió para Barranquilla. Todavía tengo en la mente a mi tía contándome en las escaleras y en voz baja: “su mamá salió hoy, la acompañé al aeropuerto, le fue bien”. El 18 de enero mi mamá tomó el

avión de Barranquilla a París. Una vez a salvo, pudimos salir mi padre y yo.

Al aeropuerto llegamos todos los de Suba. Allí estaba mi abuela paisa, la paterna, varias tías y mi abuela rola. Tal vez porque no lo entendí, me sorprendió el momento en el que mi abuela rola se trastornó y repentinamente se echó a llorar en silencio, como ahogada. Ella era de esas señoras serias que infunden miedo, aunque yo no le veía esa faceta por ser su nieto consentido, el hijo de la hija menor. La calidad de su variadísima cocina era reconocida en el barrio y cuando iba a un restaurante, probaba con envidia los platos que otros encontraban buenos y, luego, los preparaba mucho mejor. Entre sus recetas había todo un surtido de sopas cuyo nombre nunca supe y cuyo sabor busco cada vez que regreso a Colombia.

Cuando ella o mis tías hablaban de mi pronta partida, antes de irme para Suba, las reconfortaba diciéndoles que estuvieran tranquilas, que yo iba a aprender francés y en dos años estaba de vuelta. Así veía yo ese viaje: como algo pasajero, una oportunidad lingüística. Tal vez porque así sentía que se había elegido el lugar de nuestro destino: “Inglaterra no, porque la vida de los refugiados es muy dura, no hay ayudas”, “España no, porque ya que nos vamos del país, pues aprovechemos para aprender un idioma”, “Entonces, Francia”. Los dos años se irían alargando, pero no el carácter pasajero de aquel viaje, esa latente condición de desarraigado que, cerca de cuatro décadas después, define mi personalidad.

Su imagen en el aeropuerto es el último recuerdo que tengo de mi abuela rola con quién viví en varias ocasiones, muchas veces por el corre corre de mis padres. Ella era la que me daba las últimas peinadas antes de subirme a la ruta del colegio, quien me enseñó a rezar a escondidas de mis padres y la que me contaba historias de la Patasola y el Picacuy. Un día, durante una



cena muy amena, dijo: “en esta casa no se dice siga, entre, sino involúcrese”. Dos años después de nuestra partida, sonaría el teléfono, a esas horas de la madrugada en las que asusta recibir llamadas, anunciándonos su muerte. Su corazón se paró, tal vez, de tristeza. Tuve que esforzarme para llorar, no sé si fue porque el mío tenía ya una coraza o porque ella ya se había despedido de mí con su llanto ahogado en El Dorado.

Una vez en el avión, buscamos nuestro sitio, nos sentamos y se cerraron las puertas. De repente, por los parlantes llamaron a mi papá y le pidieron acercarse a la cabina. Nos miramos en silencio, él se paró como obligado, la puerta del avión se abrió y vimos entrar a mi tía Paulina con risa pícara, pues se debía imaginar el susto que estábamos sintiendo. Venía a entregarnos una maletica con mis muñecos que habíamos olvidado. Alivio, risas y el último adiós a esa tía que nos había acompañado en todas, incluso hasta la silla del avión. Se volvieron a cerrar las puertas. Silencio. Yo miraba por la ventanilla tratando de reconocer alguna silueta, alguna cara. Cuando se separó el gusano gigante por donde entran los pasajeros al avión, sentí una profunda angustia, no me había podido despedir de mis primos de Suba. Ahí empecé a entender a qué íbamos o, al menos, que se trataba de la separación de la gente que amas.

En el avión me enfermé, me dio fiebre y me puse eléctrico, sacaba chispas en cuanto tocaba algo. La señora de al lado nuestro jugaba bridge en una maquinita y yo me paseaba por el pasillo, iba hasta los baños del fondo donde se amontonaban los fumadores y volvía a mi puesto. Hicimos escala en Barranquilla, Aruba, Caracas, Ámsterdam y, por fin aterrizamos en París el 20 de enero de 1988.

Recién llegados y ya estábamos perdidos en el aeropuerto. Finalmente, ubicamos las maletas, la salida y, al final, un largo llanto de verdadero desahogo en los brazos de mi mamá. Fue

un profundo respiro, como si realmente hubiéramos “cruzado el charco” nadando. Estábamos a salvo. Y aunque no había sospechado su presencia, sentí que la tensión que llevaba oculta esos últimos meses desapareció. Ahora podía relajarme. Los primeros días solo quería dormir. ¿Estaría cansado o deprimido?

De Francia solo sabía de la torre Eiffel, de Michel Platini, que era mi jugador favorito, y del Tour de Francia con Laurent Fignon. Hasta ese momento tenía la idea de que por acá todo era muy nuevo, moderno, y lo que encontré fue un París gris azulado y viejo que no despertaba mucho mi curiosidad. Las puertas me parecían antiguas y pesadas, me sorprendían los baños de los restaurantes con un hueco en cerámica en el suelo que en invierno se volvía una mezcla de barro con de todo, muy poco glamuroso.

El primer mes dormimos en la sala de unos viejos amigos de mis padres, una pareja con dos hijos, y fuimos conociendo nuevas grandes amistades, la mayoría exiliados. Colombianos que nos veían como “los recién llegados”. Años después experimentaríamos esa sensación de reconocer con cariño en el “recién llegado” el desamparo que uno algún día sintió. Esos encuentros me permitieron empezar a armar el rompecabezas de nuestra historia, esta vez al derecho y en voz alta. Sabía, por ejemplo, que mis padres habían estado en Cuba y creía, orgullosamente, que habían viajado por Europa. Ahora me enteraba de que se trataba de un solo viaje y que la tal ida a Europa era realmente la versión oficial, el cuento para contar, sobre su estadía en la isla.

En mi mente se iba organizando la información: esto pasó antes de aquello, no era fulano sino zutano, en esa época vivíamos en tal barrio, o sea que era en el año... Atentamente los escuchaba contar sus historias. Tantos años de secreteo se estaban desvaneciendo con la distancia. Me emocionaba que,



por fin, se podía hablar de esos temas, eso sí, solo con ciertas personas. Luego, con los tiempos de paz, adquirimos más confianza, aunque mi padre siempre guardó esa cautela que lo ha mantenido a salvo y que puede llegar a tornarse obsesiva. Ahora es la memoria la que ha empezado a borrar esas huellas del pasado y a jugar con la verdad mezclando hechos y versiones.

Recuerdo la primera vez que me lancé a comprar los tiquetes del metro. “Tiene que decir: tres tiquetes para la estación Les Baconnets, por favor”, me dijo mi madre que supuestamente era la dura en francés, es decir que conocía algunas palabras, mientras nosotros ninguna. Me acerqué a la taquilla con paso firme y seguro, pero cuando vi la cara del vendedor, me descompuse; su cara también se descompuso al escucharme. Repetí la frase, pero la situación empeoró. El hombre tenía prisa, no estaba ahí para tratar de entender a alguien incapaz de hablar su idioma. Entre tanto, él había crecido un poco en su silla y yo me había achicado más. Abrir la boca era exponerse, mostrar el lado frágil, darle la oportunidad a la mezquindad humana de arremeter aún más contra el que está ya caído.

Muy rápido empezamos los trámites de la solicitud de asilo político. Esa sería nuestra nueva identidad, aunque se usaba más el término “refugiados” o “refugiados políticos”, para dar un poco más de caché. “Apátrida” rezaría el pasaporte azul de las Naciones Unidas que tuve hasta los veinte años con su sello: “válido para todos los países menos para Colombia”. Los términos “exilio” y “exiliado” son para mí mucho más recientes. Ya no es aquel que salió corriendo a refugiarse en algún lado o el que no tiene país, sino el que fue desterrado, desarraigado.

De la sala de los amigos de mis papás pasamos a un hogar de tránsito a las afueras de París. Nos hicieron exámenes médicos, verificaron nuestras vacunas y nos hospedaron mientras nos buscaban otro lugar de larga estadía en alguna ciudad de

Francia. Era un lugar muy extraño, solo había asiáticos o, más exactamente, refugiados de la antigua Indochina, un territorio de la época colonial francesa que hoy en día corresponde a Vietnam, Laos, Camboya y parte de China, por allá entre Tonkin y la Conchinchina. Eran rezagos de los famosos *boat-people*, gente que había huido, primero de las guerras de independencia y luego del terror, en barcos repletos hacia los países vecinos como Tailandia donde, durante décadas, los apeñuscaron en campos de refugiados, degradando su condición humana. Ahí estaban, jóvenes y viejos, parados en los corredores, acucillados, sentados, esparcidos por todo el edificio, como si fuera una cárcel con su promiscuidad y su ambiente malsano. Cuando caminábamos por los corredores, sentíamos que tocaba “cañar”, andar como si nada, con la sensación de que estaban hablando de nosotros y que, tal vez, nos podían atacar por la espalda. La peor imagen que me queda fue verlos sentados en fila, en la escalera, uno encima del otro, sacándose los piojos y comiéndoselos.

Mis padres no quisieron esperar más tiempo en ese hogar y tomaron la primera propuesta que nos dieron: Estrasburgo. Salimos el 2 de marzo, ese día mi mamá cumplía 33 años. La autopista estaba llena de nieve y, de lado a lado, todo era blanco, como algodón. Sin montañas, blanco hasta el horizonte. Yo ignoraba que aquí las autopistas no pasan por los pueblos, por lo que no vimos nada durante cinco o seis horas de trayecto rumbo al este. Íbamos en una camioneta con cuatro o cinco refugiados más que venían de otros hogares de tránsito. De nuevo, en silencio. ¿Será que nos trasladan para Siberia?

El edificio quedaba en el barrio de la Robertsau, bastante apartado del centro de Estrasburgo. Tenía cuatro plantas con una escalera ancha en la mitad. Nos recibió Sor Cristiane, una monja –sin su hábito– que se ocupaba de todo lo que tenía que ver con



lo social. Inscripción al colegio, ropa, maleta escolar, utensilios de estudio, libros, cuadernos, cuestiones administrativas, citas al médico, y un largo etcétera. Tenía la cosstumbree deeee alaaaargaaar laaas paaaalaaabraas y de repetirlas, repetirlas reeepeeetirlas para hacerse entender, al mismo tiempo que hacía círculos con el dedo índice, a veces con ambos, a la altura de su boca, como si estuviera mostrando de qué manera se mueven los labios y la lengua en francés. Entre gracioso y ridículo, no se sabía si era ella o uno el que tenía que tener paciencia, a la final nos acostumbramos a su estilo. Muy atenta, siempre disponible, con una sonrisa eterna. Nos llevó frente a la puerta con el número 5 y le dio la llave a mi papá. Yo deseaba con ansias ver nuestro nuevo lugar, un niño siempre se emociona cuando le dan algo, sin importar la situación en que esté. Me sorprendió, entonces, la actitud de mi papá. Lo vi medio de espaldas: recibió la llave, hizo una pausa, tomó aire y abrió la puerta. Ahora que soy padre intuyo lo que pudo pasar por su cabeza y la fuerza que necesitó para descubrir en qué nos estábamos metiendo.

Nuestro cuarto tenía un primer espacio con un lavamanos a la izquierda y el closet a la derecha; luego sí, el cuarto propiamente dicho con una cama doble de un lado, mi cama en el otro, una mesa cuadrada para cuatro personas y una biblioteca. La ventana ocupaba toda la pared. Ya estando solos, vi un afiche pegado en la puerta que, seguramente, había dejado la familia que se acababa de ir de allí. Tenía escrito en no sé en qué idioma: “¡Fuera URSS de Afganistán!”. Mis esquemas prematuros se quebraron. ¿O sea que aquí vivía una familia como nosotros que tuvo que dejar su país por culpa de los rusos? ¿Acaso no se suponía que estábamos del lado de los comunistas? Desde que yo era muy pequeño, ante mi pregunta, al parecer insistente, mi papá me había dicho que no, que nacionalistas, luego que socialistas (a lo europeo), más tarde que demócratas

y finalmente progresistas. Términos muy complicados. En la televisión solo estaban los comunistas y el héroe gringo, así que seguía con mi duda: ¿y nosotros? Mis papás también habían sido muy críticos con Cuba, pese a la admiración y el afecto que le tenían. Ahora debían explicarme que los rusos hacían las mismas barbaridades que los gringos. No, claramente, no éramos comunistas.

En la planta baja del edificio quedaba el comedor, cada familia tenía su mesa. Nosotros compartíamos la nuestra con una pareja de chilenos y su bebé, una niña. Él solía contarnos sus hazañas revolucionarias. Llegó, incluso, a mostrarnos las cicatrices que le “había dejado Pinochet en persona durante una sesión de tortura”. La mujer lo miraba como si nada. Nosotros callábamos con vergüenza ajena. Él fue el primero de una larga lista de personas que conocí, cuya identidad se había ido moldeando en función de la historia que debieron contar para solicitar el refugio. Un juego de espejos en el que terminaron creyéndose el cuento y asumiendo una identidad bastante híbrida y llena de clichés.

En otra mesa se sentaba una pareja de kurdos con su bebé, dos familias de kurdos de Turquía con varios hijos, una pareja de albaneses que se habían tirado al río para salir del país y una familia de Sri Lanka, que me parecía muy rara. El padre caminaba adelante con su hijo menor y atrás la esposa y las hijas. No recuerdo haberlos visto hablar. Él siempre como con mal genio, malacaroso. Físicamente, me recordaba a mi abuelo materno, de piel oscura, casi negra, pero con el pelo liso. No usaban vasos para beber agua, cogían la jarra de agua, abrían la boca y dejaban caer el chorro con una puntería sorprendente. Un espectáculo. También había un señor muy alto y querido, del Zaïre (actual República Democrática del Congo) con una hija un poco mayor que yo y un hijo menor, Ngoï. La mamá debía



llegar en algún momento, pero un día recibieron una carta anunciándoles que la habían matado.

Unos se iban y otros llegaban. Nosotros fuimos los primeros y, tal vez, los únicos en llegar a ese hogar con los papeles de residencia en regla. El señor Kobel, el director del hogar y ex coronel del Ejército, no lo podía creer. Miraba los papeles al derecho y al revés, sospechando de su autenticidad y, tal vez, sintiéndose derrotado al no contar con algún medio para manipularnos. Tenía sus “cruces” raros. El hogar recibía ropa o muebles de caridad para los apartamentos de quienes se iban y él, a veces, los vendía de segunda. Lo sabíamos porque los mismos del hogar eran los que tenían que llevar los muebles y cargarlos hasta la casa de las personas que los habían comprado. También hacía trabajar a los hombres sin declararlos. ¿Quién iba a reclamar si el señor Kobel les había prometido papeles y trabajo? Estoy seguro que con la comida también tenía su negocio. Todos los días recibíamos la comida de Sodexo, una empresa inmensa de catering que abastece, entre otras, a las instituciones del Parlamento Europeo y del Consejo de Europa. Pero a nosotros nos llegaba hasta descompuesta. La carne verde, el pescado aguado, y así. Hacíamos la fila para que nos sirvieran y al final de la cola íbamos botando a la basura gran parte de la comida, sin ni siquiera habernos sentado a la mesa. Solo se salvaban las familias grandes de asiáticos que preparaban su propia comida. Tenían mesas largas en las que ponían sus platos exóticos y, entre tanta comida, sentaban a un niño como de dos años que, con mirada altiva, esperaba que todas esas manos a su servicio le alcanzaran un bocado. Era muy tierno y divertido verlo comer de todo y de todos.

Con los que más congeniamos fue con los Krolitsky, una familia del norte de Polonia. Ellos también eran tres, Senec, Maguyata y Pavel, que me llevaba un año. De este periodo me

es muy difícil decir en qué momento aprendí francés, cuándo lo hablaba mal y cuándo ya lo manejaba. Lo que sí es cierto es que rápidamente sabía más que mis padres y empecé, empezamos, los hijos, a volvernos indispensables para que ellos se pudieran comunicar. Por las noches, en las veladas improvisadas, se reunían para contarse sus vidas al calor de unas copas. Ellos en la mesa, nosotros ya empiamados y entre las cobijas, servíamos de intérpretes. Senec le contaba a Pavel cómo lo había impactado el ruido de los misiles Katyusha durante su servicio militar, Pavel me lo contaba a mí y yo a mis padres. Luego ellos explicaban cómo era el clima en Colombia, que dependía de la altura, que hay muchos platos típicos, que las regiones son muy variadas... Yo se lo traducía a Pavel y él a sus padres. Había noches en las que había que tener mucha paciencia, pero sobre todo muchas ganas de hablar del país. Tal vez porque al narrarlo la mente volaba hasta allá, aunque el cuerpo siguiera aquí.

Se fueron los albaneses y los chilenos. Llegaron sus paisanos, los Cornejo, una familia de Angola y otra kurda que yo creí que eran de Colombia y les sostuve la puerta en signo de bienvenida como yo hubiera querido que me hubieran recibido. El muro de Berlín no había caído todavía, pero ya tambaleaba: Hungría abría sus fronteras y empezaban a llegar parejas jóvenes de los países del Este. Ellas me parecían muy bonitas, como en las películas de espías.

En enero de 1989 nos mudamos a nuestro propio apartamento en Hautepierre, un barrio que, como su nombre lo indica (Piedra Alta) solo puede quedar en los suburbios de cualquier ciudad. Por fin, habíamos llegado.

Me acuerdo...

Tu recuerdo me recuerda que siempre tuve acento colombiano para hablar sueco, inglés o cualquier otro idioma, ese cantadito típico. ☞ Me acuerdo que no me identificaba con los niños que huyeron de Colombia porque yo no viví lo que ellos vivieron. ☞ Me acuerdo que mi papá me decía que yo era muy parecida a mi mamá, pero al otro día decía lo opuesto. ☞ Me acuerdo que nunca tuve un lenguaje informal afectado por otro idioma. Ni siquiera en Suecia la gente sabe decir de dónde soy. ☞ Me acuerdo que mucha gente me decía que con el apellido de mi papá ellos se imaginaban una cosa y con el de mi mamá otra. Pero me veían a mí y se confundían. ☞ Tu recuerdo me recuerda que me incomoda presentar mi pasaporte sueco o decir que tengo nacionalidad de allá porque cada vez tengo el mismo comentario: “sueca tú” jejeje. ☞ Me acuerdo que algunos han creído que yo no soy la hija biológica de mi papá. ☞ Me acuerdo que el esposo de mi tía paterna me decía que yo era un fracaso para la familia por ser la primera mestiza. ☞ Me acuerdo del sonido de los tacones de mi madre cuando me llevaba cargada a la guardería. ☞ Me acuerdo de mi niñez en Nicaragua. Me gustaba sentarme bajo el limonero a jugar con las hormigas. ☞ Me acuerdo de mi abuelita sentada en la cama peinando su cabello blanco. ☞ Tu recuerdo me recuerda las tardes enteras que me pasaba yo al lado de mi abuela viendo la novela, cuando venía del colegio, nunca olvidaré ese olor y esa imagen. ☞ Me acuerdo de los viajes con mi padre en carros viejos por caminos despedrados y enlodados. ☞ Me acuerdo de la imagen de mi padre en la televisión cuando fue detenido. ☞ Me acuerdo del día que salí al exilio desde

Ecuador. En el aeropuerto nos esperaban unas personas que nos entregaron una bolsa blanca de plástico, como de compras, con insignias del ACNUR y OMS. ☞ Me acuerdo que lo primero que vi de Suecia desde el avión fueron bosques, lagos y una pequeña casa. ☞ Me acuerdo de los inviernos suecos fríos, grises y largos. ☞ Me acuerdo de los primeros copos de nieve que vi caer por la ventana. ☞ Me acuerdo de las fiestas de año nuevo que pasé sola en el balcón de mi casa mirando los juegos pirotécnicos cuando eran las 12. ☞ Me acuerdo de la sensación de soledad que tuve tantas veces en Suecia. ☞ Me acuerdo del golpe de Estado que le dieron a Chávez y la sensación de miedo que tenía mientras estaba en el carro camino al aeropuerto. ☞ Me acuerdo de mi madre haciendo tamales para Navidad. ☞ Me acuerdo de los frijoles caldosos y las arepas de mi abuela materna. ☞ Me acuerdo de las historias de mi abuela Teresa. ☞ Me acuerdo que mi mamá cocinaba cocina colombiana. ☞ Tu recuerdo me recuerda que mi madre sólo cocina comida colombiana y preferiblemente paisa, no le gusta comer por fuera. ☞ Tu recuerdo me recuerda que a mi madre la hace muy feliz comerse un ajiaco o unas papas criollas en Barcelona. ☞ Me acuerdo que por mi casa pasaba mucha gente. ☞ Tu recuerdo me recuerda todas esas personas de las que aprendí y disfruté mucho mientras pasaban por casa, de muchas nacionalidades o etnias diferentes. ☞ Tu recuerdo me recuerda muchos compañeros y compañeras que pasaron por mi casa. ☞ Me acuerdo de las llegadas a Bogotá. ☞ Tu recuerdo me recuerda la mezcla de sensaciones raras cada vez que llego a Bogotá, una mezcla de miedo, incertidumbre y alegría. Siempre me digo que sea lo que Dios quiera.

Me acuerdo...

Me acuerdo de la concentración cuando murió Francoise Mitterrand.

☞ *Me acuerdo de los amigos españoles de mi mamá. ☞ Me acuerdo de la casa de mi tía en Bogotá. ☞ Me acuerdo de las fiestas de L'Humanité.*

☞ *Me acuerdo de las vacaciones en Colombia. ☞ Me acuerdo de las conversaciones de mi mamá y sus amigos en casa. ☞ Me acuerdo de*

la presencia de los amigos de mi mamá y de mi tía en la casa de mi tía en Bogotá. ☞ Me acuerdo de las vacaciones en Cali con toda la

familia. ☞ Tu recuerdo me recuerda las fiestas del Día de la Madre en Medellín donde se reunía toda la familia a festejar a mi abuelita.

☞ *Me acuerdo de las fiestas colombianas en París. ☞ Me acuerdo de la selección Colombia en el Mundial Francia 98. ☞ Me acuerdo de mi*

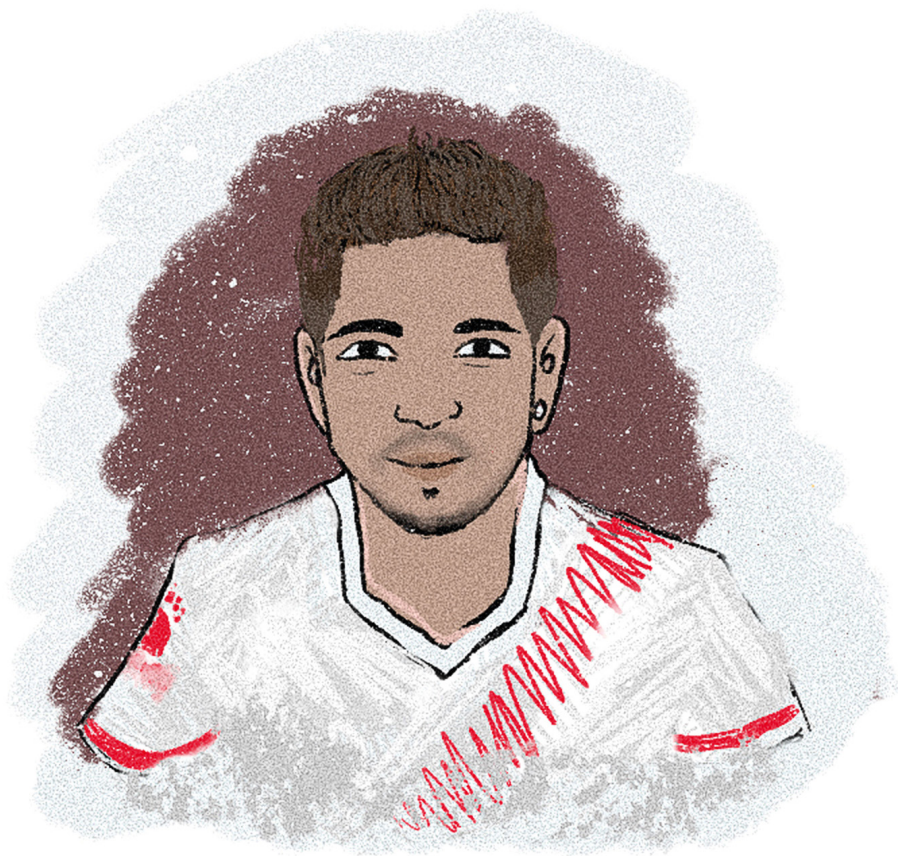
infancia en Cali. ☞ Me acuerdo de la música colombiana en la casa.

☞ *Otro clásico. La música colombiana siempre presente en casa de colombiano que se respete. ☞ Me acuerdo que cuando mi mamá salió*

al exilio lo celebramos todos en la familia como algo feliz porque no conocíamos los verdaderos motivos de su partida de Colombia.

La aventura de volver a empezar

|| NIKO FORERO RODRÍGUEZ ||



1989 Bogotá, Colombia

Nací el mismo año que cayó el Muro de Berlín
A pesar de las dificultades que enfrentaban mis padres, viví rodeado de cariño. Crecí justo encima de la casa de mi abuela, lo que me permitió estar siempre acompañado, bien cuidado y protegido. En el colegio también. Mi mundo giraba en torno a las cosas simples, pero esenciales, de la infancia: el fútbol, aprender cosas nuevas y divertirme al máximo.



1998 Madrid, España

Salida al exilio
Después de mucho tiempo decidiendo dónde podíamos escapar para salvar nuestras vidas, decidimos irnos al exilio en España. Las razones eran un sinsentido, mis padres defendían los derechos humanos y por eso fuimos amenazados. Nuestra primera parada fue un hotel en la Avenida de Concha Espina, en Madrid. Allí nos hospedamos mientras nos buscaban un lugar para estar en armonía y tranquilidad.



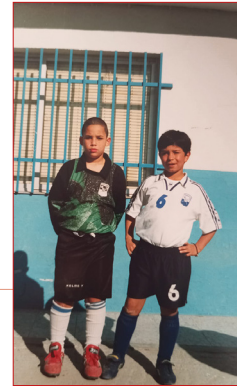
1998 Vallecas, Madrid, España

Un barrio obrero nos acogió
Llegamos a un lugar en el que pensamos que iba a ser de paso y hoy en día seguimos muy a gusto aquí. Al principio todo parecía incierto, lleno de desafíos. Nuevos acentos, comida, amigos y un colegio diferente me hicieron compararlo todo con Colombia. Sin embargo, la posibilidad de explorar nuevos lugares y estar rodeado de amigos que nos habían visitado en Bogotá, me motivó.



1999 Vallecas, Madrid, España

Benítez me tendió la mano
Recuerdo mi primer día en el vestuario del Vallecas, lleno de miedo e inseguridad, temiendo no encajar. Pero fue Benítez, el portero, quien me tendió la mano y mostró empatía en ese momento tan crucial. Un gesto que nunca olvidaré y que me ayudó a sentirme parte de algo mucho más grande que solo un equipo.



2017-2018 Leith, Edimburgo, Escocia

Mi llegada a tierras escocesas
De septiembre de 2017 a septiembre de 2019, fue mi primera experiencia de vivir sin mis padres. Todo era ideal, menos el clima, pero tengo muy buen recuerdo de esos años. Luego volví a Madrid.



Actualmente Madrid, España

Mi compromiso
Gracias a todas las experiencias que la vida me ha brindado, decidí ser profesor de primaria y entrenador de fútbol. Vi en estas labores una gran oportunidad para contribuir al mundo, transmitiendo mi ser y defendiendo con firmeza los valores que considero fundamentales. Mi compromiso es enseñar a las nuevas generaciones no solo a crecer en conocimiento, sino a hacerlo con integridad, respeto y empatía.





Soy Nicolás Forero Rodríguez,
un colombiano que a los ocho años
tuvo que salir al exilio con su mamá y su papá,
defensores de derechos humanos desde antes de mi nacimiento

Mi mamá nació un dos de abril,
hija de madre luchadora, costeña y encantadora,
ella me dio la vida, es mi favorito ser.
Me enseñó respeto, amor, trabajo y humildad.

Es y será la mujer de mi vida,
nadie me dará lo que ella me da.
Como siempre gracias,
no puedo decir nada más.

Con mis errores y aciertos
los momentos con ella son perfectos.
Mi mejor amiga,
no encuentro palabras para definirla.

Luchadora, polivalente, soñadora, buena gente,
feminista, siempre de frente,
me enseñó todo lo bueno que tengo en la mente.
lo mejor de mi vida.

Mi mamá...
la que se levanta
lucha por mi lucha por ti
lucha por su querido país.

* * *



Mi padre, obstáculos desde que nació.
A cuatro más mi abuela parió,
ser el mayor le tocó,
se fue al campo y después voló.

Orgullo de su madre,
la vida le robó a su padre.
Junto a él, la esperanza nunca fallece,
lucha sin descanso, el mundo merece saberlo.

Defiende a cualquier ser humano,
le brinda su corazón en la mano,
por eso es defensor,
para mí el mejor.

No le gusta la hipocresía,
es más de filosofía,
historia y sociología,
la vida y la teología.

Un gran futbolista,
mejor ilusionista,
grande en la cocina,
apasionado de subir la colina.

Denuncia la violencia,
creyente del dios de la ciencia.

Tranquila su conciencia
sueña con el pueblo y su independencia.

Respeto, amor, justicia y libertad,
brilla su identidad,
por supuesto humildad y dignidad,
admirado por su honestidad.

Le robaron su país,
un hijo del *mais'*,
su gobierno lo quiso matar,
menos mal se pudo salvar.

Defensor de las víctimas,
presente en muchas vigiliass
ayudando a muchas familias
por todo el mundo tiene amigos y amigas.

Le robaron todo,
menos a nosotros,
unión indestructible somos
codo a codo.

* * *

El exilio desde el principio fue duro,
pasamos en un momento,
de tenerlo todo a no tener nada,
pero salvar nuestras vidas me pone muy contento.

Nunca pensé que se alargaría tanto,
y cargaríamos tanto sufrimiento.
Tanta fortaleza aún no tenía
soñaba con un mundo sin fronteras.

Pensé que escucharíamos a Dios y a la ciencia,
pero hoy hay mucha gente viviendo lo mismo,
matan a la cordura y a la inteligencia,
nos quieren asustados y sin conciencia.



Ojalá como yo puedan sanar,
de sus vidas y familias poder disfrutar.
La lucha por la justicia y la libertad no puede parar,
a todo el que lo necesite el exilio me enseñó ayudar.

El exilio de sentimientos negativos y positivos una explosión,
sé que es utópico lo que sueño, pero sé que tengo la razón,
por eso no dejaré de ponerle alma y corazón,
seguiré intentándolo hasta que llegue a abuelo, soy muy
cabezón.

Seguiremos luchando con nuestras armas:
la voz, el alma,
la mirada como espada
y nuestra sonrisa como escudo.

MI RELACIÓN CON EL EXILIO empieza cuando yo tenía tan solo un año. Mi padre fue perseguido y amenazado por ser defensor de derechos humanos. Para salvar su vida y las nuestras, tuvo que exiliarse en Chile durante muchos meses. No recuerdo prácticamente nada de aquella situación, solo sé que tenía muchas ganas de volver a verlo. A su regreso, las amenazas y la situación de angustia no cesaron.

A pesar de la situación tan peligrosa e insegura que estábamos viviendo, lo tuve todo: amor, salud, familia y felicidad. Soy hijo único, pero andaba rodeado de primos y primas, de amigos y amigas. No teníamos grandes lujos, pero sí una vivienda digna donde yo me sentía seguro y tranquilo, hasta unos pocos días antes de salir ya para España.

Obviamente, yo no era consciente de todo lo que ocurría. Mi familia trató de mantenerme al margen de la tensión y el sufrimiento, así que desconozco los detalles de todo lo sucedido. ¡Cómo me gustaría un día que mi padre y mi madre me contaran

tantas cosas que pasaron en ese entonces y que nos obligó a exiliarnos!

La primera vez que sentí el peso de lo que estaba aconteciendo, fue en casa de mi abuela Alba cuando, junto a algunos familiares, hablamos de qué país sería el mejor para salvar nuestras vidas. Se dijo que Estados Unidos y también se nombró a Canadá, pero la opción que más nos convenció fue España, tanto por el idioma, como por tener allí a muchos amigos y amigas que habían estado en casa en Bogotá.

Sí, nos teníamos que ir del país por defender la tierra y los derechos de todos los seres que habitan en ella. Defender los derechos humanos en Colombia era y sigue siendo muy peligroso. Yo no entendía nada. ¿Cómo era posible que, por intentar ayudar a mejorar el país, íbamos a perderlo todo, mis amigos y amigas, mi familia, mi hogar, mi colegio, mi barrio? Nunca olvidaré la cara que pusieron mi mamá y mi papá cuando, por la radio, anunciaron el fallecimiento de Eduardo Umaña, un gran amigo de ellos; sentí tanto miedo y angustia en ese momento, entendí que para salvar nuestras vidas, debíamos dejarlo todo y marcharnos a otro lugar.

Esos días fueron duros. A parte de ser ya algo consciente de lo que estaba ocurriendo, tenía que desprenderme de juguetes, libros y ropa a los que les tenía un gran apego, sobre todo a un camión de madera que me regalaron. Por sus dimensiones, era imposible meterlo en la maleta.

Finalmente llegó el día en el que teníamos que viajar. En el aeropuerto todos lloraban, había muchísima gente, tanto familia como amigos y amigas, que fueron a nuestra despedida. Antes de embarcar tuvimos un gran susto: llamaron a mi padre, que tenía que volver atrás; mi mamá y yo nos miramos con cara de pánico. Los aeropuertos no eran garantía de seguridad, hubo casos de atentados de las fuerzas del mal contra compañeros en



ese mismo lugar. Fueron instantes de mucha tensión, hasta que finalmente volvió; había olvidado un abrigo y mi abuela no paró de insistir en que lo llamaran para entregárselo. Menos mal que solo fue eso.

Era mi primer viaje en avión de tantas horas. Al principio sentía nervios, pero luego, una vez que estaba dentro, lo disfruté. Cuando llegamos a Madrid nos acogió Amnistía Internacional. Los cambios fueron radicales.

Mi primer año de colegio fue difícil. Aunque hablaba el mismo idioma que el resto, usaban palabras diferentes y cuando yo usaba algún término colombiano, se reían de mí. Yo no era uno más, era 'Panchito', 'Perucho' o 'Sudaca'. Por eso, por temor a que se rieran de mí, por vergüenza de mi acento, poco a poco lo fui perdiendo. Tuve que hacerme fuerte para salir adelante.

La manera de enseñar también fue un cambio a lo que me costó mucho adaptarme. Yo venía de un colegio que, para los tiempos, trabajaba con más delicadeza y comprensión con el estudiantado, mientras que en España, los profesores eran demasiado exigentes y poco comprensivos. Recuerdo a la primera tutora que tuve, la señora Puri, ella me gritaba y regañaba de muy mala manera cuando no pronunciaba la c y la z "correctamente", al igual que cuando usaba alguna palabra que ella no entendía. En el poema he puesto intencionalmente *mais'* en un doble sentido: por un lado, como colombiano, vengo de una tierra donde el maíz es raíz y alimento, símbolo de nuestra identidad. Por otro lado, aludo a mi niñez, cuando hablaba con el acento propio de mi región y los profesores, al corregirme constantemente, buscaron limar mis orígenes; sin embargo, lejos de renunciar a ellos, hoy los reivindico. En este énfasis en *mais'* celebro mis raíces y el idioma vivo que me acompaña. Eran otros tiempos, hoy en día hay multiculturalidad en las

aulas y el profesorado lo ha entendido; en mis tiempos éramos tan solo unos pocos.

La comida era otra cosa muy diferente. Para empezar, el aceite no era de girasol sino de oliva, y yo estaba acostumbrado a la comida de mis abuelas. Pasar a la comida de un *catering* de comedor de colegio fue muy *heavy* para mí. Después llegarían los aprendizajes necesarios para cambiar de vida en cada estación del año, tanto ropa como alimentos y hábitos.

Mi salvación fue integrarme a un equipo de fútbol. Eso me ayudó mucho a aprender los códigos del país y, en consecuencia, a la integración. También a tener buenos compañeros que me ayudaron un montón. Al llegar, apenas si tenía amigos, pero al ir pasando por diversos equipos, fui ganando muchos, a la vez que fui aprendiendo el vocabulario, que es diferente en muchos casos, así que fue el mejor medio de adaptación. Por ejemplo, la primera vez que fui a hacer la prueba a un equipo, me preguntaron en qué posición jugaba, a lo que contesté que de volante. Todos se echaron a reír porque no sabían cuál era esa posición. Pero se acercó un gran compañero y me dijo que le explicara cuál era esa posición en concreto.

Pese a sentirme mejor en el colegio y tener una red de amigos que me daban la sensación de seguridad, dentro de mí persistía ese miedo de que a mi padre o a mi madre les pasara algo, o incluso a mí directamente, por querer hacerle daño a ellos. Una sensación de desazón y tensión por el "qué pasará" no se me borraba del alma, más a sabiendas de que mis progenitores no iban a dejar nunca de defender los derechos humanos, estuviesen donde fuera.

Cuando llegó la hora de estudiar, era claro que deseaba saciar mis ganas de cambiar a Colombia y el mundo. Me resultaba, y resulta aún injustificable e inentendible, que se asesine a la gente que quiere el bien común de todo el pueblo y



no solo el de unos pocos. Pero ¿cuál era el camino? Fue entonces cuando recordé una frase que me dijo mi madre en una ocasión: “la educación no cambiará el mundo, pero sí puede cambiar a las personas que lo pueden cambiar” y entonces decidí hacerme profesor de primaria.

Aun así, necesitaba hacer más, de manera que fui por varios años voluntario en proyectos y centros de refugiados de diversos países como la India, Sáhara Occidental, Marruecos y la misma Colombia, donde empaticé mucho con las personas por la situación que mi familia y yo habíamos vivido. En ese entonces me dedicaba a recolectar entre mis estudiantes y amigos y amigas material escolar y deportivo, ropa, medicamentos y dinero; después llegaba a los lugares y lo dejaba todo allí, intentando hacerles la vida un poco más agradable, sobre todo a las más pequeñas y pequeños. No sé si conseguí mi objetivo, lo que sí sé es que yo me sentía muy realizado como ser humano, me llevaba siempre más de lo que dejaba, aprendí a valorar la suerte que había tenido en mi vida y volví agradeciendo hasta por tener un vaso de agua.

Cuando empecé a escribir *poemaraps* descubrí una herramienta buenísima para expresar todo aquello que se atoraba dentro de mí, además de poder dar reconocimiento a quienes están y a quienes ya se han ido de este mundo. También son una fuente de inspiración o refugio para las personas a quienes van dirigidas, pues se sienten identificadas con lo que escribo. Es maravilloso poder transmitir ese tipo de sensaciones.

Hoy en día, dedico mis días a trabajar en colegios, buscando concienciar a los más jóvenes sobre la realidad que vivimos en el mundo. También soy entrenador de fútbol, una labor que me permite transmitir valores de humildad, empatía, esfuerzo y alegría, esenciales en la vida. Además, colaboro con

distintas asociaciones que apoyan a los más vulnerables, quienes necesitan nuestra ayuda y solidaridad.

Con este texto, espero poder llegar a quienes han vivido o están viviendo una experiencia similar a la mía. Que mis palabras les sirvan de consuelo, de inspiración o, simplemente, de compañía. Agradezco profundamente a quienes me brindaron la oportunidad de compartir mi historia y hacer de estas palabras un mensaje para los demás.

NUESTROS **SILENCIOS**



Romper el silencio

|| GISELA RESTREPO TRIVIÑO ||



1986-1996

París, Francia

El Pueblito Paisa

Así le decíamos a nuestro barrio porque en este habitaban muchos colombianos. Aquí en la Rue des Champs Élysées, pasé mi infancia. En la foto bailando con mi hermano, (abril 1992).



2005

París, Francia

19 años. Mi nombre es Gisela

Lo que sabía de mi tía Martha Gisela, era que había muerto en combate, pero no había tumba en ninguna parte. Yo llevaba una parte de su nombre. ¿Por qué me habían puesto ese nombre? ¿Cómo era antes de morir? ¿Dónde está? ¿Cómo han hechos mis padres y sus amigos para sobrevivir a tantas muertes?



1993

Cali, Valle del Cauca, Colombia

El país lejano

En 1993, a mis siete años, fui por primera vez a Colombia, el país de las cartas de mi abuela. El país de la familia que veía por primera vez. El país donde podíamos visitar la tumba de mi abuelo y de mi tío. Mis padres llevaban 10 años sin poder regresar.

2002

Gentilly, Francia

Año nuevo

Esta vez lo celebrábamos en nuestra casa. Llegaron Juanita y Darío, hija e hijo de Ernesto; Lily, hija de María. Estaba también Sebastián, hijo de Miguel, y más hijos de tal y tal. Venían de Roma, Londres y ciudades cerca de París. Eran mis primos. Algo más fuerte que la sangre nos unía, la historia y su legado.

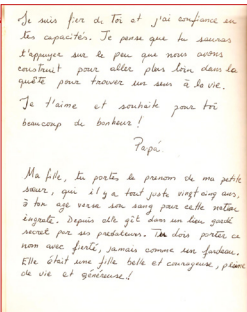


2006

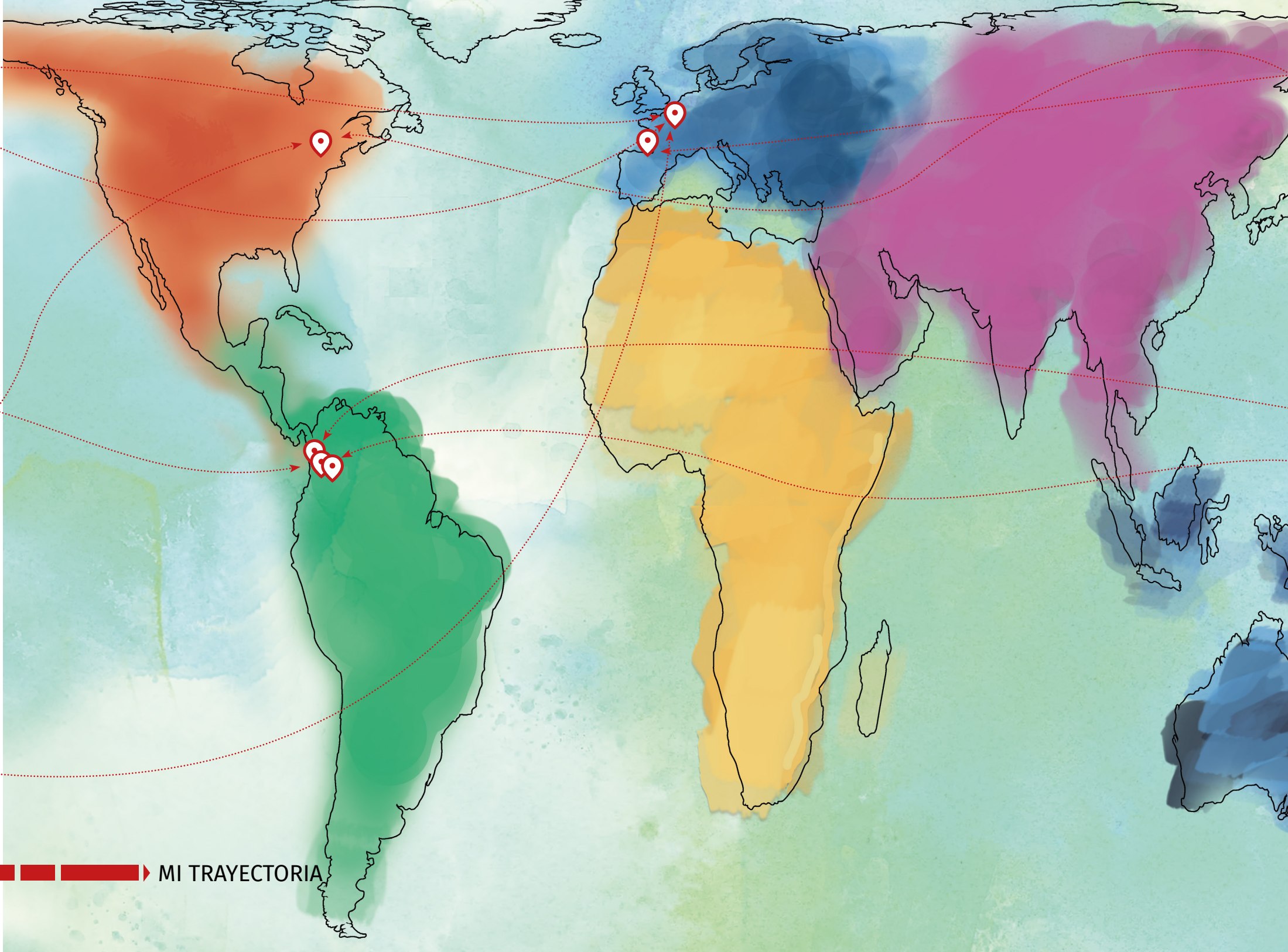
Montreal, Canadá

El epicentro de mi terremoto interior

En un cuaderno traído desde Francia, estaba la carta de mi padre. En ella me hablaba de sus años de militancia y lo que quedaba de ellos en él. Me pidió estar orgullosa de mi nombre que me habían dado en memoria de mi tía. Así fue como las placas terrestres del pasado y del presente entre Colombia y Francia, se chocaron.



MI TRAYECTORIA

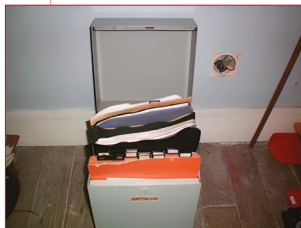


2009-2011

Montreal, Canadá

La caja de Pandora

En la casa de mis padres había una caja metálica donde guardaban documentos de su llegada a Francia, pero también de su vida en Colombia. Por ahí empecé a buscar las piezas que le faltaban a mi rompecabezas.



2012

Bogotá, Colombia

Otros como yo

Yo estaba buscando a los hijos de militantes del M-19, a los que todavía no podíamos, o no nos habíamos atrevido aún a reivindicar nuestra historia. Éramos hijos e hijas de, pero éramos nosotros, una entidad distinta a nuestros padres. Hablábamos el mismo idioma, el de la siguiente generación.



2019

Bilbao, España

Cuando nos encontramos

Gracias a la Comisión de la Verdad, emprendimos un camino juntos. Éramos los hijos e hijas del exilio. Desde los países nórdicos, pasando por Bélgica, Alemania, Suiza, Francia y España, hasta Argentina y Canadá, tratamos de desenredar el camino en el que cada uno iba andando. Reímos, lloramos, bailamos, cantamos.



26 de agosto del 2006, Montreal, Canadá

Lo vi alejarse en el bus que lo llevaba al aeropuerto. De repente se me hizo un nudo en la garganta y se me aguaron los ojos. En ese preciso momento entendí que no lo iba a volver a ver muy pronto. Ni a él, ni a mi madre, ni a mi hermano, ni a mis amigos y amigas, ni a esto, ni a lo otro. Mi padre regresaba a París.

En medio de las torres del centro de Montreal, en Canadá, sentí un gran vacío y un poco de angustia. Ahora estoy sola, me dije. Tenía veinte años, más o menos la misma edad que la de mis padres cuando se exiliaron. Me había venido a estudiar a 5.500 kms de mi país de nacimiento, Francia. Parada en el andén, el bus ya lejos, me sequé las lágrimas y me repuse. Si ellos habían sobrevivido al exilio, ¡yo podría sobrevivir muy bien a la inmigración! Después de todo, yo estaba aquí porque lo había escogido. O por lo menos, eso era lo que creía.

Caminando hacia las residencias universitarias, algo se me pasó por la mente; ahora me encontraba a casi igual distancia de Colombia que de Francia. Estaba en medio de mis dos culturas. ¿Me habría alejado de un país para acercarme al otro?

Regresé a mi cuarto y me puse a leer los mensajes de despedida de amigos y familia que había recogido en un cuaderno antes de irme. Uno de ellos era de mi padre. Desde mi infancia hasta la adolescencia, relató cómo me había visto crecer. Al llegar al capítulo de la adolescencia, su tono se volvió más confidente y por primera vez me habló de esa etapa de su vida, turbulenta y marcada por su compromiso político que lo había llevado al exilio. El tono se volvió más grave y sus palabras reveladoras de las heridas y las enseñanzas que aquel tiempo había dejado en él. *Nous avons voulu changer le monde et c'est la*



*douleur que nous avons engendrée en nous et autour de nous, utopies nobles qui ont eu une réponse brutale.*¹

Sentí una punzada en el corazón, se me aceleró el pulso, me estaba encontrando con una verdad que me daba miedo escuchar. Yo conocía la historia de mis padres, pero la palabra ‘dolor’ no hacía parte del vocabulario, nunca habíamos hablado de eso, aunque desde hacía mucho tiempo ya yo venía sintiéndolo.

Al terminar su escrito, mi papá hizo referencia a mi tía Martha Gisela, que había muerto a la misma edad que yo. Me pedía llevar su nombre con orgullo, nunca como un peso.

*Ma fille, tu portes le nom de ma petite sœur qui à ton âge perdit la vie pour cette nation ingrate. Depuis, son corps gît dans un endroit gardé secret par ses prédateurs. Tu dois porter son nom avec fierté, jamais comme un fardeau, elle était une fille belle et courageuse, pleine de vie et généreuse.*²

Como un bálsamo en una herida, esas palabras me trajeron alivio.

El año anterior, al cumplir 19 años, empecé a pensar más en mi tía. No nos parecíamos mucho físicamente, qué pesar. Parte de mí hubiera querido ser ella, poder traer un poco de ella a mis padres. Sabía que llevaba su nombre, pero no sabía muy bien qué hacer con ese nombre, cuál era mi responsabilidad. Eso empezaba a aclararse, tenía que llevarlo con orgullo, pero el orgullo no llenaba el vacío que había empezado a sentir por dentro

1 Quisimos cambiar el mundo y fue dolor lo que engendramos en nosotros y alrededor nuestro, utopías nobles que tuvieron una respuesta brutal.

2 “Hija mía, llevas el nombre de mi hermanita, quien a tu edad perdió la vida por esta nación ingrata. Desde entonces, su cuerpo se encuentra en un lugar que mantienen en secreto sus perpetradores. Tienes que llevar su nombre con orgullo, nunca como un peso, era una mujer bella, valiente y generosa, llena de vida”.

tomando más y más espacio con cada pregunta que surgía. ¿Cuál era su historia? ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Qué había pasado? ¿Cómo llenar ese vacío? ¿El mío, el de mis padres? ¿Qué era lo que venía sintiendo que aún no tenía palabras? Entonces, se me forma un nudo en el estómago y siento un quemón agudo cada vez que pienso en ella. Pero no es su rostro el que se me viene a la mente, sino una fosa, cuerpos amontonados, la oscuridad, trato de imaginarme el lugar donde podría estar. Recreo una selva con las imágenes ya impresas en mi memoria. Camino, pero pronto veo una y otra vez los mismos paisajes que se van desintegrando poco a poco. Hago más esfuerzo, quiero ver ese lugar, encontrarlo, aprieto los dientes, pero cada vez termino tropezándome con el vacío, con el hueco negro.

Cerré el cuaderno y me puse a llorar. A las lágrimas por la despedida de mi padre se sumaron las lágrimas de ese orgullo y vacío, de las heridas de un pasado que no era mío, pero que respiraba desde siempre. Pero eran también lágrimas de alivio. La confesión de mi padre fue como la llave de un cajón que estaba bajo cerrojo y no podía abrir. Su sinceridad me conmovió, me sorprendió, y sí, me dolió –a veces la verdad duele– pero, sobre todo, esas palabras suyas, que me compartían por primera vez su dolor, abrieron el espacio para yo poder salir de un silencio que pesaba. Tenía preguntas que no me atrevía a hacer, tenía la intuición de que llevaban heridas difíciles de sanar que no podían compartir con mi hermano y conmigo, y tenía el sentimiento de que no podíamos saberlo todo o, quizás, era mejor no saberlo todo.

La historia familiar era un rompecabezas de palabras y silencios que, cual piezas, había recogido en el camino y que había guardado en el corazón, acumulado en el estómago, reconstruyendo con mi imaginación lo vivido por ellos, transformándolo a veces en pesadillas y otras en sueños de



reparación. Lo escrito por mi papá me permitía expresar mi dolor, el dolor del silencio envuelto en forma de secreto, de tabú. Que mi padre reconociera su dolor, fue para mí una suerte de revelación: era posible que lo que sintiera fuera el dolor de los otros. El dolor ajeno es una cosa extraña, porque se siente, pero uno no se siente autorizado a sentirlo, le da a uno culpa sentir dolor de eventos que no se han vivido y que los sobrevivientes cercanos no lo expresan. Es un sentir bastante solitario porque no tienes nadie con quien compartirlo. Así que cuando mi padre por fin me comparte su sentir, fue doloroso, claro, pero también liberador.

Iniciaba una nueva etapa en mi vida, ahora, en ese cuarto universitario, en mi cuarto, mi nueva casa. Eso lo sabía, pero también sabía que para avanzar tenía que dar marcha atrás y buscar de dónde venía. De qué luchas, de qué afectos, de qué vivencias, quizás de otros y otras, pero ineludiblemente ligadas a la mía. Era tiempo de convocar las fuentes de información, abrir la caja de Pandora y tirarse al vacío.

Septiembre de 1986, París, Francia. Veinte años atrás

Tenía cuatro meses cuando, con mis padres y mi hermano de tres años, nos mudamos a un barrio al que llamábamos cariñosamente “El pueblito paisa” porque en él vivían muchos colombianos y colombianas. Una diáspora hecha de inmigrantes, estudiantes y refugiados políticos. Allí en la Rue des Champs Élysées, pasé mi infancia. No confundir con la Avenida des Champs Elysée, la famosa, la que el turista viene a ver, la calle de las grandes marcas parisinas. No era esa. Era la de Gentilly, barrio simple de las afueras de París, hecho de edificios pequeños y casitas. Nada exclusivo, o mejor dicho sí, donde exclusivamente se encontraban muchos colombianos y colombianas. Según lo que me contaron, a nuestro hogar le

decían “El hotel Restrepo”, porque ahí llegaban desde Colombia los amigos, los amigos de amigos, los familiares y los recién llegados que se iban a instalar en París y se quedaban unos pocos días o semanas mientras encontraban un lugar. Visitantes y residentes del Pueblito Paisa, incluso mis padres, tenían apodos que solo oía en la casa. El Mono, el Negro, el Gordo, la Flaca, la Mona, la Chiqui, hasta había a uno al que le decían Pata de Palo. Años después entendería que era porque había perdido su pierna en un atentado.

La casa parecía estar siempre llena de ese otro país. Se llenaba de los acentos caleños, rolos y más. Se llenaba de la alegría de las fiestas donde se tocaba salsa con congas y maracas. De vez en cuando olía al maíz frito de las empanadas que mi madre y Cristina hacían y vendían en las fiestas, con el masato que emborrachaba. Los miércoles por la tarde el salón se transformaba en una escuela. “Aujourd’hui je ne suis pas la maman, je suis la maîtresse”³ nos decía muy seriamente mi madre. Entre *Rinrín renacuajo* y las palabras esdrújulas, nos transmitió su idioma. En la noche, nuestra casa se llenaba de la voz suave de mi padre cantando *Duerme, duerme negrito*. Colombia y su cultura seguía viva en cada rincón.

Para mí, la vida en el Pueblito Paisa fue un tiempo de alegría y fervor. Nuestros padres seguían luchando por una Colombia diferente desde afuera. El compromiso que los había llevado al exilio hacía parte de nuestro cotidiano. Nos llevaban a las manifestaciones, a asambleas y eventos políticos. Todos eran para mí lo mismo, una gran fiesta donde me encontraba con mis amigos y amigas, hijos e hijas de otros exiliados, con quienes corríamos entre los adultos mientras bailaban salsa al final de cada encuentro. El Mono, la Mona, Crispeta y los otros,

3 “Hoy no soy la mamá, soy la profesora”.



se transformaron en mi familia. Tenía un hermano grande, pero a él se sumaban más hermanos y hermanas, tíos y tías, primos y primas. Era la familia adoptada por todos. Quizás por eso, al acercarme poco a poco a lo que esa familia había vivido en Colombia, empecé a sentir vacío, vértigo y una mezcla de miedo y preocupación de que tanta alegría fuera una mera ilusión.

Un día del año 1997, París, Francia. Once años atrás

En mi memoria la escena se desarrolló en las escaleras de la casa. Veo a mi mamá llorando. ¿Por qué lloras mamá? El cura Mario había muerto. Estaba hablando de Mario Calderón. Dos hombres armados habían penetrado en el apartamento matando a Mario y a Elsa. Su hijo de dos años había sobrevivido. Mis padres le decían el Cura porque lo habían conocido cuando era jesuita. Vivió en París un tiempo. La historia dice que nos había bautizado con aguardiente. Para mis padres y para quienes lo conocían, fue como perder a un hermano. Uno más.

No era la primera vez que eso pasaba. Desde que me encontraba en el vientre de mi madre, las noticias de muertes se habían acumulado a lo largo de los años. Más o menos diez años de un “rosario de noticias”, como me dijo un día mi padre. ¿Qué pasó ese día en mi consciencia para que el recuerdo quedara tatuado en mi memoria? ¿Qué pasó para que cada vez que lo traigo al presente me den ganas de llorar? ¿Qué es aquello que duele? ¿El recuerdo de la niña que no supo cómo consolar a su mamá, el recuerdo de mi madre llorando, o quizás lo que no se dijo, lo que no se pudo expresar en aquel momento?

Este episodio lo volví a nombrar con mi madre cuando lo iba a escribir en este texto. Al preguntarle si se acordaba de él, como yo, me dijo algo que me llamó aún más la atención. “Creo que te dije que había muerto, no asesinado. Porque eran

niños”. Si a mí me marcó su tristeza, a ella le quedó grabada su preocupación de cómo explicarle a su hija lo que realmente había pasado. Me pregunto cuántos silencios se han acumulado en esos actos de contar o no contar, de qué decir y cómo decirlo, qué expresar y qué guardar para sí.

En los años que siguieron, mi curiosidad, mezclada con una cierta fascinación por las historias de vida, me llevaron a preguntar más y más. ¿Mamá, qué es esa cicatriz que tienes en el brazo? Y así descubrí la historia del soldadito que le había salvado la vida, cesando los disparos. ¿Quién era esa persona que le había dejado la vida a ella y, de cierta forma, también a mí? Mil veces me imaginé a mi madre en la selva detrás de un árbol, impotente, viendo a sus compañeras y compañeros morir. Eso debió ser muy traumático, pensaba yo. ¿Cómo hizo para superarlo?

¿Por qué hay policías y militares en las fotos de tu matrimonio? Y así me acerqué a los relatos de la vida en la cárcel y la boda de mis padres que había salido en la prensa. Veía hombres y mujeres celebrando, una novia sonriente, jóvenes posando para la cámara bajo la mirada de los guardianes. Había una extraña contradicción entre lo que veía y lo que sentía. Mirando las fotos pensaba en el encierro, la soledad y la violencia que se podía vivir. No entendía cómo se podía reír en esos lugares. ¿Cómo hicieron para seguir sonriendo?

¿Quién pintó ese cuadro? Tu tío Camilo, el hermano de tu papá. A ese tío no lo íbamos a conocer nunca porque había muerto. Como al Cura Mario, a él también lo habían asesinado y mi abuela había sido testigo. Me la imaginaba con el cuerpo de mi tío en los brazos. Qué dolor tan grande tiene que llevar ella, pensaba yo. Años después entendí que ese evento trágico fue lo que llevó a mis padres al exilio. La familia insistió en que mi padre se fuera pues las autoridades habían prevenido a mis abuelos diciéndoles que no se podía garantizar su vida.



¿Quién es esa mujer en la foto? Tu tía Martha Gisela. Llevaba parte de su nombre, pero a ella tampoco la iba a conocer. Había muerto en combate y su cuerpo nunca había sido entregado a la familia. Qué dolor tan grande tiene que llevar mi padre, pensaba yo.

Al final de cada respuesta, no me atrevía a preguntar más. Un silencio se instalaba, unas ganas de decir perdón y gracias al mismo tiempo, pero finalmente no poder decir nada.

Esas historias de vidas y muertes eran mi secreto, un pacto tácito que había hecho conmigo misma, como una forma de proteger a mis padres. Tenía miedo de que los juzgaran. Para mí eran revolucionarios, eran mis héroes, pero para quienes recibían las noticias oficiales, veían el noticiero francés sobre los secuestros en Colombia, o no pensaban como yo, para todos ellos y ellas, mis padres eran terroristas. Toda explicación era inútil, tocaba oír y callar, apretar los dientes, tragarse el miedo y la rabia.

Empezando los 2000, el fervor político que nos rodeaba se calmó, pero Colombia seguía muy presente. Crecía en mí. La salsa se volvió uno de mis géneros favoritos. Esperaba con ansia la próxima fiesta colombiana. Cantaba con mi madre, a todo pulmón y con nostalgia de país, “Mi tierra” de Gloria Estefan. En mi cuarto tenía fotos de mi familia en Colombia, de mi abuela, de los hermanos y hermanas de mi mamá, de mis primos y primas; me encantaba leer Condorito, tal como lo hacían allá y, aunque no era colombiana, amaba a Mafalda con su mirada crítica y sabiduría adelantada. Así, al mismo tiempo que me afirmaba en su cultura, la Colombia de mi infancia empezó a transformarse. Era más y más consciente de la violencia que vivía el país. A las imágenes de guerra que llevaba conmigo, se empezaron a sumar unas nuevas que correspondían al presente: masacres cometidas por los paramilitares, secuestrados de la guerrilla, la violencia del narcotráfico, la parapolítica y los

discursos guerreristas del gobierno de esa época. Mi relación con Colombia se tiñó de odio. Amor y odio convivían en mí. Por una parte, era el país de mis ancestros, era la cultura con la cual me identificaba y la comunidad a la cual pertenecía, pero por otro lado era el país que había hecho tanto daño a mis padres y a mi familia adoptada, el país que los había expulsado, el país de una violencia innombrable.

31 de diciembre, 1999, París, Francia. Siete años atrás

Habíamos preparado la música, los cedés para la rumba estaban listos. Tenía quince años y esta vez lo celebrábamos en la casa, ¡qué maravilla! Llegaron Juanita y Darío, hija e hijo de Ernesto; Lily, hija de María. Estaba también Sebastián, hijo de Miguel, y más hijas e hijos de tal y tal. Venían de Roma, Londres y ciudades cerca de París. Recuerdo abrazar a Lily con emoción. Éramos muchos, eran mis primos. Algo más fuerte que la sangre nos unía. ¿Qué tanto sabían del pasado? ¿Qué tanto querían saber? ¿Sentían como yo la urgencia de hablar de eso? ¿Sentían rabia por tener que guardar silencio? ¿Habían mentido alguna vez a sus amigos y amigas, como solía hacerlo yo, cuando me preguntaban por qué mis padres habían llegado a Francia? ¿Sentían tristeza al escuchar las historias? ¿Sabían de las torturas que sus padres habían sufrido? Yo sé y no sé qué hacer con eso. Siento rabia, injusticia y dolor. Me siento rodeada de sobrevivientes y ausentes. ¿Será que todas esas fiestas son para sanar?

Antecitos de la media noche, se ponía la canción “Faltan cinco pa’ las doce” y todos cantábamos con alegría y nostalgia al mismo tiempo. Entre sonrisas y ojos aguados, abrazos apretados y copas en alto, tenía la sensación de que estábamos conjurando el dolor de la ausencia, del exilio, del no retorno, del desarraigo, del pasado. Era la ocasión para recordar que estábamos lejos,



pero juntos; que dolía, pero que resistíamos; que extrañábamos el país, pero que estábamos vivos.

Febrero del 2005, París, Francia. Un año atrás

Estoy en la Sala Griega del Louvre, dibujando las estatuas semi desnudas de los dioses. Aquí, en medio de visitantes y curiosos, me siento invisible, me siento bien. Pero no debería estar acá. Llevo algunos meses faltando a clases. Hacía seis meses que había empezado la escuela de Arquitectura. Todo parecía ir bien, tenía estudios, un novio, amigos y amigas, buenas relaciones con mis padres, buena salud, en fin, no había nubes en el horizonte. Pero a los seis meses me dio la chiripiorca, como diría mi mamá. Empecé a faltar a las clases, una hora aquí, otra allá. Poco a poco, se iba incrementando el tiempo fuera de los estudios. Algunos días salía de la casa en la mañana y no iba a clase en todo el día. Nadie sabía. Mi vagabundería consistía en ir en la mañana al museo del Louvre y en la tarde a cine, a ver cualquier película en salas casi vacías. Dejé de interesarme en la arquitectura, pero no sabía para dónde echar, en qué estudios meterme. Me disgustaba lo que me parecía ser un sistema de educación elitista. El reconocimiento se hacía a través de las grandes escuelas, la posibilidad de un futuro laboral tenía que ser compitiendo para entrar a ellas. También sentía decepción por el camino derechista que tomaba Francia y el avance de la extrema derecha. Era como una cachetada a la hija de exiliados. ¿Qué quedaba del país de acogida? Me dolía el rechazo a esa categoría a la cual pertenecía. Así fue que, a los 19 años, cuando mi consciencia política y social se estaba afirmando, mi secreto familiar pasó a ser un silencio pesado que parecía injusto. No podía compartir ese secreto y tampoco cómo me sentía con ese secreto. Había momentos en los que la rabia me invadía. Tenía

demasiadas preguntas acumuladas en la mente. ¿Por qué me duele tanto? ¿Por qué me duele algo que no viví? ¿Por qué callar y tener que mentir sobre mis orígenes? Y de la rabia pasaba a la culpabilidad. ¿De qué me estoy quejando, si tuve una niñez bonita? ¿Si mis padres han hecho tantos sacrificios para que mi hermano y yo tengamos una vida linda? ¿De qué me quejo si mis padres están vivos? ¿Si vivo en un país en paz mientras que Colombia sigue en conflicto? Eterna pelea interna que termino por abandonar. Me rindo.

A los seis meses decidí que esa situación no era sostenible, el año se iba a acabar y no podía seguir así, escondiéndome. Y no lo pensé más, decidí que tenía que irme. Estaba tan convencida de que era lo que necesitaba, que puse toda mi energía en mi decisión, como si irme fuera la posibilidad de resolverlo todo.

Abril del 2009, Montreal, Canadá. Tres años después

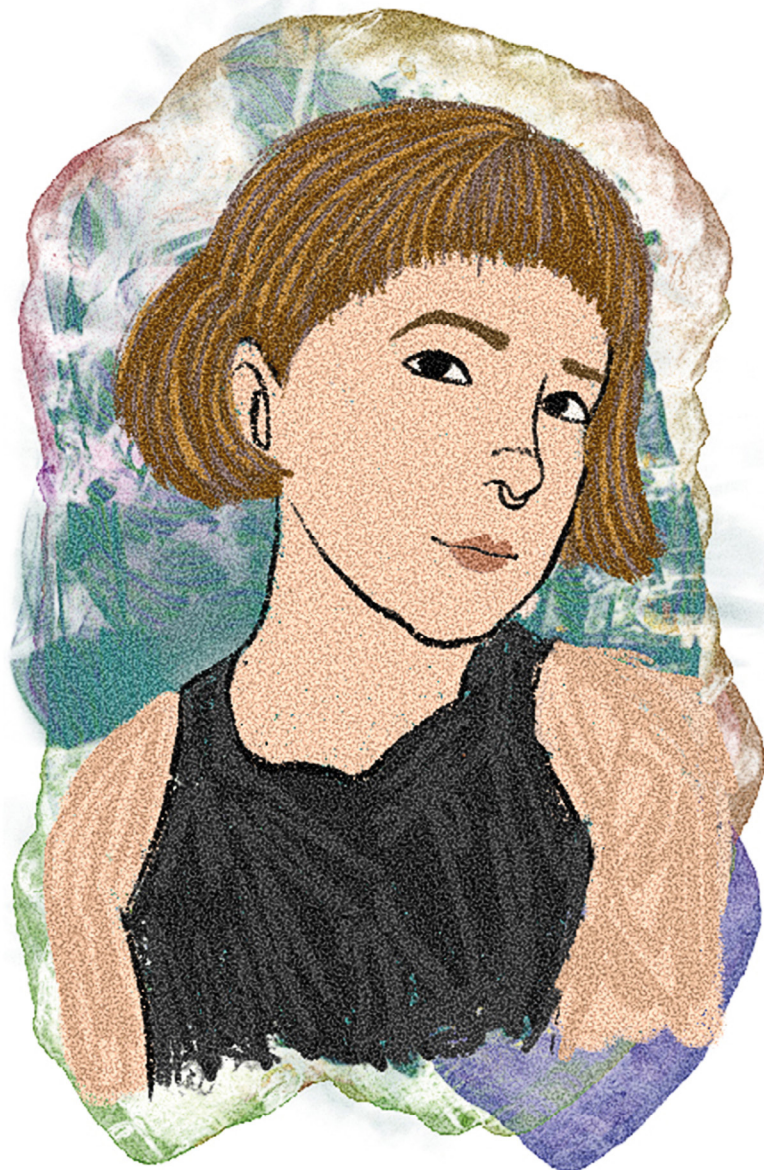
Habían pasado tres años desde mi llegada a Montreal, desde que ocurrió ese terremoto interior un día de agosto cuando mi padre regresaba a Francia. Ahora, a punto de terminar tres años de universidad, la urgencia de romper el silencio que me devoraba desde la adolescencia iba creciendo. A su vez, el tiempo iba pasando. Me daba miedo que las fuentes principales se murieran y me quedara con las preguntas colgando en la mente. Aprovechando la maestría, decidí hacer del vacío un objeto de estudio y transformarlo. Pero ¿por dónde empezar? ¿Qué preguntar? ¿Qué no preguntar? ¿Qué pasará cuando sepa? ¿Qué pasará cuando los que no saben, sepan? Responder a todas esas preguntas implicaba un primer paso que anhelaba y temía a la vez. En ese tiempo tenía una amiga francesa con quien compartía valores comunes. Tenía que ser ella. ¿Quién más? Al terminar el cuento de la guerrilla, de la cárcel y del exilio, su

expresión fue de respeto y admiración. ¡Qué alivio, mi primera salida del closet fue sin rasguños! A la par que me sentía más liviana, me afirmaba y podía revelar mi verdadera identidad. ¡Qué sentimiento tan poderoso! Le había dado el primer martillazo a ese muro invisible, había ganado, fácilmente, mi primera batalla contra el miedo y la ilegítima vergüenza que había creado en mí. Me iba a parar en el techo de mi apartamento y, cual león enfurecido, iba a gritárselo al mundo entero. Pero no, todavía no, tengo que escoger a quién se lo digo.

Octubre del 2024, Toronto, Canadá. Dieciocho años después

A partir de entonces, mi silencio se volvió un grito que saqué con imágenes y sonidos, con escritos y dibujos. Investigué cada rincón del vacío para darle forma y llenarlo. Pregunté, reburujé, hasta la tierra quise remover para encontrar a mi tía.⁴ Decidí abrir las heridas. Mi infinito agradecimiento a los que de cerca y de lejos, me acompañaron en esa búsqueda, a quienes me ayudaron a encontrar algunas de las piezas del rompecabezas que faltaban. Hoy ya no tengo miedo de decir de dónde vengo. Mentiría si niego que no me sigue doliendo lo que no viví, a los que no conocí, los que sobrevivieron. Difícil dejar de sentir, dejar de imaginar, dejar de querer otro final para Colombia que no sea el de la guerra. Pero desenredé el nudo y con otros hijos e hijas construimos un camino, para que quienes siguen, espero, encuentren respuestas.

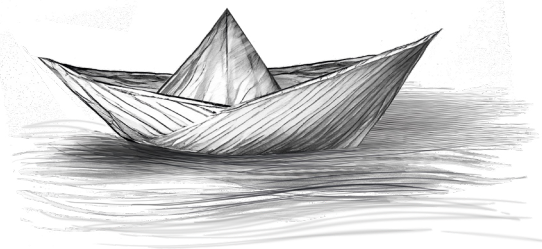
⁴ En el año 2016 empecé con mi padre la búsqueda de los restos de mi tía, proceso que fue plasmado en el documental *Bajo el silencio y la tierra*.



Nacida de dos mundos

|| ANNE-ELIZABETH SILDARRIAGA

VÉLEZ MAGNUSSON ||



1962

Pasto, Colombia

De por allá vengo

Mi madre, Martha Luz, nació en Tunja, pero gran parte de su infancia fue en Pasto por el trabajo de su papá que era ingeniero agrónomo. En Medellín la llamaban Pasto o Pastu, por su acento pastuso. En la foto, ella es la niña del centro, junto a mi abuela Marta, mi abuelo Oscar y mis dos tíos, Oscar y Jaime.



2000-2001

Medellín, Colombia, La Castellana, Laureles-Estadio

Una familia multicultural

Acá estamos en una reunión familiar en la casa de mis abuelos. Mi papá, el que está a la izquierda en el sofá, siempre se veía serio, pero entre todos se vivía un ambiente cálido. Yo soy la que está encima de mis primas, con quienes compartíamos juegos y risas inolvidables. Mis papás solían ser un poco estrictos conmigo, pero tener tíos y tías que me permitían ser yo misma sin miedo fue un regalo invaluable.



1997

Gotemburgo, Suecia

Aquí nací

Aquí nací, un lugar lleno de historia, encanto y momentos que marcaron mi inicio en el mundo. Cada rincón de esta ciudad guarda un pedacito de mi esencia.



2018

Estocolmo, Suecia

Soy ciudadana colombiana

A los 20 años obtuve mi ciudadanía colombiana y me sentí muy orgullosa. Ahora tengo dos pasaportes. En Suecia soy Anne-Elizabeth Saldarriaga Vélez Magnusson y en Colombia soy Anne-Elizabeth Magnusson Saldarriaga. Aunque mis apellidos extranjeros suelen ser un reto para muchos, siempre los llevo con orgullo.



2019

Medellín, Colombia, Carlos E. Restrepo, Laureles-Estadio

Conjuro para una valquiria

Cuando me mudé, mi tío Oscar me regaló un conjuro en Navidad. Mi familia siempre entendió quién soy: una unión de mundos. No soy solo una cosa u otra. Soy todo. Este es un verso del conjuro:
Tu padre es un vikingo,
tu madre es amerindia.
Tu herencia es el mayor dolor,
pero es también la mayor dulzura.
Dolor y dulzura son la materia
de las espadas y de las vestiduras.

2019

Bilbao, España

Inicio la búsqueda

Con la segunda generación de exiliados colombianos en la Comisión de la Verdad descubrí que también era exiliada, con heridas que no conocía. Sus dibujos y sus historias me impactaron profundamente. Fue el inicio de mi búsqueda de identidad.

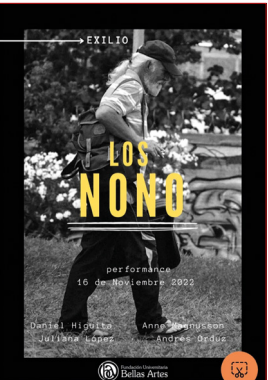


2022

Medellín, Colombia, Fundación Universitaria Bellas Artes, sede Ayacucho

Un puente entre mis raíces

Ingresé a Bellas Artes para seguir mis sueños, pero también para explorar mi identidad entre dos mundos y profundizar en el concepto del exilio, tanto en lo colectivo como en lo personal. El cartel hace referencia a una exposición que marcó un hito en este viaje: un espacio donde el arte se convirtió en puente entre mis raíces y mi búsqueda, reflejando las tensiones y las riquezas de pertenecer a múltiples lugares.



2022

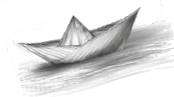
Bogotá, Colombia

Una historia visible

La publicación *Mutantes* nos invitó a mi madre y a mí a compartir nuestra historia del exilio. Por primera vez, me sentí visible.



MI TRAYECTORIA



ME LLAMO ANNE-ELIZABETH Saldarriaga Vélez Magnusson en Suecia, pero en Colombia soy Anne-Elizabeth Magnusson Saldarriaga. Un nombre tan largo que parece un río intentando abrazar dos orillas que no saben si saludarse o despedirse. Llevo conmigo los apellidos de mi abuelo y mi abuela maternos, Saldarriaga y Vélez, y el de mi padre, Magnusson, como un escudo vikingamente tropical. Nací en un febrero tan frío que hasta los termómetros decidieron rendirse. Había dos metros de nieve afuera y, por si fuera poco, soy alérgica al frío. ¿Quién lo diría? Un chiste cruel del destino en pleno corazón nórdico.

Mi mamá, nacida en Tunja, pero criada en Pasto, huyó de Colombia en 1991, cuando la violencia en Medellín se paseaba por las calles como un fantasma con mil cabezas. Ella, abogada y defensora de derechos humanos, estaba en la lista negra de ese monstruo. Suecia le tendió la mano y allí conoció a mi papá en un bar, un romance de esos que parecen predestinados por los dioses vikingos e indígenas. Mi papá, en un arrebato de honestidad, le confesó que en su familia corría una enfermedad genética llamada Huntington. Mi mamá, con su valentía, le respondió algo que me imagino fue más o menos así: “cuando el amor es verdadero, uno ama todo y nada del otro”. Y así fue.

Nacieron dos amores: el primero, su matrimonio, y el segundo, yo. Hija única, atrapada entre dos mundos que se estiraban y encogían como un acordeón desafinado, como si mi vida fuera la cuerda de un violín viejo, tensa y gastada entre culturas que, como océanos, se negaban a tocarse. En medio de ambos estaba yo, un idioma en cada oído, un país en cada pie.

Crece en una casa marcada por el Huntington fue un aprendizaje constante sobre el amor, la paciencia y la incertidumbre. Mi madre era una guerrera sin armadura, y mi padre, el compañero de un baile que no seguía el ritmo que todos esperaban. A los cinco años, comencé a notar los pasos



desiguales en nuestra vida cotidiana. A los diez, entendí que en casa no teníamos a un papá rebelde, sino a alguien bailando a destiempo por una enfermedad. Ese descubrimiento transformó mi forma de entender nuestro hogar y el ritmo de nuestra vida juntos.

La enfermedad de Huntington es como una danza invisible que se apodera del cuerpo y del alma. Su avance es una coreografía descontrolada, donde cada movimiento se vuelve torpe y cada pensamiento se convierte en un eco que se pierde en la niebla. Al principio, se disfraza de pequeños olvidos, de torpezas inocentes, pero con el tiempo, va mostrando su verdadera cara. Huntington es un monstruo silencioso que descompone el cuerpo en fragmentos, un viento que arrastra los recuerdos y deja solo olvido.

En mi padre, esa danza sin música se convirtió en una melodía amarga y solitaria que marcaba cada rincón de nuestro hogar y enseñaba a nuestros cuerpos a moverse en el mundo de la paciencia. Cada gesto torpe de mi padre era como una nota en una partitura descompuesta. Una partitura que no podíamos leer, pero que, sin saber cómo, todos los días tocábamos. Mi madre, que nunca dejó de amar, sabía bien que su esposo era una canción que cada día perdía notas. Aprendí a ver el mundo desde la perspectiva de ese ritmo pausado, casi roto, pero lleno de amor.

Cada paso en falso, cada mirada vacía era un recordatorio de que el tiempo no perdonaba, como un reloj sin manecillas que avanzaba en silencio, marcando nuestros instantes con la presencia invisible de la genética. Crecer en una casa donde convivían lo tropical y lo nórdico, tan diferentes y tan unidos, me enseñó a aceptar el miedo y la incertidumbre, a recibir cada día con mi padre y con mi madre como un regalo, un acto de amor al presente. Al final, fue el amor, en su forma más pura,

el que nos sostuvo; una brújula invisible que nos guiaba entre sombras y destellos.

Una vida entre dos culturas

Desde niña, siempre me sentí como la pieza que no encajaba en el rompecabezas familiar. Mis primas Sara y Luisa eran morenas, con pelo liso y negro, y yo parecía el negativo de una foto: piel de fantasma y una melena rebelde que no sabía si estaba en Suecia o en la jungla amazónica. En una Navidad en Colombia, cuando tenía cinco años, me di cuenta de lo distinto que era todo. En Suecia, yo era fiel creyente de Santa Claus, con esa expectativa de que él bajaría por la chimenea con regalos y magia. Pero en Colombia, los regalos los traía el Niño Jesús. Para evitarme un trauma intercultural, mi mamá convenció a mi tío Jaime de disfrazarse de Santa Claus. Le puso talco en la cara para hacerle parecer un poco más blanco y él apareció en la sala con una gorra roja y una bolsa de regalos. Fue una escena tragicómica, un milagro navideño que traía consigo el sabor de lo improvisado. Pero, al final, lo que importaba era que mi familia respetaba mis creencias, aunque generaran un caos de culturas.

A lo largo de mi vida, tanto en Suecia como en Colombia, me dicen que no encajo en ninguno de los dos lugares. En Suecia, no soy muy sueca porque no hablo con ningún dialecto particular, y mi apariencia tampoco ayuda: pelo rebelde, ojos oscuros y cara redonda, herencias inequívocas de mi madre. Cuando obtuve mi nacionalidad colombiana, mi nombre se hizo aún más largo: Anne-Elizabeth Saldarriaga Vélez Magnusson. Y la confusión se hizo universal. En Suecia, hay quienes piensan que soy británica, francesa o española. En Colombia, al ver el apellido Magnusson, se imaginan a una gringa rubia y de ojos azules. Pero entonces hablo y mi español, aprendido en casa



y perfeccionado en la Universidad de Gotemburgo, derrumba todas las expectativas. Al presentarme, profesores y profesoras me miran con una mezcla de desconcierto y curiosidad: “¿de dónde eres exactamente?”

Siempre he sido una turista en mi propia vida. En Suecia, me preguntan de dónde soy, porque no parezco una sueca tradicional. En Colombia, me miran como si fuera un espejismo: una colombiana con apellido vikingo y acento incierto. Y yo, entre los dos, siento que floto en una tierra de nadie, pero una tierra que es mía porque la he creado con pedazos de cada lado. Mis raíces están sembradas en dos lugares a la vez y, a menudo, me pregunto si acaso florecerán algún día en algún sitio específico o si seguirán desparramándose por donde quiera que vaya.

La tierra de ambos continentes me habita. En Suecia, es como si llevara conmigo siempre el olor del café colombiano, aunque nunca esté tan fresco como el verdadero. Y en Colombia, siento que llevo el silencio de los bosques suecos, un silencio tan profundo que a veces parece aplastante.

Uno de los choques culturales que más me ha marcado es la concepción del tiempo. En Suecia, el tiempo es un valor absoluto, una divisa que se respeta a toda costa. Aprendí desde pequeña que llegar a tiempo no solo es un signo de respeto, sino una obligación social. En Colombia, el tiempo parece tener otra forma. Son incontables las veces que llego puntual a reuniones o eventos, solo para pasar los siguientes treinta minutos o más esperando. Pero lo más curioso es que nadie se molesta, sino que me encuentran graciosa o, incluso, admirable por mi puntualidad. A veces siento que, por más que mi cultura sueca insista en mantener el horario, la calidez de la gente colombiana me envuelve y, de alguna manera, hace que me suelte y fluya con ese tiempo elástico.

Además, para ser sueca, mi ser es más ligero. Mis visitas de niña a Colombia me transformaron, con cada viaje regresaba a Suecia con una alegría que parecía evidente para quienes me veían. Desconocidos en la calle me hablaban sin miedo, atraídos por un aire diferente, uno más abierto y alegre. Era como si el “yo” colombiano hubiera echado raíces en mi corazón, floreciendo en cada sonrisa que comparto al regresar al norte.

Por otro lado, en eventos familiares o sociales, a menudo me encuentro con otro choque cultural: el consumo de alcohol y de comida. No tomo mucho ni como demasiado, lo cual me hace destacar en un contexto donde la comida y la bebida son centrales en la socialización. Más de una vez he sentido esa presión sutil para “animarme”, para entrar en el mismo ritmo de la mayoría. Pero no soy capaz y eso, en cierto modo, también me hace sentir fuera de lugar, a veces percibida como “aburrida” por quienes no comprenden mis reservas. Es como si mis costumbres y mi forma de ser crearan un tercer espacio en el que existo, pero en el que tampoco me siento completamente yo.

Pero lo que más me desconcierta, incluso hoy, es el humor. Suecia es un país donde el humor tiende a ser sutil, irónico y seco. Las bromas se camuflan entre palabras cual secretos que pocas personas tienen el privilegio de entender. Yo, que siempre he tenido una inclinación hacia lo literal, me encuentro frecuentemente perdida. A veces, alguien suelta un comentario y todos se echan a reír, mientras yo intento descifrar en qué punto exacto se volvió gracioso. Con dificultad logro atraparlo; para mí, las palabras siempre significan exactamente lo que dicen, sin dobleces ni ironías escondidas.

En Colombia, las cosas no son mucho más fáciles. Allí el humor es ruidoso, vibrante y lleno de dobles sentidos. A menudo, cuando alguien me hace una broma, la tomo de manera tan literal que la gente se queda mirándome, esperando que capte el chiste,



hasta que se dan cuenta de que no va a suceder. Es como si ambos países se pusieran de acuerdo para darme un idioma que no termino de entender, lleno de bromas que nunca serán mías, y de ironías que jamás podré descifrar. Aunque intento seguirles el ritmo, sonriendo o asintiendo, siento que el humor es un guardián de la barrera cultural que me separa de esos dos mundos.

Es como si siempre caminara por la cuerda floja entre la seriedad y el humor, sin saber de qué lado caer. En Suecia, me siento como si llevara una máscara que intenta sonreír y en Colombia, como si tratara de descifrar un código que todos parecen conocer de memoria. Con el tiempo, empecé a reírme de mi propia confusión, abrazando el hecho de que nunca entenderé todos los chistes, pero sí las historias, las miradas y los abrazos, que al final del día son lo que más me importaba.

Recuerdos y lágrimas heredadas

A los 18 años, la historia familiar que había estado flotando en mi vida finalmente aterrizó. Mi mamá, con una tristeza profunda en los ojos, me contó la verdad sobre el conflicto armado en Colombia y por qué tuvo que exiliarse. Fue como si alguien encendiera una luz en una habitación oscura. La abracé, agradecida porque estaba viva, pero triste por lo que le había tocado vivir. Finalmente entendí por qué nunca podíamos regresar a Colombia sin exponernos a un peligro real. Comprendí por qué había noches en las que mi mamá se quedaba en la cama, mirando el televisor como si buscara algo más allá de la luz que vibraba. Tal vez, en el fondo, siempre ha estado buscando un camino de regreso, aunque sabe que quizás nunca lo encontrará.

Recuerdo que la primera vez que la vi llorar fue cuando cumplí un año. Aunque suene extraño, tengo memorias visuales desde entonces; es como si mis ojos grabaran todos los eventos,

buenos y malos. Sueño con ellos, los tengo presentes y nunca se borran; siempre son claros. Estaba en sus brazos cuando recibió una llamada de Colombia y de pronto llovió sobre mí. Años después, cuando ya era mayor, mi mamá me contó de la muerte de Jesús María Valle Jaramillo, el abogado que la ayudó a escapar. Fue entonces cuando conecté nuestras memorias y comprendí la razón de aquellas lágrimas. Para nosotras, él siempre fue un héroe. Las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar, y me di cuenta de que mi historia estaba entrelazada con la de mi mamá, con cada lágrima y con cada sonrisa forzada.

A los 20 años, obtuve mi cédula colombiana y sentí que una pieza se ubicaba en su lugar. Sin embargo, aún faltaban muchas más. A los 22, mi mamá me sugirió ir a un encuentro en España con otros jóvenes, hijos e hijas de exiliados. Al principio no entendía por qué yo, nacida en Suecia, debía ir. Pero, como siempre, mi mamá tenía razón. En el aeropuerto de Bélgica, conocí a una chica con una historia tan parecida a la mía que me pareció un reflejo en un espejo algo distorsionado. Fue el inicio de una amistad que aún perdura.

En Bilbao, al principio me sentí fuera de lugar. Escuchaba las historias de jóvenes que habían vivido el conflicto de primera mano. Me sentía culpable por no haberlo vivido igual. Pero poco a poco entendí que también yo era una víctima, aunque de otra manera. El conflicto que separó a mi familia me dejó una herida que no se ve a simple vista, pero que está ahí, como una cicatriz invisible.

En cada conversación en esos días, descubrí que pertenecer es más que entender un chiste o adaptarse a un idioma. Es compartir una historia, un dolor, una esperanza. En ese viaje, aprendí que el humor puede dividarnos, pero las experiencias nos unen de una manera que trasciende cualquier barrera cultural.



Heredé un país que he tocado en algunos momentos, aunque nunca tan profundamente como Suecia. Colombia no solo vive en el pasaporte que llevo, sino en las historias que mi madre comparte y en las lágrimas que derrama en las noches silenciosas cuando cree que no la veo. A veces me pregunto si mis raíces están arraigadas en la tierra o flotan en el aire, suspendidas entre lo que pude vivir y lo que aún desconozco. Aceptar que soy una víctima de ese conflicto colombiano ha sido difícil y, hasta el día de hoy, siento que no es justo. Nací en Suecia, en paz, a salvo de las balas, de la guerra que destruyó a tantos. Aunque sé que, a través del exilio de mi madre, por los traumas que heredé, también soy una víctima, una parte de mí se siente demasiado privilegiada para llevar esa etiqueta. Cada vez que sueño, que siento esa violencia en mis pesadillas, el dolor es intenso, pero siempre me pregunto si es justo sentirme como víctima. A veces, parece que me persiguen imágenes de lugares en Colombia que jamás he visto; rostros de personas desconocidas que me imploran ayuda, que me despiertan en la noche. Son esos recuerdos heredados los que me recuerdan que, aunque haya nacido lejos, el conflicto vive en mí de una forma que nunca pedí.

Como artista que soy, se vuelve más complicado. Siempre he enfocado mi obra en los *otros*, en aquellos y aquellas que no pueden hablar. Cada vez que intento representar mis propios dolores, mi propia historia, una barrera invisible me detiene. Es como si las manos se me paralizaran, como si la idea de hablar de mí misma fuera un acto de egoísmo en el que no quiero caer. Siempre pensé que el arte no era para hablar de mis heridas, por mucho que me duelan. Hablar de mí me da la impresión de robarle el espacio a quienes necesitan que se les escuche, a quienes han vivido la violencia en su propia piel.

Y es que provengo de una familia de lucha y resistencia. Mi padre, obrero sueco, y mi madre, defensora de derechos

humanos, me enseñaron a protestar, a levantar la voz por quienes no pueden hacerlo. Peleamos por sus derechos, siempre. No tengo miedo de confrontar a los monstruos. En mis obras, lucho contra ellos y lo hago en nombre de ellos y ellas. Cuando creo, escribo o hablo, no es solo por mí, sino por quienes no tienen voz. Mi arte busca ser las voces que la guerra acalló. A su vez, en cada palabra y en cada trazo, encuentro mi propia historia reflejada. Somos un solo ser.

El arte, mi brújula

En 2019, me fui a vivir a Colombia. Fue allí donde comencé a conectarme más profundamente con el arte, buscando en él respuestas sobre mi identidad, y a la par, sobre las historias y voces de quienes, como yo, sienten la fractura de vivir entre mundos. Mi escultura más significativa nació de esta búsqueda. Apliqué todo lo que había aprendido de mis herencias colombiana y sueca, simbolizándolas en materiales y formas.

En un costado, puse una brújula vikinga, un Vegvísir, símbolo que en la antigüedad guiaba a quienes se sentían perdidos en las tormentas. Al igual que ellos, he buscado esa guía en mis propias tormentas internas y en las de quienes, a través de mi obra, encuentran una voz.

A medida que trabajaba en la escultura fui experimentando cómo el arte me permitía reconciliar esas dos partes de mí que siempre parecían opuestas. A través del barro y del metal, del fuego y del frío, hallé una forma de fundir mis mundos y crear un espacio que fuera únicamente mío, una tierra de nadie que, al final, se convierte en mi propia patria.

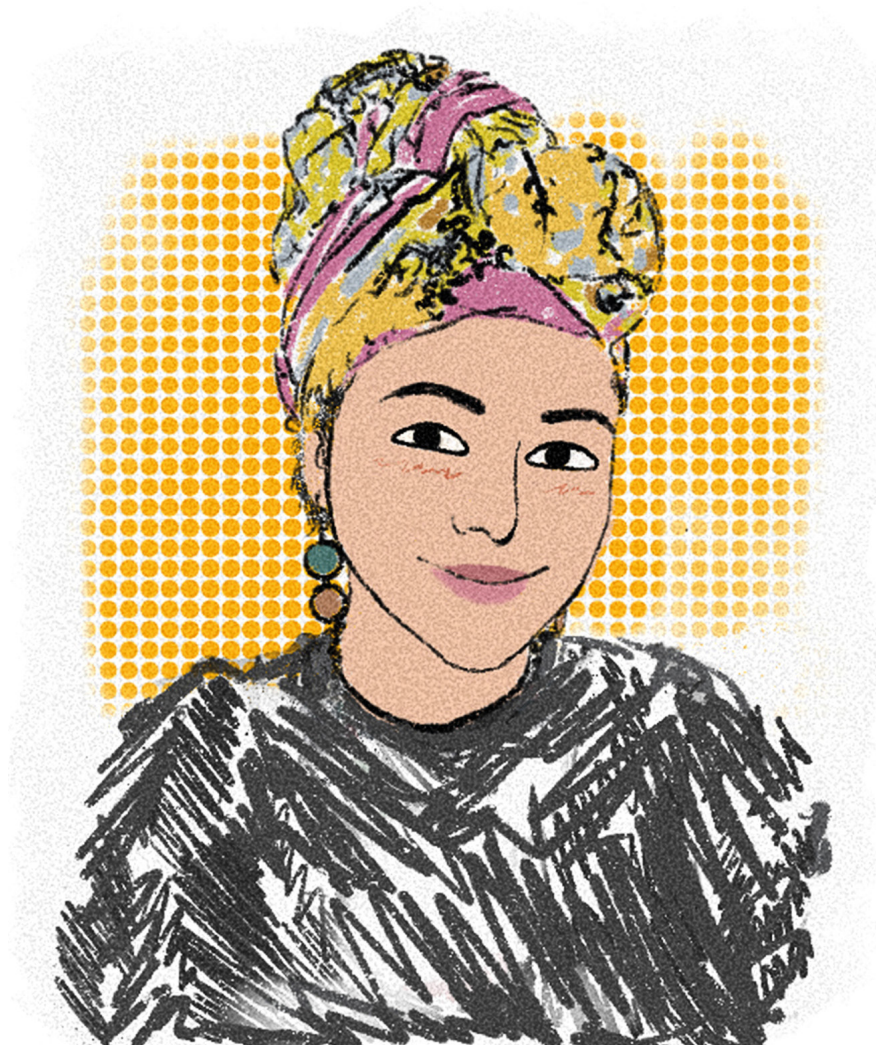
Mientras moldeaba la escultura, cada detalle me acercaba más a mis raíces y a las historias de quienes represento. Coloqué piedras en los ojos de la figura: amazonita en uno y ágata en el otro, como si al mirar a través de ellos pudiera ver el mundo con

la sabiduría de mis ancestros. La amazonita, verde como los valles y montañas de Colombia, simboliza mi conexión con mi madre y su historia de resistencia. El ágata, firme y clara, me ancla a la tierra de mi padre y a la fortaleza de su linaje vikingo. Cada pedazo de vidrio en la escultura, cada fragmento que uní, refleja la fragilidad de mi identidad compartida, pero también su belleza. Esos pedazos rotos forman un todo, un reflejo de cómo, al final, los fragmentos encuentran su lugar.

Hoy sé que el amor y el arte son mi brújula, mi Vegvísir personal, uno y otro me guían en esta travesía de ser hija de dos mundos, me recuerdan que, aunque mi búsqueda por pertenecer sea permanente, el verdadero hogar es aquel que he construido no solo con mi papá, mi mamá, mi familia de un continente y del otro, sino con quienes me voy encontrando en el camino y con quienes de otra forma hacen parte de mis producciones.

NUESTRAS **RAÍCES** EN EL PRESENTE

.....



En el eco de mis pasos

|| DIANA GRANDA RESTREPO ||



1981

Bogotá, Colombia

Mi llegada al mundo

Nací una madrugada de febrero en el hospital San José. Mis padres vivían en ese entonces humildemente en el barrio San Jorge, al sur de Bogotá. Sin embargo, tengo que admitir que de rola tengo poco, siempre hemos tenido costumbres paisas comiendo arepa y frijolitos sagradamente cada semana.



1986

Nicaragua

Primera salida forzada de Colombia

Tenía cinco años la primera vez que me subí a un avión rumbo a mi primer exilio no consciente. Salimos de Colombia debido a la persecución y asesinatos a los miembros de la UP y miembros del Partido Comunista. De hecho, mi padre fue víctima de un atentado en el barrio La Candelaria donde vivíamos.



1991

Bogotá, Colombia

Regreso en familia a Colombia

Tenía 11 años cuando dejamos Nicaragua. A mí me daba pena dejar a mis amiguitos de barrio y la vida de campo en Nicaragua, para volver a una ciudad desconocida y fría como Bogotá.

1996

Quito, Ecuador

Segunda salida forzada de la familia de Colombia hacia Ecuador

Luego de algunos años de estar readaptándome a mi país, de la noche a la mañana mis padres me dijeron que teníamos que irnos a vivir a otro país. Esta salida me generó mucha rabia, dolor y conflicto con mis padres. Yo tenía entonces 15 años, salimos de la noche a la mañana sin despedirnos de nadie.

1999

La Habana, Cuba

Un año de estudios en Cuba

Gracias a una beca que conseguí para estudiar Psicología en Cuba, viví en ese país durante un año. Adaptarme me costó mucho, extrañaba a mis amigos, a mi nuevo amor y a mis padres. Finalmente regresé a Ecuador donde estaban mis padres.

2001

Ecuador

Tercera salida obligada de mis padres

Recuerdo que ese día, de regreso de la universidad (para ese entonces cursaba mis estudios de Hotelería y Turismo Ecológico), mis padres me esperaban con cara acontecida y con la noticia de que teníamos que salir del país de manera urgente. Yo les dije: "Esta vez no me voy, quiero terminar mis estudios y quedarme aquí, no quiero seguir rodando". Me independicé.

2005

Suecia

Exilio forzado

A pesar de que ya no vivía con mis padres, de estar casada y ser independiente, por persecución y acoso (delito de sangre), me vi obligada a salir de Ecuador. Suecia fue el país que nos acogió a mí y a mi esposo. Fueron tiempos oscuros.



2012

Cuba

Diálogos de paz en La Habana

Luego de la liberación de mi padre para ejercer trabajos de gestor de paz, pudimos tener ese anhelado reencuentro familiar.

2004

2004 Venezuela

Secuestro de mi padre en Caracas

A causa de este episodio, se inició una persecución a mi familia y a mí que vivía en Ecuador.



2018

Colombia

Vuelvo a pisar territorio colombiano

Después de 22 años de exilio, y gracias al Acuerdo de Paz, pude volver a pisar territorio colombiano, volver a encontrar mis raíces y redescubrir ese país que llevaba en el alma, pero que empezaba a olvidar.



MI TRAYECTORIA



Diciembre negro

“Nana, se llevaron a papá...” fue la frase lanzada por mi hermana al otro extremo del teléfono que rompió la calma aquel diciembre y que cambió mi vida para siempre. Yo estaba en Quito, en un apartamentito al que acababa de mudarme tras mi reciente matrimonio. Transcurría el año 2004, era Navidad, una época que suele estar llena de luz y esperanza y que, tras aquella corta llamada, se convirtió en el inicio de una larga pesadilla.

En el teléfono mi hermana me decía: “guarda la calma y entiende, como familia también estamos en peligro, no sabemos quiénes se llevaron a papá, toma medidas”. Un nudo en la garganta me impedía hablar, solo escuchaba. Hubo una pausa que pareció durar una eternidad, un silencio compartido y después un simple “mamá y yo estaremos incomunicadas por un tiempo, ¡cúidate!”. Luego el *bip* del teléfono me devolvió a una realidad irreconocible.

El mundo, que hacía apenas un instante brillaba con luces navideñas, se oscureció repentinamente. No hubo tiempo para llorar, no hubo tiempo para preguntar, no hubo tiempo para decir adiós. En un segundo me vi en la oscuridad, sentada frente al árbol de Navidad, sin saber qué hacer, ni con quién hablar.

La confusión me paralizó, cada pensamiento desordenado golpeaba mi mente. El eco de las palabras de mi hermana resonaba en mi cabeza: “toma medidas”. Pero ¿por qué? ¿Qué podía pasarme en Ecuador? ¿Qué debía hacer? Todo parecía desmoronarse a mi alrededor. Con mucho esfuerzo, me obligué a moverme. Decidí llamar a mi esposo que estaba trabajando. Mis palabras salían entrecortadas mientras le pedía que viniera a casa lo más pronto posible, que había pasado algo muy grave.

Mi mente no paraba, pero al mismo tiempo, trataba de respirar y repetirme varias veces: “Guarda la calma, estás en otro país, esto no es Colombia, aquí estamos seguros”. Y entonces,



volvía el miedo. Tantas historias de horror escuchadas. ¿Quién pudo haberse llevado a mi padre? ¿Estará muerto? ¿Estará vivo? ¿Lo volveré a ver?

Las amenazas siempre nos habían acechado. Tener ideas de izquierda y ser militante de estas ideas en Colombia implica poner en riesgo no solo la propia vida, sino la de la familia. ¿Sería posible que nos buscaran también a nosotras? Pero, ¿por qué? ¿Por llevar la misma sangre? Es verdad que ya habíamos evocado ese problema en familia, sobre todo porque se sabía de casos de desaparición y asesinato de familiares de personas cercanas que militaban en el Partido Comunista o en la Unión Patriótica. “Nuestro caso no sería ni el primero ni el último”, había sentenciado mi madre, cuando tuvimos aquella conversación. Todas esas posibilidades me hacían estremecer y no podía recuperar la calma.

Pasaron varias horas. Llegado el mediodía, decidí prender la televisión para ver las noticias, esperando recibir alguna señal. Con solo recordarlo, revivo en mi cuerpo la sensación de pánico al escuchar ese sonido característico de los anuncios de alerta, acompañado de la frase: “Último minuto: acaban de capturar en Cúcuta al hombre conocido como canciller de las FARC-EP”. Recuerdo como ayer ver la imagen de mi padre, rodeado de soldados, esposado, pero con la dignidad intacta, levantando las manos en símbolo de victoria. Son imágenes que quedaron grabadas en mi mente para siempre. Aquel evento que cambiaría mi destino fue un secuestro disfrazado de captura, una operación organizada por el gobierno colombiano, orquestada por cazarecompensas en pleno corazón de Caracas, con un precio por la cabeza de mi padre: un millón y medio de dólares. Las mentiras y difamaciones en los medios no tardaron en inundar la pantalla, destruyendo su imagen.

La llegada de mi esposo fue el único respiro en medio del caos. Su abrazo me dio la fuerza que necesitaba, pero el miedo

no desaparecía. La noche fue interminable, cada sonido se volvía una amenaza. Al amanecer, buscamos refugio en casa de mis suegros, llevándonos solo lo esencial. La tristeza de dejar atrás una vida que recién comenzaba a construir fue un peso difícil de soportar. Cada paso que daba, lo sentía como una despedida. Me venían recuerdos de mi niñez y adolescencia. Las interminables casas abandonadas sin aviso, las no despedidas, el dejarlo todo. Desde los cinco años, huir se había vuelto un patrón en mi vida. Siempre había sido “la hija de Granda”, y esa condición era suficiente para condenarme a una vida de incertidumbre.

No entendía de política, tampoco me interesaba mucho por ella. Yo solo quería una vida normal, tener amigos, quedarme en un lugar. Por eso, al hacerme mayor, busqué separarme de ese ciclo de huida impuesto por las circunstancias. Recuerdo claramente el día que me negué a seguir a mis padres en un nuevo cambio de casa: “me quedo aquí en Ecuador”, les dije, y esa decisión marcó mi independencia. Me enfoqué en mi pasión por la naturaleza y el medio ambiente, estudié hotelería y turismo ecológico. Soñaba con irme un día a vivir a la selva donde crearía un pequeño hostel para dar a conocer las maravillas naturales de esa amada tierra.

Pero los fantasmas del pasado me alcanzaron de nuevo. El arresto de mi padre trajo consigo una ola de escándalos y ataques por los medios de comunicación: nuestra privacidad fue violada, los medios publicaron detalles personales, exponiéndonos de una manera devastadora. El escándalo dio resultado y muy pronto mi esposo fue despedido sin explicación, nuestras cuentas bancarias fueron cerradas y nuestros amigos y familiares se alejaron. La soledad se hizo insoportable. A su vez, la Fiscalía ecuatoriana nos citó, sometiéndonos a un escrutinio que no tenía justificación. Nos trataban como delincuentes, solo por ser familiares de un hombre cuyas luchas políticas no comprendíamos del todo.



Sin saber exactamente quién, ni por qué motivo, empezamos a sentirnos vigilados constantemente. Por esa misma época mi hermana volvió a contactarme desde la clandestinidad para comunicarme que ella y mi madre también estaban siendo perseguidas en Caracas y que buscaban asilo; me dijo que yo debía hacer lo mismo. Fue una conversación breve, pero clara, el exilio era una realidad tangible y muy dolorosa. En medio de tanta desesperación, encontré apoyo en un defensor de derechos humanos que me ayudó a comprender que mi situación no era única. Había cientos de colombianos y colombianas como yo, atrapados en la realidad de someterse a un exilio forzado, lejos de sus raíces. Con la ayuda de organismos internacionales, logramos entrar en un programa de refugio, en agosto, casi un año después de los hechos. Nos informaron que Suecia sería nuestro país de acogida y que el viaje sería exactamente en dos semanas. Nos entregaron el pasaje y los documentos, y nos aclararon que sólo tendríamos derecho a llevar con nosotros una maleta de 24 kilos.

24 años de vida en una maleta de 24 kilos

Apenas dos semanas. Nuestros días se contaron como los pasos de un condenado. Dos semanas para resumir 24 años de vida en una maleta de 24 kilos. Suecia, un nombre tan lejano como los confines del Polo Norte, se convertía en el siguiente destino para nuestro hogar, un lugar en el que nos imaginábamos a los vikingos conviviendo con osos polares bajo cielos perpetuamente grises.

El día de la partida se asemejaba más a un funeral. Nuestra familia en Ecuador nos despidió en silencio. Mi esposo y yo partimos cargados de tristeza, prometiendo a quienes se quedaban un pronto, así como incierto, retorno. Dejaba atrás esa tierra y partía hacia un futuro que a esas alturas no lograba imaginar. La única certeza era el dolor inmenso de aquella despedida.

Partimos un 11 de septiembre, fecha que llevaba de por sí el peso de los recientes atentados a las Torres Gemelas. El mundo entero estaba en alerta. El aeropuerto, desolado, parecía el escenario de una película postapocalíptica. Dos figuras silenciosas, con bolsas blancas marcadas con las insignias de UNICEF y la OIM, nos recibieron. Eran nuestros ángeles guardianes en un mundo nuevo y extraño. A nuestro alrededor, otros compatriotas compartían la incertidumbre y el miedo.

Luego de interminables horas con el corazón paralizado y la respiración entrecortada, llegamos a Estocolmo, una ciudad que parecía sacada de un cuento de invierno, con una mujer sonriente que nos guiaba a un hogar para personas refugiadas. El lugar, limpio y organizado, tenía la calidez de una cárcel de lujo. Todo era perfecto, pero la perfección llevaba consigo una frialdad que nada lograba derretir el hielo de la formalidad.

A la mañana siguiente, un avión nos llevó a Vimmerby, la tierra del personaje de cuentos infantiles Pippi Långstrump. La avioneta crujía con cada ráfaga de viento y, a través de las ventanas empañadas, solo veíamos un mar de nubes grises y bosques de pinos que se extendían hasta el infinito. Bromeábamos con mi esposo sobre nuestra “montaña rusa” hacia la tierra de los osos polares. Un hombre amable, Derek, nos recibió envuelto en la niebla que cubría a su vez el pueblo. Él también había sido exiliado de Kosovo y su inglés era tan nulo como nuestro sueco. A través de carreteras que se repetían en un bucle de pinos, lagos y casas rojas solitarias, nos fue adentrando en un paisaje que parecía ser el dibujo de un niño o de una niña que apenas conocía los primeros colores.

Finalmente llegamos a nuestro nuevo hogar: un apartamento vacío, salvo por dos colchonetas y una mesa de plástico. Esa austeridad nos supo a gloria. Aquella noche fue una de las más felices de mi vida. Después de tanta espera y tanto



miedo, sentía que habíamos llegado al paraíso, un lugar donde por fin podíamos dormir en paz y sin temores.

Al despertar, la curiosidad me llevó a asomarme por la ventana, ansiosa por ver cómo lucían en realidad los vikingos. Pero no vi a nadie. Intrigada, convencí a mi esposo de salir a explorar. Caminamos por un parque desierto, sin niños, sin gritos, sin risas. No había vendedores ambulantes, ni perros callejeros, ni basureros llenos. Parecía más una maqueta olvidada en un desván. Mientras nos perdíamos por las calles, apareció un hombre de barba roja, caminando lentamente, perdido en sus pensamientos, paseando un gato gordo atado a un arnés. No cabía duda, era un personaje escapado de los cuentos de Astrid Lindgrens.

Decididos a entender este nuevo mundo, fuimos a la tienda. El choque cultural fue inmediato y risible: los estantes estaban llenos de productos con nombres impronunciables y etiquetas incomprensibles. Buscamos algo familiar, pero el pan era negro y denso, lo que creíamos jugo era una gelatina líquida que se negaba a salir del envase, y lo que pensamos que era atún, resultó ser comida para gatos. Nos reímos de nuestra ingenuidad y de estar perdidos sin referentes, en un mundo que no sabíamos descifrar.

Adaptarnos a Suecia fue una danza entre lo maravilloso y lo desolador. Cada día traía nuevas sorpresas, algunas tan absurdas que solo podíamos reír, y otras tan duras que nos dejaban sin aliento. No obstante, con el tiempo, la alegría inicial se fue desvaneciendo y mi espíritu comenzó a flaquear. Las noches de insomnio y ansiedad se intensificaron. Necesitaba hablar, pero el sistema de salud sueco se convirtió en un enemigo silencioso, frío como el invierno que envolvía el paisaje. Cada visita al médico terminaba en una receta de pastillas: antidepresivos, antiestrés, somníferos. Era claro que ninguna pastilla podía curar mi alma. La depresión se hizo más profunda. Mi cabello comenzó

a caer, mi cuerpo se debilitó y en cada consulta, la respuesta era la misma: más pastillas. El sistema de salud mental era una maraña de burocracia y horarios estrictos, donde los psicólogos eran tan raros como los días de sol en invierno. Al final, logré salir adelante gracias al apoyo de mi esposo y de mi familia en la distancia. A su vez, me fueron muy importantes los tratamientos psicológicos que tuve, por periodos cortos y aprovechando mi tiempo de vacaciones, en otros países. Los contactos de estos profesionales me los pasaban personas cercanas que habían hecho procesos terapéuticos con situaciones similares a la mía.

Mis años en Suecia, doce en total, los dediqué a trabajar como un robot para no pensar, me especialicé en gastronomía y logré entrar a un famoso hotel de la ciudad. Mi trabajo fue mi refugio donde prefería trabajar todas las fechas festivas, navidades, años nuevos y demás, para no sentir el peso de la soledad.

El exilio en Suecia no solo significó dejar atrás mi país, sino también enfrentarme a una nueva vida llena de desafíos, donde lo único que me mantenía en pie era la esperanza de poder volver un día a mis raíces. Cada paso que daba en esa tierra extranjera era una lucha por mantenerme a flote, por no dejar que el miedo y la tristeza me hundieran. El apoyo incondicional de mi esposo y la promesa de un futuro en paz en mi país me dieron las fuerzas para seguir adelante. Pero el dolor de lo perdido y el peso de la maleta de 24 kilos siempre estaban allí, recordándome que mi vida había cambiado para siempre.

La chispa de la paz

En esos días grises, cuando la esperanza era apenas un hilo de luz en medio de la tormenta, un milagro se desplegó como un susurro del destino. El 4 de junio de 2007 mi padre fue liberado gracias a la intervención del presidente francés Nicolas Sarkozy, frente al entonces presidente colombiano,



Álvaro Uribe, justificando “razones de Estado” no reveladas. Fue un movimiento en el tablero de ajedrez político que dejó a muchos preguntándose por los hilos invisibles que se movían tras bambalinas. Más adelante la historia develaría que mi padre salió a cumplir la función de gestor de paz.

Ya en La Habana, inmerso en el equipo negociador de paz, nuestro reencuentro familiar se volvió una realidad. Desde Suecia, volé con la misma ilusión que me embargó cuando, a los cinco años, tomé un avión por primera vez. El vuelo de aquel entonces marcó el inicio del exilio de nuestra familia, aunque yo lo viviera como la oportunidad de volar al igual que los pájaros. Recuerdo la mano de mi padre por los pasillos del aeropuerto echando cuentos de aviones que me hacían soñar con nubes y cielos lejanos. Los recuerdos y las imágenes de mi niñez en Nicaragua me acompañaron hasta mi escala en Canadá, donde aterricé en otra realidad.

A la salida del avión, dos agentes de seguridad me esperaban con un cartel que ostentaba mi nombre y apellido paterno. Mi reacción inicial fue de incredulidad risueña: “¿Tan famosa me he vuelto que me reciben así?”. Pero la seriedad en sus rostros pronto convirtió mi sonrisa en temor. Me llevaron a una sala, en la que durante más de dos horas me interrogaron sobre mi vida y las intenciones de mi viaje. El absurdo de la situación me arrancó una risa nerviosa, pero la impotencia también se apoderó de mí. Tras un interrogatorio que terminó con recetas de cocina compartidas, los agentes me explicaron que mi apellido estaba en la lista de personas prohibidas para sobrevolar Estados Unidos. No era Canadá el que me impedía volar. Las sombras de mi pasado aún me perseguían. Pese a que llevaba ya siete años en el exilio y que el proceso de paz era noticia internacional, mi apellido seguía siendo una marca.

Pero la sonrisa se aferraba a mis labios como si fuera un escudo contra cualquier tristeza; nada ni nadie podía

arrebatármela. Iba camino a ese reencuentro tan esperado. Aún puedo sentir en mi pecho el retumbar de mi corazón, cada latido resonando con la anticipación del abrazo de mi padre. El momento tenía la textura de un sueño, pero la firmeza de la realidad; mi padre, un milagro tangible, estaba allí, más vivo que nunca. Nos encontramos en un abrazo que parecía suspender el tiempo. Las palabras se evaporaron y solo quedó el lenguaje de los corazones, latiendo al unísono. Éramos de nuevo una familia, unidos por un amor que ni el exilio ni el tiempo pudieron deshacer.

El proceso de paz encendió en mí una chispa luminosa, un fuego de esperanza que iluminaba incluso los rincones más oscuros de mi alma. Soñaba con esa paz tan anhelada por el pueblo colombiano, soñaba con un futuro distinto, donde las niñas y los niños corrieran libres por los campos, los ancianos y ancianas contaran historias de tiempos mejores y los campesinos y campesinas cosecharan frutos de paz y justicia. Imaginaba un país libre de tanta injusticia.

Durante mi estancia en La Habana, decidí visitar la Facultad de Psicología de la Universidad de la Habana donde, a los 18 años, pude cursar un año por los misterios de la mente. Paseando por sus pasillos, una voz me atrapó: era la del doctor Estupiñán, un maestro cubano que, pese a estar jubilado, seguía enseñando con una pasión desbordante. Logré contactarlo y desde nuestro primer encuentro, no tuvo reparos en confrontarme con la cruda realidad. Con su inconfundible humor cubano, me lanzó una frase que se incrustó en mi alma: “Oye chica, si estás comiendo mielta allá en Europa, es por puro gusto. No importa dónde vayas, el enemigo lo llevas dentro, y solo tú lo puedes combatir”. Aquellas palabras fueron la chispa que encendió una hoguera dentro de mí, iluminando verdades que había esquivado durante años.



Extendí mi estancia en Cuba, apostando todas mis cartas para asistir a sus terapias grupales y privadas; fue un despertar mágico, una metamorfosis de víctima a guerrera de mi propia realidad. Comprendí que, aunque había sido víctima de una injusticia, no era la única en el mundo librando luchas internas. El problema no residía en lo que había vivido, sino en lo que hacía de la situación y la forma como estaba enfrentando mi pasado y mi presente.

Durante los años que duró el proceso de paz, en mis vacaciones laborales asistía a sus terapias. El proceso fue largo y difícil, pero en cada regreso a Suecia llegaba con un espíritu más renovado y la motivación necesaria para buscar herramientas de autocuidado y desarrollo personal. De ese modo logré liberarme de las pastillas para el insomnio y las depresiones. Y también enfrentar una dura separación de mi esposo.

Con mi despertar, regresó el deseo de retomar los sueños que dejé en el Ecuador antes de salir al exilio. El llamado de mi corazón seguía intacto: trabajar por el medio ambiente, ayudar a las personas y vivir en el campo. Necesitaba encontrar un lugar cálido, con personas más afines. Fue así como descubrí la permacultura, una filosofía de vida que resonó profundamente en mí al descubrir que la resiliencia, la autonomía, el cuidado de la naturaleza y el cuidado de las personas, así como el reparto equitativo eran posibles, y que existían muchos proyectos hechos realidad alrededor del mundo. Le agradecí a Suecia por haberme acogido durante tantos años y brindarme estabilidad social y laboral, pero mi ciclo allí había terminado.

Guiada por la fuerza del corazón, encontré un nuevo amor y juntos emprendimos un viaje por Europa, buscando ese paraíso escondido. El destino, con su magia discreta, nos llevó hasta nuestro nuevo hogar: “El Encanto”, o “El paraíso de mi Chiqui”, como lo llama mi amor. Este lugar es la prueba viviente de que

los sueños, cuando se siembran en el terreno fértil del corazón, florecen tarde o temprano. Hoy, en este rincón del mundo, esculpo mi futuro con las herramientas que la permacultura me brinda y continúo dibujando mi paisaje interior. Agradezco a la vida, al amor, a mi familia, a mi tierra y a todas las tierras que han nutrido la semilla que soy hoy.



Un viaje de ida y vuelta

|| KARIM VELASCO ASSERIAS ||



1989

París, Francia

Mi casa de infancia

Nací en París en medio de su historia, su diversidad cultural y sus migrantes (y exiliados) de diversos horizontes. Nuestra casa siempre fue de puertas abiertas y en ella nos visitaron familiares, amigos, conocidos de amigos. Incluso algunos vivieron con nosotros mientras llegaban. Recuerdo siempre nuestro apartamento con gente.



1990-2002

Bogotá, Colombia

La casa de mi tía en Bogotá

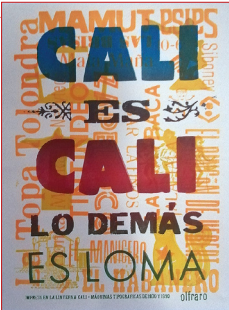
A esta casa yo llegaba con mi mamá a Bogotá siendo niño. Entre las ventas de mi mamá y las visitas a mi tía, escuché muchas de las historias y de las anécdotas que me marcaron y que hicieron que la historia y la política me empezaran a interesar.

2000-2005

Cali, Colombia

Mi vida en Cali

Viví en Cali entre los 10 y 15 años, en la misma casa en la que pasaba mis vacaciones de verano con mi abuelita cuando aún estaba viva. Estos años forjaron mi identidad, me permitieron apropiarme de la cultura colombiana.



2005

París, Francia

Regreso a París

Cuando regresé a París con mi mamá, una forma de seguir vinculado a Colombia fue empezar a participar en diversas actividades por Colombia y fundar una asociación de solidaridad en 2008 con varias personas que se volverían amigos.

2019

Bilbao, España

Encuentro de segundas generaciones en el exilio

Fui invitado por la Comisión de la Verdad a este encuentro en el que, a través de las discusiones, de las risas, los llantos y el intercambio con los demás participantes, entendí que la migración de mi familia hacía parte del fenómeno del exilio. Nos volvimos una familia.



2023

Colombia

Regreso a Colombia

En enero de 2023, después de casi 18 años, volví a vivir en Colombia. Fue un año en el que se me cumplieron dos sueños: volver a vivir y ver un Gobierno de izquierda en el país.



2024

París, Francia

Segundo regreso a París

En febrero de 2024 regresé a París, a mi otra casa, con la sensación de haberlo decidido, después de vivir un año y un mes en Colombia.

MI TRAYECTORIA



*Vuelvo, amor vuelvo
a saciar mi sed de ti.
Vuelvo, vida vuelvo
a vivir en ti país.
Illapu, Vuelvo para vivir*

REGRESÉ A COLOMBIA EL 17 DE ENERO de 2023. Esta vez, y después de 18 años, no volvía de vacaciones, sino con la idea de quedarme. Entre los 10 y los 15 años viví en Colombia, y en 2005 mi mamá decidió que nos regresáramos a París, donde yo había nacido y vivido mis primeros años. Este regreso fue para mí un poco imprevisto pues me sentía muy bien en Cali y no entendía por qué mi mamá decidía, después de cinco años, que debíamos volver a Francia. ¿Por qué tenía que ser en ese momento y no dentro de uno, dos o tres años cuando hubiera terminado el bachillerato y ahí sí irme a estudiar la universidad a París? Me llevó un tiempo volver a adaptarme y en mi primer año de regreso me costó hacerme nuevos amigos. Sentí que me habían sacado de un ambiente en el que era feliz y llevado a otro en el que había nacido, pero que había olvidado y al que me había desacostumbrado. Desde entonces siempre había soñado con regresar a Colombia para vivir, pero nunca había buscado realmente la oportunidad, o quizás lo veía como un sueño irrealizable, y entonces lo dejaba en un cajón.

Este sueño aplazado se fue despertando tras mi participación en el trabajo de la Comisión de la Verdad desde el exilio y el impacto que tuvieron en mi vida las restricciones impuestas por el Estado francés como respuesta a la pandemia del coronavirus. En efecto, durante ese tiempo sentí que mi vida en París se estaba volviendo muy rutinaria y aburrida. Además, hubo un momento en el que la idea de que nunca más en mi vida volvería a vivir en Colombia empezó a asustarme.



Me llevó un año tomar la decisión de volver a Colombia. Después de estar acostumbrado a vivir en un país con un estilo de vida, hábitos y ciertas garantías, es difícil lanzarse a ensayar en otro país. Sin embargo, tenía muchos deseos de volver y sentí que si no lo hacía en ese momento, no lo haría nunca. Cuando en junio de 2022 Gustavo Petro fue elegido como presidente de Colombia y Francia Márquez como vicepresidenta, sentí unas inmensas ganas de ser parte de ese momento histórico, en el que por primera vez llegaba al Gobierno un presidente de izquierda. Era la posibilidad de volver para ser parte de un proyecto por el que familiares y amigos habían luchado durante años, incluso décadas, y por el que muchos habían muerto o habían tenido que exiliarse. Aún recuerdo la emoción que sentí cuando, en su acto de posesión como presidente, Gustavo Petro pidió que llevaran a la Plaza de Bolívar, como otro símbolo de su llegada a la Presidencia de la República, la espada del Libertador que el M-19 había sustraído en manos de mi tío. Recordé entonces todas las veces que mi mamá me había contado la historia de cómo el M-19 había recuperado la espada de Bolívar.

A partir de junio de 2022, aceleré mi preparación del viaje: entregué mi apartamento en París y empecé los trámites burocráticos para convalidar mis títulos universitarios y conseguir otros papeles necesarios para trabajar en Colombia. Durante los últimos meses de mi estancia en París, que correspondieron con la fase más intensa de la preparación de mi viaje, conocí a mi actual compañera, lo que en ese momento me llevó a preguntarme si estaba haciendo bien en irme para Colombia. Sin embargo, a pesar de la tristeza por separarnos, mi plan se mantuvo y me decidí a comprar mi pasaje.

La idea de un vuelo sin fecha de regreso me había mortificado y angustiado a lo largo de los meses de preparación del viaje. Emocionalmente había pasado por varias etapas.

Primero, pensé que me iba definitivamente y sin retorno, así que debía ver cómo me llevaba todos mis libros y ropa. Luego, empecé a considerar que sería un viaje de exploración, en el que volvía a Colombia para ver cómo me sentía estando cerca de mi familia y de mis amigos, y hacer un ensayo laboral allá. Además, mantener mi nueva relación se había vuelto una prioridad.

Los primeros días después de mi llegada fueron una mezcla de emoción y vértigo. Emoción por estar cumpliendo el sueño de volver, y vértigo por empezar un nuevo proyecto. ¿Lograría instalarme en Colombia? ¿Encontraría trabajo? ¿Cómo viviría en la distancia una relación que deseaba mantener? El reencuentro con familiares y amigos míos y de mi mamá fue muy importante. Fue sentir que volvía a lugares conocidos, que tenía muchos apoyos y que muchas personas se alegraban por mi regreso. En cierta forma, era como volver a casa, a un lugar conocido, a pesar de que no llegué a Cali sino a Bogotá, donde nunca había vivido. Mi alegría surgía de cosas aparentemente sencillas, pero que cuando no se tienen se valoran mucho, como por ejemplo poder verme regularmente con gente querida, asistir a algún evento cultural o a alguna exposición, comer cualquier antojo de comida colombiana sin tener que esperar a encargárselo a algún visitante e imaginármelo por semanas o meses antes de comerlo y, claro está, vivir de cerca lo que iba pasando con el nuevo Gobierno.

A las pocas semanas de haber llegado a Colombia fui a Cali a visitar a mi familia y amigos. Durante este primer viaje tuve una sensación de plenitud. Fue un viaje de reencuentros, salidas y la euforia por la llegada inminente de mi novia que viajaría por primera vez a Colombia unos días después. Como en esta primera visita, todas las veces que volví a Cali durante mi estancia en el país, disfruté desayunando pandebono, comiendo mango viche con sal y limón a cualquier hora del día y reencontrándome con amigos para ir al río, salir a bailar o simplemente caminar por



el Bulevar o tomar una cerveza en un estanco. Sin embargo, por momentos sentí cierta frustración de no volver a encontrar la ciudad que había conocido en mi infancia. Mis viajes a Cali eran una búsqueda de un lugar que vivía en mi memoria a través de ciertos sabores, pero que obviamente había cambiado; un lugar en el que yo ya no tenía hábitos y donde muchos amigos ya no estaban. Los ritmos que vivían en mi memoria ya no existían y los ritmos de vida de mis amigos ya no coincidían con mis visitas.

Unos meses después de mi llegada tuve que enfrentar un momento muy duro emocionalmente. Una noche, mientras iba a la Cinemateca a ver la película de Marta Rodríguez sobre Camilo Torres con mi amigo Orlando, me llegó un mensaje de mi prima Nana diciéndome que mi tía estaba muy enferma y que ella estaba viajando de Toulouse a Valencia en urgencia. Esa noche no entré a ver la película. Dormí muy mal y cuando amanecí, mi tía ya había fallecido. Yo había pasado el año nuevo con ella y parte de mi familia en París y habíamos intercambiado mensajes al poco tiempo de mi llegada. Sentí que el tiempo no se recuperaba, que no la volvería a ver y que ya no podría compartir con ella mi experiencia de este viaje hacia mis recuerdos. Fue extraño sentir que yo estaba tratando de instalarme en Colombia y que ella había comprado un nuevo apartamento en Valencia y que ella estaba tratando de instalarse de nuevo en España. Me dolió no estar con mis primas para su despedida, pero me ayudó estar con mi mamá y juntos asistir a un lindo homenaje que organizaron sus hermanas y algunas de sus compañeras en Bogotá. Meses después, pasé por la calle y el edificio donde había vivido mi tía con mis primas antes de su exilio en España, el mismo edificio adonde solía llegar con mi mamá en los viajes de París a Bogotá durante mi niñez. Mi sensación fue la misma que ya había experimentado en otros momentos de mi estancia, fue pasar por un lugar que distaba mucho de lo que yo recordaba.

Los dos viajes que hizo mi mamá a Colombia mientras yo estaba en el país fueron muy importantes para mí, pues nos dieron la posibilidad de volver a estar juntos en Bogotá y compartir la cotidianidad que yo trataba de construir. También me permitieron pasar momentos con ella y el resto de la familia en los que pude volver a oír las historias que marcaron mi niñez. Volví a saborear comida árabe alrededor de charlas en las que se contaban anécdotas que me habría encantado grabar para guardar esos momentos para siempre. Eran como rituales en los que se recordaban episodios de la llegada de nuestros abuelos a Colombia, con anécdotas de la década de los 70 y 80 en donde las historias familiares se mezclaban con la militancia.

Vivir en Bogotá fue también la oportunidad de volver a encontrarme con amigas y amigos cercanos que vivieron en Francia y con quienes fundamos en París, en 2008, una asociación de solidaridad con Colombia que aún existe. Estos amigos me habían animado a volver y me apoyaron en la organización y en la búsqueda de trabajo. Con ellos y con otros disfruté de los encuentros en bares del Centro o de Teusaquillo y de idas a la Cinemateca, donde aproveché para ver películas colombianas que circulan poco fuera del país. Me interesaron particularmente las que abordan temas como la memoria, la herencia familiar y la transmisión política. Me identifiqué con muchas de ellas, como, por ejemplo, con los documentales *Utopía* de Laura Gómez Hincapié y *El Rojo más puro* de Yira Plaza O'Byrne, que hablan de la relación de las directoras con la militancia política de sus padres.

Ese año también tuve la suerte de compartir regularmente con mi padrino y su familia, y esta vez sentir que se recuperaba tiempo perdido y lograr victorias ante la distancia. Asimismo, pude coincidir por unos días con mi prima Valeria que vive en París y con otros amigos franco-colombianos y del exilio que estuvieron



en Colombia ese año. Con Rodrigo y Andrés Felipe fuimos a ver la obra *Guadalupe años sin Cuenta* y con Petete estuvimos en la proyección del documental *El silencio es el hijo del miedo* que hizo la Comisión de la Verdad sobre las razones del exilio de su grupo. Estos momentos me hicieron sentir una extraña sensación de alegría de estar reunidos en Colombia. También conocí a nuevas personas que me acogieron muy bien, en especial un grupo de amigos que hacen parte de *Hijos e hijas por la memoria y contra la impunidad*, y en quienes sentí un genuino apoyo e interés por las razones que me tenían de vuelta en el país.

Hasta ese momento, mi estancia en Colombia se había asemejado más a unas vacaciones largas en las que podía compartir con mi familia y amigos, y en las que en cada viaje de mi novia visitábamos alguna región del país. Sin embargo, la presión por encontrar un empleo empezaba a ser apremiante y me remitía una y otra vez al objetivo de mi viaje: trabajar y tratar de aportar algo al momento que el país estaba viviendo. Desde mi llegada me había dedicado a establecer contactos, encontrándome con conocidos y amigos de mis conocidos para hablarles de mi proyecto, postulando a vacantes y esperando que mis diplomas universitarios fueran traducidos, un trámite bastante costoso y lento. Durante estos cinco meses de búsqueda laboral los días se fueron alargando y la euforia de la llegada desvaneciendo por la preocupación de no encontrar trabajo. Además, la distancia con mi pareja se iba haciendo más pesada, por lo que regresar a París volvió a ser una opción.

Cuando ya estaba cansado de esta situación y había empezado a postular a ofertas en Francia, un amigo me propuso integrarme a su equipo en un Ministerio. Se trataba de un contrato de seis meses que me permitiría quedarme un tiempo más en Colombia y cumplir con mi propósito de trabajar en el país, antes de regresar a París, pues ya había tomado la

decisión de que, después de este tiempo, volvería para estar con mi compañera. Ya tenía mis diplomas traducidos y empecé la preparación de los otros papeles que me pedían. Una lista de por lo menos veinte documentos: pasado judicial, antecedentes de la Procuraduría, certificado de medidas correctivas de la Policía, libreta militar, cartas de los anteriores trabajos atestiguando la experiencia laboral y un largo etcétera, entre los cuales tuve que pedir tres veces los mismos papeles que exigían de la Contraloría, de la Policía y de las autoridades judiciales, pues tenían una vigencia de solo tres semanas y mi proceso de contratación duró casi dos meses y medio.

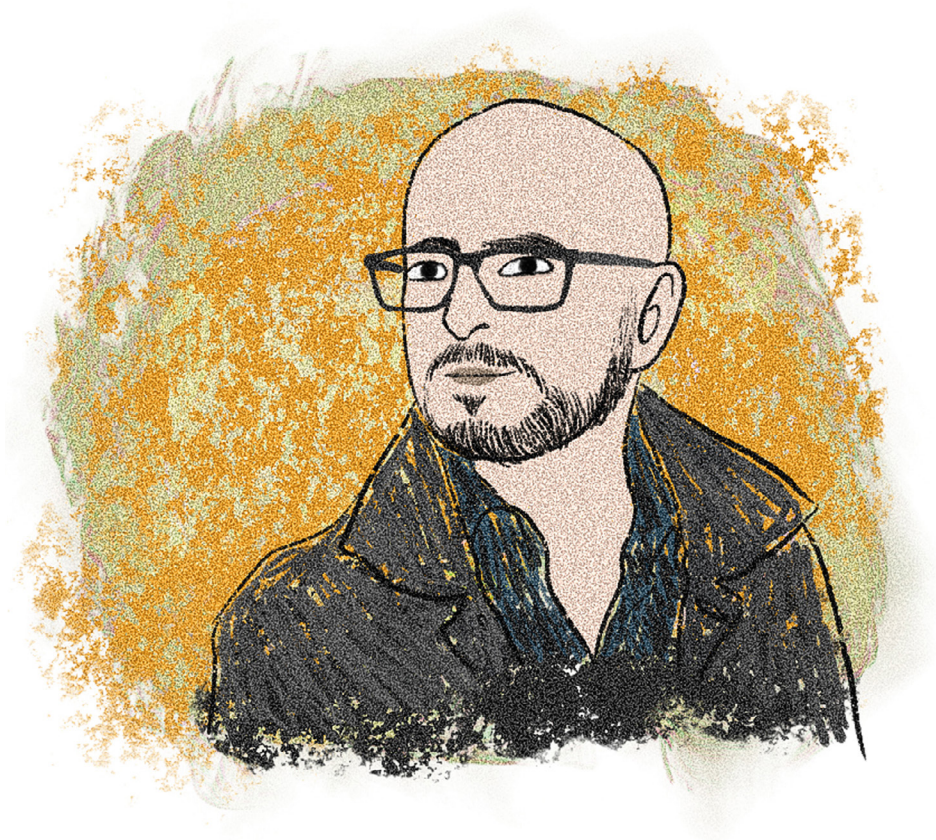
Enfrentarme a este sistema de contratación constituyó para mí un “choque cultural” y me llevó inevitablemente a comparar los sistemas francés y colombiano. Me pareció ridícula y desproporcionada la cantidad de papeles que me exigían (y que exigen en la contratación pública) para verificar la veracidad de las informaciones en mi hoja de vida y para asegurarse de que estaba en regla con la justicia. Tener que sacar la libreta militar, trámite que nunca había hecho y que era necesario para trabajar en el sector público, me hizo pensar en un funcionamiento dictatorial propio de un país dirigido por militares, más que en una democracia. Por otro lado, varios de los certificados laborales que tenía de Francia no servían para atestiguar de mi experiencia porque no tenían la descripción de las misiones que había desempeñado, por lo que tuve que elaborar certificados no oficiales que probaran lo que los certificados originales no pudieron probar a los ojos de los abogados de la contratación pública.

En todo este proceso, la presencia de mi compañera fue muy importante. Ella me visitó poco antes de comenzar a trabajar y vivió los primeros días de mi trabajo en Colombia. Como ya lo habíamos hecho desde enero, cuando regresó a París, seguimos manteniendo una comunicación diaria. Cuando empecé a

trabajar, nos llamábamos hacia las 7 de la mañana de Colombia o a veces más temprano, antes de comenzar mi jornada laboral, o a la salida del trabajo, hacia las 6 de la tarde, cuando en Francia ya era la una de la mañana. Ella dice que nunca durmió tan poco como en ese momento. Además de mantener esta comunicación constante, que nos hizo acompañarnos en la distancia, sus viajes recurrentes me permitieron compartir con ella mi cotidianidad en Colombia, así como presentarle parte de mi historia y de mi cultura. Estar en Cali con ella y mi familia me permitió llenar el vacío de esa parte de la ciudad que yo ya no encontraba en mis visitas. Además, uno de sus viajes coincidió con la Feria del Libro en Bogotá, que disfrutamos mucho juntos. La última vez que había estado en esta Feria debía de tener 15 años y aún vivía en Cali.

En el último viaje de mi compañera a Colombia, poco tiempo antes de regresar a París, volvimos a Cali y pude despedirme por un corto tiempo de la ciudad. También viajamos a la Guajira, otro de mis sueños, pues nunca había estado en esa región. Para los dos fue muy impactante ver tanta belleza y, a la vez, unos niveles de miseria y desigualdad tan grandes. En ese sentido, volver a vivir en Colombia también implicó volver a ver de cerca la pobreza, mucha gente pidiendo dinero en la calle, niños en el rebusque y la miseria de algunas zonas, fenómenos que, sin ser exclusivos de Colombia, me volvieron a impactar.

Compré un pasaje de vuelta para París el 16 de febrero de 2024. Estuve viviendo en Bogotá un año y un mes, después de casi veinte años de no vivir en Colombia. En cierta medida sentí que recuperaba el tiempo, una revancha sobre los recuerdos y las historias que había escuchado siendo niño y con las que había crecido. Fue solo un año, pero un tiempo suficiente para reconectarme con mi familia, con el país y con mi historia, para sentir y entender que puedo volver a vivir en Colombia en cualquier momento y que no estoy atado a un solo lugar.



Una frase

|| ANDRÉS BUITRAGO ||



1977

Manizales, Colombia

La semilla

El origen de todo. Mi lugar de nacimiento, en donde transcurrió mi feliz infancia y mi primera juventud. También el origen de mi mamá (aunque nació en Bogotá, ella ES de Manizales).



2001-2003

San Antonio de los Baños, Cuba

Los frutos

El sitio al que le debo mi formación académica como cineasta, como contador de historias. Allí se ubica uno de los espacios más importantes en mi vida, la Escuela Internacional de Cine y TV (EICTV). Mi otra casa en el mundo.



2003- presente

Bogotá, Colombia

Las hojas

Mi domicilio actual, aunque en ciertas ocasiones no termine de sentirlo como mi hogar. En cualquier caso, es en donde vivo hoy en día y en donde está ubicado mi pequeño apartamento (ese sí que es un hogar, el que yo he creado para mí).

MI TRAYECTORIA

2008- presente

Barcelona, España

El tallo

El destino al que condujo el exilio. Ese no-lugar al que mi madre se vio obligada a marcharse un día para salvaguardar su vida. Su residencia desde hace dieciséis años, en donde ha sido acogida como ciudadana y ha logrado llevar una vida digna y segura. Su hogar lejos del hogar.



El presente

Manizales, Colombia

Las raíces

La pequeña y empinada ciudad, enclavada en el filo de una montaña, en la que sigue habitando el resto de nuestra amorosa familia: mi hermana, mi sobrino, mis queridísimos tíos. El sitio entrañable al que siempre puedo regresar cuando experimento la necesidad vital de volver a donde pertenezco. La raíz.





ES CURIOSO. Aun siendo alguien que les concede tanta importancia a las palabras, no deja de sorprenderme cuánta relevancia ha cobrado en mi vida y la de mi familia una simple frase. Especialmente, al tratarse de una frase que ni siquiera recuerdo haber dicho:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

Recuerdo todo lo demás. Recuerdo que era una agradable tarde de comienzos de la primavera catalana. Nos recuerdo a Laura y a mí felices, tranquilos y desprevenidos, visitando a Yayo en su nuevo hogar, pretendidamente temporal. Recuerdo el bello café en el cual nos sentamos, con sus vitrales y espejos reminiscentes de otra época. Recuerdo el rostro sereno de mi madre cuando nos dijo que tenía algo que contarnos. Recuerdo el tono con el que empezó a explicarnos, muy detalladamente, los motivos y condiciones reales de su partida a Barcelona. Recuerdo las lágrimas cayendo por las mejillas de mi hermanita. Su impotencia, su desconcierto, su dolor. Recuerdo la indignación que se apoderó de mí, cómo la ira se esparcía desbocada por todo mi cuerpo, mientras yo solo atinaba a negar con la cabeza. Recuerdo el silencio sepulcral en el que nos sumergimos. Recuerdo la densa incertidumbre que nos poseyó mientras seguíamos postrados en aquel café.

Pero no recuerdo el momento en el que pronuncié esa frase, como una rabiosa sentencia:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

La rabia. La rabia contenida en cada una de esas palabras.

En retrospectiva, aunque resulte absurdo, me es imposible dejar de comparar esa frase, llena de rencor, con otra, el tristemente célebre eslogan publicado por Los Extraditables y



que aterrorizó a esta nación durante los años ochenta y parte de los noventa, ese que rezaba como una insondable amenaza que “preferimos una tumba en Colombia que una celda en los Estados Unidos”.

Una frase con una intención absolutamente antagónica a la mía, pero que se originaba en las entrañas de un mismo país. Casi como una inversión, especular y nefasta, del dolor que Colombia se empeña en generar en quienes la habitamos, en ese entonces y siempre. Una frase que buscaba generar horror en otros, así como la mía era la expresión de un horror íntimo e imposible de abarcar, como no fuera a través de esa contundente, lúgubre y desesperanzada oración:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

A diferencia de Laura, mi única hermana, trece años menor, yo sí recuerdo la época de Los Extraditables. Del exterminio de la Unión Patriótica. De los atentados constantes, de las bombas frecuentes, de las masacres permanentes. Del infierno en la Tierra, cómodamente instalado en la punta norte de Suramérica.

Al igual que toda mi generación, crecí en un país en donde la violencia y la muerte eran el pan de cada día. En el que creer en una remota posibilidad de esperanza era la garantía inequívoca de enfrentarse, más pronto que tarde, a la realidad de la más desgarradora impotencia. Nada peor que soñar con un porvenir amable en la Colombia de los ochenta y los noventa.

Tantos y tantos asesinados. Tantos y tantos hombres y mujeres que le apostaron a la idea del cambio y la justicia social, solo para que los demás –daba igual que creyéramos o no en lo mismo que ellos–, tuviéramos que enfrentarnos cotidianamente al espectáculo inclemente de sus cuerpos destrozados por las balas.

Tantos hijos e hijas que, seguramente, lo habrían dado todo, en medio de su horrible noche, por la más mínima oportunidad de musitar la frase que a mí, unos años después, me partiría el alma:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

Porque, dos o tres lustros más tarde, la realidad inmutable de este país tocó finalmente a la puerta de nuestra casa. María del Rosario Vásquez Sepúlveda, Yayo, mi mamá, la soñadora impenitente, la incansable activista, la comprometida defensora de causas que jamás pueden considerarse perdidas, se vio obligada a marcharse al no-lugar del exilio.

Su trabajo en distintos frentes relacionados con la defensa de los derechos humanos, en el marco de un país en el que se perseguía de forma incesante a quienes luchaban por la vida, condujo –¡oh, sorpresa! –, a que empezaran a materializarse las amenazas de muerte en su contra. Sí, me refiero al país de la “seguridad democrática” (despreciable eufemismo en el que cada una de las dos palabras que lo componen deberían manejar sus comillas por separado).

El esfuerzo conjunto de instituciones colombianas y catalanas condujo a su urgente salida, con la supuesta justificación de un año de estudios en el exterior: una beca para cursar un prestigioso diplomado en gestión de paz en Barcelona, motivo de enorme orgullo para sus hijos y el resto de la familia. Porque ella, madre protectora y amorosa, jamás nos contó, ni tan siquiera insinuó, el verdadero motivo de su viaje.

Así, en octubre de 2008, una casa en Manizales cerraba sus puertas y una nueva migrante forzada arribaba a Cataluña en busca de asilo político (un estatus que –alerta de spoiler– jamás le fue concedido). Una ciudadana desterrada se convertía en una cifra más, en otro dato insignificante dentro de las



innúmeras víctimas de la infamia. Solo que esta víctima era el ser al que más amo.

Al momento de su partida, aparentemente alegre, yo no tenía idea de que, solo unos meses más tarde, estaría vomitando esa frase, como bilis negra, en frente de Laura y de ella:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

La vida posee la fundamental característica de seguir avanzando, inexorable, hasta que se acaba. Esa, que se percibe como una condición digna de regocijo, adquiere otra connotación cuando uno desea que la existencia haga una pausa que permita reconfigurar el alma y encontrarle algún escape, al menos alguna explicación, a la pena que lo inunda todo. Pero la cotidianidad exige una atención que opera como sedante para el dolor, aunque en el fondo sea solo un placebo.

Yo, adulto hecho y derecho (o algo parecido), vivía desde hacía años en otra ciudad, tratando de labrarme una carrera como cineasta. Laura acababa de graduarse del colegio y se preparaba para entrar a la universidad. El resto del íntimo núcleo familiar, nuestros queridísimos tíos Marcela y Gustavo, continuaban con sus carreras y labores en Manizales. Convertidos, después de que se marcharan los abuelos, en las cabezas de la tribu y anfitriones de la casa de acogida cuando llegaba la época de vacaciones. ¿Qué habríamos hecho mi hermana y yo sin ellos? Nos brindaron –siguen haciéndolo– consuelo y hogar para hibernar, profundo afecto y seguridad. Nochebuenas y treintaiunos mientras aguardábamos para volver a brindar con La Ausente. Que el año que viene esté presente...

Solo que el tiempo no se detiene. Ni siquiera la más triste de las separaciones consigue que el reloj aminore su ritmo implacable o que las hojas del calendario dejen de caer.

Eventualmente, yo también me marché, a Cuba, a trabajar como docente durante tres años en la misma escuela de cine de la cual me gradué. En ese lapso me enteré de una serie de revelaciones –que no son el objeto de este texto– entre ellas, la condición de salud de mi madre. Su nueva y adquirida convivencia con el lupus eritematoso sistémico.

A mi regreso a Colombia, habiendo podido compartir una temporada con ella en España, las buenas nuevas por fin empezaron a manifestarse. Primero, la posibilidad de que la mamá regresara al país, aunque fuera únicamente de visita. Poder reencontrarnos en Manizales y no solo en Barcelona. Luego, la más trascendental y gozosa de todas las noticias posibles: nuestra pequeña familia esperaba la llegada de un nuevo miembro. Un hijo. Un nieto. Mi sobrino.

¡Cuánta dicha nos ha traído! El nacimiento de Om Narayana, con su abuela acompañando y sosteniendo a Laura durante el parto, representó también el renacimiento de la posibilidad de estar juntos más a menudo. Visitas más frecuentes, en la medida de las posibilidades, tanto aquí como allá. Una familia que contaba con la inmensa suerte de no tener que esperar años y años, como tantas otras, antes de volver a verse.

Y, aun así, la frase, la misma frase, silenciosamente presente en cada despedida. Una frase que se tornaba expresión de resiliencia, pero que, inevitablemente, estaba también contaminada por una tristísima resignación:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

La misma resignación enquistada desde siempre en el alma de este país que, sin embargo, poco a poco, empezó a abrirle camino a una leve esperanza. Después de incontables intentos fallidos, Colombia se preparaba para la firma de un tratado de paz con la guerrilla de las FARC. A pesar de los



tropiezos, a pesar de las decepciones, el acuerdo se tornaba una realidad tangible.

Como parte fundamental de ese proceso, la imprescindible tarea de la Comisión de la Verdad que, entre sus incontables logros, se empeñó en visibilizar el drama del exilio forzoso como una de las tantas afectaciones, no suficientemente reconocidas, tras décadas de conflicto armado.

Una vez más, la palabra, en este caso un término recientemente acuñado, demostró su capacidad de demarcar y hasta cimentar el mundo que habitamos: el *insilio*, entendido como la condición de los familiares afectados por el exilio de sus seres queridos, pero que tuvieron que quedarse en el país. Por primera vez, se reconocía como víctimas del conflicto a los que se vieron forzados a partir para salvar su vida, pero también a quienes nos quedamos. A los que permanecemos extrañando, recordando, añorando.

El saber que hay una expresión que define la condición a la que uno involuntariamente pertenece no la hace ni un poco más llevadera. No es fácil acostumbrarse a habitar el *insilio*, mucho menos a reconocerse y aceptarse como víctima.

Laura y yo tuvimos la oportunidad de rendir testimonio ante la Comisión de la Verdad. Cada uno desde su lugar, desde su experiencia, desde su sensibilidad, pudo descubrir cómo el hablar, el compartir con otros una historia forjada por la ausencia, es el primer paso para la sanación de las heridas acumuladas. La catarsis que conduce a la liberación.

Fue así como pude dejarle una última frase a la amable entrevistadora de la Comisión, mirándola a los ojos y sin necesidad de contener unas lágrimas que, habitualmente, fluyen sin esfuerzo. Una frase que ya no estaba dominada por la rabia, sino cargada de rotundas convicciones:

*Yo sí prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

La convicción de que el amor genuino siempre se sobrepone a la amenaza del olvido. La convicción de que la distancia física es una ilusión que se desvanece ante los lazos reales que nos unen, como un hilo invisible. La convicción de que el respeto a la vida no admite réplica ni discusión. La convicción de que el perdón es terriblemente doloroso, pero absolutamente indispensable.

La convicción de que la rabia, la desesperanza, la pérdida y, claro, la muerte, son parte inexorable de la vida, pero no podemos permitirnos regodearnos en ellas. No si queremos aprovechar cuanto sea posible nuestro fugaz tránsito por este plano de existencia. Porque muy probablemente no haya otro.

Solo así he conseguido que la intención de mi frase haya mutado con el paso del tiempo. Sigue presente en mí, aunque no piense en ella con tanta frecuencia como antes. Pero ahora es una frase en la que la resignación le ha cedido el paso a la gratitud:

*Yo prefiero una mamá viva, pero lejos,
que una mamá en Colombia, pero muerta.*

La incommensurable gratitud que acompaña mis días, los buenos y los que no lo son tanto. La gratitud que ha reemplazado a la rabia. La gratitud por vivir un amor que habita en un espacio que trasciende todas esas ficticias nociones de nación, de frontera. Esos falsos límites diseñados para separarnos.

Han pasado dieciséis años desde que partió al exilio y yo aún tengo una mamá viva. Lejos, pero viva. Nada puede conmovirme tanto como la certeza de esa infinita fortuna. Tengo una madre viva y una familia que la ama.

Ninguno de nosotros sabe si algún día volveremos a estar juntos. Lo que es un hecho es que jamás estaremos separados.

Adenda:

Corrijo la versión final de este texto desde Barcelona, mientras paso unos días con mi mamá. Aquí, ahora, confirmo que la única patria en la que creo es en poder estar a su lado. La única bandera por la que vale la pena luchar es este lazo irrompible que nos une. El único himno que me interesa escuchar es su voz. Nada es más subversivo que el amor.

Sobrevivimos, crecemos y seguimos buscando

|| **ADRIANA QUINTERO USUGA** ||



1987

Vereda Arenas Bajas, Apartadó, Antioquia

La paz del bosque

Nuestra llegada al Urabá fue a esta casita en medio del bosque. Yo tendría siete años. Es el único recuerdo de haber vivido tranquila en mi país, todo cambió cuando allí llegó la guerra.



1993-1997

Apartadó, Antioquia, Colegio San Francisco de Asís

Encuentro con la muerte

En el Colegio San Francisco de Asís de Apartadó estudié parte de mi bachillerato. Tuve muy buenos amigos que me celebraron los 15 años. En el camino de ida o de vuelta al colegio, varias veces me encontré en los andenes con los cuerpos de personas que habían sido asesinadas. Dos de mis compañeros fueron reclutados por los paramilitares. Debía salir de ahí. No me despedí de nadie, solo dos profesores y el rector sabían que no volvería a estudiar. Hace dos años volví a Apartadó a visitar a mi abuelita Dioselina Higueta.



1993

Apartadó, Antioquia

Afrontar otra realidad sin mi familia

Después de rodar desplazados por varias veredas entre Apartadó y Turbo, mis papás se instalaron en Aguafrias y yo me fui a vivir a Apartadó a la casa de mi madrina. La decisión la tomó mi papá. Me costó mucho separarme de ellos y de mis hermanos. Años después comprendí sus razones: yo ya estaba mayor y si no entraba al colegio, después no me iban a aceptar.



1997

Medellín, Antioquia

¡Volví a donde nací!

Llegué de Apartadó con lo poco que cupo en un bolso. Viajé con mi tío Wilson en el bus de las 10 de la noche. Me sentí desamparada y sola, pues llegué a donde unos familiares que no conocía. Mis compañeras y profesores eran personas maravillosas y recuperé un poco la confianza en los demás. A los días llegaron mis papás y hermanos, también desplazados, y volvimos a vivir juntos.

2000

Medellín, Antioquia

Mi vida cambió para siempre el viernes 6 de octubre

Ese día detuvieron y desaparecieron a papá. Mi rol cambió en la familia y en mi entorno. Mis planes de vida tomaron otro rumbo. Tiempos aún más difíciles se avecinaban.



2005

Skellefteå, Suecia

Tierras desconocidas bajo cero

Un nuevo comienzo con muchos desafíos, con el alma rota, pero en compañía de un nuevo ser. Así fue mi aterrizaje, casi en el Polo Norte. Sentí incertidumbre y angustia por los que aún estaban en peligro en Colombia.



2000

Bogotá

Empezar de nuevo sin papá

El 12 de octubre del año 2000 salimos de Medellín a las 3 de la madrugada. Era el décimo desplazamiento forzado. Llegamos a Bogotá, donde nos esperaban Brigadas Internacionales de Paz. Pensé que pronto volveríamos a Medellín a otro barrio, pero no fue así, ese día inició la antesala a un largo viaje.



2019

La Haya, Holanda

La búsqueda continúa

Desde Suecia continuó en la búsqueda de mi papá y de ocho familiares más detenidos desaparecidos forzosamente en Colombia entre 1997 y 2000. Buscar desde otro continente no es fácil; se siente aún más la impunidad y la impotencia. Pero no estoy sola, somos muchas las familias en este camino. "Nos hemos encontrado para encontrarlos". Esta foto fue en una de varias marchas en las que hemos participado.



MI TRAYECTORIA



HOY SENTADA EN EL BALCÓN miro a mi alrededor y me pregunto qué quedó de aquellos tiempos y planes de vida. Aquí y ahora todo es distinto; es otoño y venta fuerte, este año hace un calor inusual, los árboles están aún con sus hojas y poco a poco van cambiando su tonalidad. El cielo se tiñe de colores, las aves vuelan sin afán como si jugaran con la corriente. Siento mucha nostalgia y el dolor invade mi cuerpo.

Miro hacia atrás y recuerdo tantos momentos difíciles vividos, situaciones inimaginables que más de una vez creí no poder soportar... Y sin embargo, aquí estoy. Soy una sobreviviente y, gracias a ello, hoy puedo contar mi trasegar rocoso y amoroso.

Cuando niña soñaba con estudiar medicina y así poder ayudar a los demás. Vivía en el campo con mis cuatro hermanos, mi padre y mi madre; nos faltaban las cosas materiales, pero estábamos juntos. Recuerdo el fresco atardecer, el aroma de las flores, el olor a cacao, a helecho y el vuelo de las aves como si tuvieran premura para llegar a sus nidos.

La casita de madera y techo de zinc en la que vivíamos estaba en medio de un cultivo de cacao y de algunos árboles de aguacates. Quedaba muy cerca de un bosque, en la vereda Arenas Bajas, perteneciente al municipio de Apartadó, en Antioquia. No había electricidad, ni internet, tampoco tiendas para comprar ropa o supermercados, pero eso sí, no faltaba la luz de los cocuyos. También había zancudos y serpientes, y cerca, una pequeña quebrada en la que nos bañábamos y donde recogíamos en baldes el agua para cocinar.

La escuela quedaba lejos, a dos horas caminando. Para llegar allí debíamos atravesar bosques, potreros, un cementerio y cruzar dos ríos. Cuando llovía fuerte no podía ir a la escuela. En casa mis padres nos enseñaron a sumar y restar con granos de maíz y frijol, y aprendí a leer con el periódico *Voz*, de manera que estaba muy bien enterada de la política del país y también de las



masacres y asesinatos de campesinos e integrantes del partido de la Unión Patriótica y del Partido Comunista Colombiano, a los cuales mis tíos y mi papá pertenecían.

A mí los oficios de la casa no se me daban, en cambio me gustaba acompañar a mi papá a trabajar, a sembrar yuca y plátano. Y él era feliz. Claro, con los años entendí que, al igual que casi todos los hombres, mi papá quería que su primer hijo fuera un hombre. También asistía con él a las reuniones de la UP y de la Junta de Acción Comunal, en las que se discutían las necesidades de la comunidad: un maestro o maestra para la escuela, brigadas de vacunación, presencia de la Registraduría, entre otros. A su vez se organizaban convites para hacerle mantenimiento a los caminos u otras obras que requerían el trabajo colectivo.

Papá me enseñó el valor de la solidaridad algo que ha estado presente a lo largo de mi vida. Así como muchas personas me han ayudado en momentos difíciles, yo he hecho lo mismo cuando ha estado a mi alcance. ¡Cuánto anhelo que ese principio de ayudarse unos a otros sea un principio que guíe también la vida de mis hijos!

Ángel José Quintero Mesa, mi padre, era delgado, alto, de tez morena; los dedos de sus manos eran largos como las de mi hermana Nana; tenía ojos negros pequeños y unas cejas muy pobladas. Su cabello era oscuro y crespo como el de mi hijo. Además de amar la tierra y a quienes vivían en ella, amaba a los caballos y a los perros. Era un hombre muy alegre, le gustaba el baile y escuchar tangos. Nunca lo vi jugar fútbol, pero recuerdo las eliminatorias del 93 cuando Colombia le ganó a Argentina 5-0. Poder ver juntos ese partido en casa de un tío que tenía un televisor y un generador, fue muy emocionante. Es un recuerdo que viene a mi memoria cuando veo jugar a la selección Colombia.

Como venía diciendo, mi papá siempre estuvo muy involucrado con su gente y pendiente de lo que pasaba en la comunidad; cuando ocurría algo en contra de la población civil, acostumbraba a acercarse y guardar registro de los hechos. Años más tarde entregó esa información para el informe *Nunca Más*.

En 1997, después de un atentado al que mi papá sobrevivió milagrosamente, tuvimos que desplazarnos. No era la primera vez, ya habíamos tenido otros desplazamientos y, como siempre, tuvimos que huir con lo que teníamos puesto, dejando lo poco que había. Fueron tiempos difíciles. Varios familiares fueron detenidos y desaparecidos y él decidió iniciar su búsqueda. Se vinculó a ASFADDES, una organización de familiares que también eran buscadores. Y ocurrió lo que ocurrió: por exigir verdad y justicia, también él fue detenido y desaparecido el viernes 6 de octubre de 2000, en Medellín, en la ciudad donde conoció a mi mamá, donde nací yo y de donde partimos para hacer vida en el Urabá antioqueño.

¡Cuántos recuerdos! Ahora que lo escribo, pienso que el *ryggsäk* (mochila) que tengo en la espalda, es ese fardo de dolores y vivencias de mi madre, mi padre, mis abuelas y mis abuelos, y demás ancestros que llevo cargando hace tantos años. Sí, quizás ese peso tan grande sea la causa del dolor que serpentea en mi cuerpo.

Hace diecinueve años iniciamos el desplazamiento más largo, el camino al exilio. Cuando nos informaron que todo estaba listo para salir de Colombia, yo seguía aferrada a la esperanza de conocer el paradero de mi papá, a los pocos días se cumplirían cinco años de su detención y desaparición, así que pensé que salieran mis hermanos y mi madre, y yo quedarme, pero rápidamente cambié de opinión al saber que en mi vientre se aferraba otro ser y, por él, tomé la decisión de subir a ese avión para salir y protegerlo y darle una mejor vida.



Al igual que en los desplazamientos anteriores, esta salida estaba llena de incertidumbre, negación y dolor en el alma. Pero esta vez sí tuve tiempo para comprar un par de maletas y empacar en cada una los 24 kilos de recuerdos y ropa que saldrían conmigo. También pude despedirme de los amigos y hasta de los perros. A pesar de mis náuseas por el embarazo, trataba de comer de todo lo que se me antojaba, así después no quedara nada en el estómago.

La organización Brigadas Internacionales de Paz nos acompañó hasta la puerta del avión. Embarcamos cerca de la media noche del 7 de septiembre de 2005 en el aeropuerto de Bogotá. Yo iba en medio de mi mamá y de mi compañero. Por mi mente y mi corazón pasó la vida de mi abuela y la de los que se quedaban, que no tenían idea de hacia dónde íbamos nosotros y si nos volveríamos a ver. Sentía que dejaba a mi papá y a los demás desaparecidos. Era como si los abandonara. Mi espalda llevaba un peso inexplicable y el remordimiento me invadía. En la primera parte del viaje no dormí; al día siguiente aterrizamos en París, nadie nos esperaba para guiarnos al próximo vuelo. Hacía mucho calor y eran tantas las sensaciones que no había tiempo para los malestares del embarazo. Fue emocionante, eso sí, sentir que mi vientre palpitaba levemente.

El avión para Estocolmo salió a la hora prevista y después abordamos uno más hacia el norte de Suecia donde aterrizamos cerca de la media noche. Allí nos esperaban tres personas, entre ellas una traductora. En el recorrido del aeropuerto hacia el nuevo refugio, solo se veía bosque y las sombras de los árboles nos daban la bienvenida. Nos llevaron a casas diferentes, aunque muy cercanas unas de las otras. Sentí un nudo en el estómago y regresé cinco años atrás, cuando el Ministerio del Interior nos propuso salir del país, pero yo por ser mayor de edad iría a otro país y me reuniría con mi madre y mis hermanos un año

después. Mi madre me miró como matiz de roca y dijo: “o todos o ninguno”. Y así fue.

Cada día era una sorpresa. De la puerta hacia adentro era territorio colombiano, escuchábamos las noticias de Colombia y nuestra música, pero afuera era otra cosa. Me tomó tiempo soltar la desconfianza cada vez que me encontraba con una persona de Colombia; poco a poco empecé a sentir tranquilidad al caminar por la calle, aunque a veces parecía un pueblo fantasma. Ángel David, mi pequeño e invisible acompañante, ya se sentía en tierra firme, empezó a moverse cada vez más, a crecer y a exigir espacio. Elegí su nombre en honor a mi papá.

Llegar a un nuevo país, con otro idioma, cultura, clima, es un desafío en todo el sentido de la palabra. Adaptarse a este nuevo sitio y sus costumbres era una tarea urgente en la que nos acompañábamos todos. Salíamos en manada para todas partes con nuestro estilo latino bullicioso. En medio de todo nos reíamos. Tratábamos de leer el nombre de las calles, pero no lo lográbamos, eso nos daba mucha risa. Era fácil perderse, todas las casas y las calles nos parecían iguales, la ventaja era que uno no se perdía solo. La comida era cosa seria, confundíamos la leche con el yogurt y, si nos descuidábamos con los enlatados, fácilmente comprábamos comida para gatos, pensando que era atún. La manera de cocinar el arroz era diferente, porque el de aquí es de otra clase. No se conseguían muchos productos y en general la comida sabía muy distinto.

De error en error y de ensayo en ensayo, fuimos aprendiendo que no había una sola forma de hacer las cosas. Así es esta vida, variada y de todo se aprende.

Con la ropa también nos divertíamos. El tallaje es muy distinto. En una ocasión nos informó la traductora sobre un *loppis*, es decir una venta de ropa de segunda mano, lo que nos favorecía, ya que, si comprábamos todo nuevo, recién llegando,



nos quedábamos sin plata para comer y pagar el arriendo. Pues de ese sitio salí con unas botas muy lindas que resultaron ser ¡para niñas! Pero frío no sufrí. Otro motivo para reírnos. Lo otro era la lavada, resulta que después de lavar y secar la ropa, sucedía algo inexplicable, ¡se encogía! La razón: no sabíamos configurar la temperatura de las máquinas. Fue un misterio que el tiempo resolvió. Bueno, todavía nos sucede, aunque no tan seguido.

A las pocas semanas de haber aterrizado iniciamos las clases para aprender sueco, nos dividieron en varios grupos de acuerdo con la edad. Yo estaba muy asustada, pero animada. Nuestros hijos crecieron con este idioma, pero para quienes llegamos ya grandes, aprenderlo es muy difícil, si no se pronuncia bien, es fácil dar a entender otra cosa. ¡Y la gramática es una locura!

Luego llegó la nieve y el panorama cambió por completo, no se diferenciaba el cielo de la tierra, todo era blanco, acompañado de un aire seco, helado y hasta las pestañas se congelaban. Caminar sobre la nieve y el hielo era todo un reto, de pronto... ¡pum! ¡pal suelo. Poco a poco lo superamos y luego di otro paso ¡aprender a montar en bicicleta! Por esos tiempos me decía: “si he pasado por tanto y sigo con vida, la nieve y la oscuridad no serán impedimento para seguir”. Y no lo fueron.

Mientras tanto, mi pequeño David, seguía creciendo. Tuve un embarazo sin complicaciones, aunque me preocupaba que el estrés que había tenido y la zozobra que persistía le afectara, ya que la familia que se había quedado en Colombia estaba en peligro. Una noche soñé que sus manitas estaban pegadas. Le hablaba mucho y le pedía que fuera fuerte. En clase ya nadie se podía concentrar, sus manitas y piecitos levantaban mi blusa como si nos saludara. Después de su nacimiento en primavera, el 3 de marzo de 2006, la casa se convirtió en la casa del pueblo. Él era el único bebé, así que a diario había visitas cargadas de

regalos: los amigos, las tías, los primos, mi profesora Mona. A su vez mi mamá iba todos los días muy temprano a cuidarlo.

Mientras tanto, nuevas preocupaciones e interrogantes afloraban. ¿Qué hacer aquí y ahora por los que quedaron? ¿Cómo continuar con la búsqueda de los desaparecidos? Una mezcla de incertidumbre se apoderó de todos, veíamos las noticias, hablábamos con algunos familiares en Colombia y la situación empeoraba. De los desaparecidos nadie daba razón y no volvimos a tener noticias de la organización a la que pocos años atrás yo había hecho parte, era como si también ellos nos hubieran borrado del mapa. Nos sentamos con mi mamá y mis primos a conversar y a digerir la nueva realidad, estábamos solos.

En Suecia no había organización de víctimas de desaparición forzada, así que creamos una con sede en dos lugares diferentes, una en el norte y la otra en el centro de Suecia. Realizábamos círculos de estudio y muchas actividades para generar algo de dinero y así poder participar en marchas como la del 10 de diciembre y asistir a encuentros de víctimas en la misma Suecia o en otros países. Apoyamos en su gira al grupo de teatro “Arlequín y los juglares”. Por primera vez estuvo una Comisión Ética de la Verdad en Suecia donde se recogieron testimonios de manera pública y privada.

Hoy somos muchos más familiares, en diez países diferentes, buscando a nuestros seres queridos, exigiendo justicia y construyendo paz. Hoy tenemos una organización que se llama *Familiares Europa Abya Yala de personas desaparecidas en Colombia*.

Era de nuevo invierno. Cuando regresaba a la casa de clases de sueco, sentí una sensación extraña en mi cuerpo ¡era Angélica! Su nombre también lo elegí en honor a mi papá. Al igual que con Ángel David, saber que la llevaba dentro me llenó



de fuerza. Además, por esa época, la mayoría de la familia que corría peligro en Colombia ya estaba acá y otros en camino, así que yo estaba un poco más tranquila. Le ponía a la bebé música clásica, le hablaba y le cantaba canciones infantiles; quizás por eso ha sido muy alegre y desde pequeña le ha gustado también bailar y cantar.

Angélica decidió venir a este planeta en otoño: el 11 de septiembre de 2008. Coincidió con dos eventos relacionados con nuestras búsquedas, un encuentro de víctimas en París, al cual no asistí porque ella estaba muy pequeña, y otra en Suecia, una marcha el 10 de diciembre, a la que me acompañó una tía. Viajamos las tres, en tren, toda la noche. Ese fue el primer viaje que hice con Angélica. Mis dos hijos me han acompañado desde pequeños a las diferentes actividades que realizamos y conocen la historia de la familia.

Soy consciente de que mi pasado ha afectado a mis hijos. Me acuerdo de la tarde en la que después de salir del jardín, Ángel David me hizo muchas preguntas sobre mi papá, luego de que me dijera que todos sus compañeros tenían abuelo, mientras que él y su hermana no. Y claro, a cada respuesta mía, seguían otras preguntas: ¿quién se lo llevó? ¿por qué? ¿por qué hay gente tan mala? Y cómo olvidar años más tarde su reacción de odio el día en el que en el noticiero salió uno de los responsables de la desaparición de su abuelo. O aquella vez en la que viajé a Colombia, una de las pocas veces que he ido, y mi hijo me dijo, con mucha angustia: “mami ¡tú sabes que si te encuentran te matan!”.

También Angélica ha sentido el peso de mi búsqueda. Una mañana al despertarse me dijo: “mamá, soñé con el abuelo”. “¿Cómo sabes que era él?”, le pregunté y me contestó: “porque es el mismo de la foto, pero más viejito”. Había soñado que él llegaba por el balcón a pedirle ayuda. ¡Qué dolor que en su

inconsciente se sientan responsables de la búsqueda! ¡Y que a veces sientan temor al pensar en Colombia!

Es verdad que tengo más recuerdos negativos que positivos de mi país, pero en ese lugar nací y crecí. Ese terruño también es parte de mis hijos y quisiera que lo amaran como yo, que se quedaran con las cosas positivas, ya que la vida misma es un regalo efímero y a la vez intenso. Pero es difícil, lo sé y no sé qué hacer al respecto. Quizás este escrito sea otra forma de decirles tantas cosas que no he podido decir de otra manera.

De pequeños, siempre estuve muy alerta como el águila vigilando que nada les pasara a sus polluelos. Varios de mis familiares me decían que yo era una madre sobreprotectora y ¡cómo no! Después de todo, yo había crecido en medio de la guerra, en la sobrevivencia, la incertidumbre y el dolor. Y aunque trato de estar muy presente en sus actividades, impulsarlos y aconsejarlos, con el pasar de los tiempos, ambos me han reclamado por no haberles dedicado el tiempo suficiente por mi consagración a las actividades de las víctimas por fuera del país y, sobre todo, por la búsqueda de nuestros seres queridos. Lo sé, he sido obstinada en ello.

Y aunque parezca contradictorio, ellos han sido muy solidarios con mi sentir. Hace pocos días, al despertarme, encontré un mensaje en mi teléfono con una noticia importante: la resolución de acusación por parte de la Fiscalía, contra uno de los responsables de la detención y desaparición de mi papá. El tiempo se detuvo un instante, sentí que mi corazón palpitaba más rápido, ¡no lo podía creer! Veinticuatro años esperando justicia, veinticuatro años, y ¡al fin! Compartí la noticia con Ángel David que estaba conmigo en la cocina, y su reacción fue abrazarme con ternura, mientras me decía: “¡Qué bien, ma!”. Ese día viví diferente mis búsquedas y de alguna manera sentí alivio en mi cuerpo.

Sé que debo sanar las pesadillas y heridas que me acompañan, por mí y por mis hijos. Mi mochila de recuerdos y caminos a veces pesa demasiado. El dolor crece y recorre mi cuerpo. Cuando menos ahora sé que el *ryggsäk* que tengo, que me ha incapacitado tantas veces, tiene su origen allí. Trabajaré en ello y en lo que sea necesario para que mis hijos no carguen con mi dolor. No les pertenece. No es justo. Angel David y Angélica tienen derecho a un mejor futuro.

Sentipensamientos exiliados

|| NIKO FORERO RODRÍGUEZ ||

En 2019 un grupo de hijos e hijas de exiliados nos encontramos en Bilbao, convocados por la Comisión de la Verdad. A partir de las palabras que cada uno escribió en un corazón de origami definiendo lo que es para sí mismo el exilio, compuse este *poemaráp*.

Tranquilidad, bonita palabra
respira y abracadabra
tranquilidad lo que necesita Colombia
lo mismo que en Brasil o Etiopía.

Si de allá o de aquí
si de aquí o de allá
ya no sabemos qué pensar
nos queda soñar, meditar y luchar.

Si de allá o de aquí
si de aquí o de allá
no vamos a parar
de reír, cantar y protestar.

Tenemos sueños, sueños grandes
todos somos peones, trabajadores
también pesadillas terroríficas
unos con tan poco y otros coleccionando fincas.

Tenemos sueños donde todo es multicolor
sueños que se nublan con las pesadillas de terror
nos conformamos con un pudo ser peor
pero justicia, verdad, amor y respeto es lo mejor.

Tenemos la esperanza de encontrar la equidad
con bienestar en comunidad, con libertad
solo la acción del pueblo cambiará Colombia
todos y todas unidos por nuestra tierra.

Renacer lo que siente el sobreviviente
a este conflicto tan duro e hiriente
la llave es pasado pisado en corazón y mente
valorarse tirar para adelante con vistas al frente.

El optimismo sin él no es lo mismo
la guerra no es un buen camino
la historia lo cuenta por años amigo
estar no es lo mismo que caer en el abismo.

Ya está bien de aguantar
no se trata de delegar
aquí se vino a participar
nosotros y nosotras no dejaremos de rimar.

Todo esto suena bonito
pero cómo se lo explico
al wayú al guerrillero o al pobre soldadito
a los pelaito', a la familia a todo el pueblito.

Separar las rabias
contagiar las ganas
construir el amor
por un mundo mejor.

Unos que fuerza
otros que no a la polarización
no al *fracking* no a la marginación
podemos cambiarlo con destreza.

Las ganas vencerán a las armas
todos unidos luchando junto a esas diásporas.

Pensando en el otro con solidaridad
crear una gran hermandad
llena de humildad y humanidad
donde reine la verdad, la justicia y la libertad.

Desde el exilio
sin delirio
niños jóvenes adultos y hasta abuelos
madres padres amigos hermanos.

Unos recordando el calvario
a la vez luchando por un salario
que la guerra no llegue al centenario
nuestro país es nuestro santuario.

Da miedo no tienen piedad
ellos cobran por matar
hijos de la hostilidad
de donde no hay oportunidad.

Pero rompan ese miedo por respeto
antes de juzgar ponte en el lugar del otro
no hay olvido sin perdón
Destruyamos y transformemos ese miedo.

Como la energía negativa en positiva al ritmo del viento
la primera la segunda generación
ambas nacidas de la revolución
no nos maten tenemos cerebro y corazón.

Somos Colombia
tan lejos y tan cerca
nos duele su vida
antes que verla muerta.

From España, Francia, Italia, Suecia, Suiza, Bélgica,
Alemania, Argentina, Ecuador, Inglaterra, USA, Canadá,
¡Colombia in Everyworld!
Fighting against hunger and war
with human rights like weapon!

Mirada como espada.
Sonrisa como escudo.

Este libro, semilla germinada, representa un esfuerzo colectivo para contar cómo nos atravesó la historia de un país en guerra, para plasmar heridas y enseñanzas, para reconocer lo doloroso, lo gozoso y todo aquello que habita entre los dos. Nuestros escritos procuran, cada uno a su manera, contar lo que es el exilio desde la perspectiva de las hijas y los hijos. Los que nos marchamos del país, los que nacimos lejos, pero también los que nos quedamos con el vacío que dejaron nuestros seres queridos. Cómo hemos convivido con ello desde adentro y desde afuera, desde aquí y desde allá, desde lo vivido y desde lo heredado.

